BEATRIZ RIVAS

DISTANCIA

booket

Beatriz Rivas

DISTANCIA

Planeta

Índice

Presentación

PRIMER ACTO
Del optimismo

SEGUNDO ACTO
Perdiendo el rumbo

TERCER ACTO
La debacle

Agradecimientos

Bibliografía

Acerca del autor

Créditos

A Isabella y a Franz… Siempre.

En el metro vi un grafiti extraño:
«Dios quiso desigualdad, pero no
injusticia», decía la inscripción.
MICHEL HOUELLEBECQ

Al pobre lo olemos como
material de escritorio.
FEDERICO REYES HEROLES

La debilidad del prójimo puede
destruirte tanto como su fuerza.
Los débiles no son inofensivos.
PHILIP ROTH

Presentación

Hoy vengo aquí con ustedes, que apenas abren las páginas de este libro, a contar algo que sucedió o que pudo haber sucedido. Confieso que mientras trataba de relatar esta historia fui modificando ligeramente la realidad. No pude evitarlo: en eso se basa el poder y la magia de la ficción. ¿Cómo negarlo?

Soy el narrador que casi todo lo sabe, que casi todo lo ve desde arriba y también soy, he de admitirlo, una víctima más de los hilos que unos tendieron y otros jalaron; de decisiones ajenas.

Quisiera poder gritar, pero mi voz se ahoga. ¿Es lugar común que una voz se ahogue? Tal vez pueda encontrar una mejor palabra: mi voz se estrecha, se asfixia, se… En fin. ¿De qué sirve la denuncia? Varios años han pasado y el país está peor. Bastante peor. Al menos, en el tiempo en que sucedió esta historia, quedaban esperanzas. Los funcionarios ofrecían una disculpa. Nos dejábamos conmover con sus palabras. Creíamos que vendrían tiempos mejores. Ahora, hasta creer está prohibido. Bueno, no está prohibido; ya a nadie le importa.

Gobernadores que endeudan sus estados sin justificación, y nadie dice nada. Líderes sindicales que hace muchos años olvidaron a sus agremiados, y nadie dice nada. Funcionarios públicos que se enriquecen «inexplicablemente» ante la mirada de todos. Una prensa con agenda. Periodistas e intelectuales que alquilan sus palabras. Programas de televisión para analfabetos. Una ciudadanía dormida. Congresistas vendidos. Partidos políticos que persiguen sus propios intereses. Secuestros, violencia, corrupción, narcotráfico, analfabetismo, hambre. Un país con millones de ciudadanos en la más absurda de las miserias. Nadie se queja.

La distancia entre los mexicanos cada minuto es mayor, una brecha que se abre y se abre y se abre. Una zanja profundísima que nos ha alejado poco a poco. Muchos, muchísimos de un lado. Unos cuantos privilegiados del otro. En medio: el vacío. Un vacío disfrazado de racismo, clasismo, egoísmo absoluto. Solo importa que yo, y los míos, estemos bien; los demás… que se jodan.

Y también está la distancia del amor. De dos cuerpos que, aunque al tener relaciones carnales crean que se han convertido en uno, siguen perteneciendo a personas que nada tienen que ver entre sí: Margarita y Armando.

A ellos pertenece la mayor parte de los recuerdos de un sexenio que

pudo haber sido extraordinario.

Primer acto

Del optimismo

A los desposeídos y marginados, si algo pudiera pedirles, sería perdón por no haber acertado, todavía, a sacarlos de su postración, pero les expreso que todo el país tiene conciencia y vergüenza del rezago y que precisamente por eso nos aliamos para conquistar por el derecho la justicia.

José López Portillo

México es el país de las desigualdades.

Alexander Von Humboldt

1

Todo comenzó el día en que el nuevo presidente de la República, José López Portillo y Pacheco, hijo de José López Portillo y Weber y de doña Refugio Pacheco, dio su discurso de toma de protesta.

¿Qué es todo? El optimismo del país. Un hombre puede cambiar la vida cotidiana de millones. Eso creímos los mexicanos y fue cierto, aunque no como lo hubiéramos deseado.

Ese día, sin que ellos lo supieran, también empezó la relación entre Armando y Margarita. Todavía no se conocían pero el destino, que no se anda por las ramas, decidió que fueran los únicos dos ciudadanos que, en vez de escuchar las palabras del mandatario que a los cuarenta años cerró su despacho de abogado para entrar al servicio público, estuvieran, cada uno en su casa, leyendo al mismo tiempo. Armando, *La dama de las camelias*. Margarita, un viejo número del *Reader's Digest*.

Lo acepto, he exagerado: no todos los ciudadanos fueron testigos de la toma de posesión. Muchos estaban trabajando, haciendo alguna otra actividad, o simplemente no tenían interés en el discurso del nuevo mandatario.

«… sé que si la crisis es riesgo, lo arrastraremos con serenidad y optimismo y que siendo también oportunidad de cambio y solución, los aseguraremos con decisión y energía», dice este gran orador. Un hombre en forma, bien parecido, de mirada hipnótica. Inteligente.

Desde sus ojos con chispa, encendidos, ve directamente a quienes tiene más cerca, pero los otros también se sienten aludidos. Sabe hacer las pausas precisas en el mejor momento. Continúa: «Los medrosos querrán replegarse; los ambiciosos, violentos y egoístas, explotar a cualquier costo; los profetas del Apocalipsis, predicar la nada; los demagogos, desajustar la innata sensatez política de nuestro pueblo; los geómetras de las revoluciones, desquiciar la historia, y los infantilismos de todo signo, complicar lo elemental». ¿Quién escribirá sus discursos?

Atlético, de largas patillas, abogado, autor de varios libros, con garbo, muy masculino. Comprometido con su familia. Carismático. Un deportista que lo mismo juega tenis, practica esgrima, monta a caballo, nada o boxea, dependiendo del humor que tenga.

«El pueblo, en su circunstancia, nos exige que no haya disimulo ni demagogias… Afrontar, sencillamente y con madurez, nuestra verdad. Por ello siempre partiremos de lo cierto para alcanzar lo justo, perseverando en nuestra libertad. Ni análisis triunfalistas o superficiales, ni remedios falsos o

precipitados.»

Silencio absoluto. Nadie, ni en el recinto ni quienes lo ven por televisión o lo escuchan por la radio, logran concentrarse en otra cosa. «No estamos unidos para que unos pisen y se encaramen sobre otros, ni para facilitar explotación y abuso, ni para que pocos se salven y muchos se hundan...»

A la mamá de Camilo, el mejor amigo de Armando, se le escurren unas lágrimas. Su papá también está visiblemente emocionado. «Es un privilegio, en los difíciles tiempos de crisis, servir a mi Patria. Entrego para ello toda mi voluntad. De los mexicanos, de todos, solicito que crean en mi buena fe. Mi capacidad y mi razón tendré que acreditarlas con mi servicio. Para ello necesito tiempo. Concédanmelo.» El papá de Camilo le pasa a su mujer un pañuelo. La hermana aplaude pero la callan, intentando escuchar las palabras que siguen.

«Ofrezco un proyecto racional y razonable de esfuerzo compartido. No puedo prometer milagros. Sólo realismo y congruencia entre lo que creemos y decimos y lo que haremos. Tenemos un gran país.» Ahora los dos hermanos aplauden, secundando a sus padres.

Armando sigue en su habitación, leyendo, sentado ante el escritorio, con una lámpara que riega la luz precisa para no lastimar sus ojos. Recuerda a su abuelo: siempre le decía que para leer bien, y entender, no hay que hacerlo sobre un sillón cómodo, de los que invitan al sueño, sino sobre una silla dura, de madera, que estimule la comprensión necesaria. Con un lápiz bicolor subraya varias frases nuevas, arriba o debajo de lo ya tantas veces subrayado.

Margarita está en la sala de su casa. Intenta concentrarse en su lectura mientras dos de sus hermanas pelean por un vestido que ambas quieren usar esa noche. El vestido, por cierto, está manchado. «A las mujeres de mi Patria les pido su entereza, su intuición de lo que es justo, que avancen a nuestro lado y que nos impulsen a ser mejores», se alcanza a escuchar desde el radio de los vecinos.

En el Congreso de la Unión, José López Portillo, nieto del novelista e historiador José López Portillo y Rojas, deja de gesticular, de mover las manos. Se queda quieto, respira profundamente, cierra los ojos un breve instante y guarda silencio antes de concluir, con un tono de voz que no permite ser ignorado: «A todos les pido que participen ahora y siempre. Que nadie se sienta solo. México ha vivido, México vive, México vivirá. ¡Viva México!»

Estoy seguro de que muchos de ustedes recuerdan esta escena, aunque es cierto que los recuerdos son caprichosos. El mandatario reconoció la crisis, prometió un pacto de unión, planteó cambios pertinentes. Habló con sensatez e inteligencia; cautivó y supo convencer. El que diga lo contrario está mintiendo o lo hace desde la lucidez que otorga el paso del tiempo.

2

Miércoles por la tarde. Hay una manifestación que tiene a la ciudad de cabeza. Armando va en un taxi rumbo al centro de la capital. El tráfico está completamente detenido. No hay calle libre de coches, autobuses, peatones ni mentadas.

—Si seguimos así, no va a llegar ni yendo a bailar a Chalma —le dice el taxista—. ¿Por qué no lo acerco a la estación Chapultepec y se va en metro? Eso va a estar más chido.

—Pues si no queda de otra… —contesta Armando.

—¿Entonces qué? ¿Lo dejo en el metro o no?

—Sí —responde, fastidiado de que este hombre no lo entienda—. Déjeme donde tenga que dejarme.

Después de pagar un peso veinte por un boleto en la taquilla del transporte rápido, baja apresurado las escaleras. Allí, mientras espera que llegue el subterráneo color naranja, mueve los dedos en el aire, como si ensayara un pasaje del concierto.

Al entrar, se da cuenta de que el vagón que eligió está lleno. Es la hora pico. Imposible sentarse, aunque gracias a su altura al menos puede respirar aire un poco más fresco. Se siente extraño, fuera de lugar. Es probable que la figura de aquella mujer lo esté poniendo nervioso. No, no es su figura sino esa mirada que tanto se parece a la de su madre en los pocos —y deliciosos— momentos de euforia por los que pasaba. Sí: la joven tiene la misma forma de mirar de su mamá, casi los mismos ojos. Armando desvía la vista hacia otro lado. Observa algunos rostros; trata de pensar en la partitura que debe ensayar con los demás músicos en cuanto llegue al lugar del concierto. No domina el segundo movimiento… Mejor decide acercarse un poco, de manera discreta. Ya muy cerca, lo distingue: la mujer carga un ejemplar de *La dama de las camelias*. Él se atreve a preguntar:

—¿Lo está leyendo?

—¿Qué? ¡Ah! ¿Esto? —inquiere la joven, viendo la novela que trae entre los brazos—. ¡No, qué va! Un huésped lo olvidó en su habitación y lo llevo para mi abuela que, a veces, le da por leer. ¿Lo quiere? Se lo regalo…

Armando niega con un movimiento de cabeza, sin saber por qué. Intenta no verla a los ojos. Continúa tratando de pensar en otra cosa, pero se conoce demasiado bien: ese corazón con prisa es el primer síntoma de un enamoramiento absurdo. ¿Existe, de verdad, el amor a primera vista? ¿Será posible que esa mujer que realmente no sobresale de las demás, le atraiga tanto? Es como si en la mirada de la joven se sintonizaran los momentos que

ha vivido, como si de su nuca, sensual e inmisericorde, colgaran los deseos. Como si sus manos supieran que nada importa y en su piel, hermética, se concentraran todas las preguntas. Margarita ignora la presencia del pianista vestido de esmoquin, que ahora sí la mira fijando sus pupilas en la mortificación de comenzar a quererla.

> Sin saber por qué, me ponía pálido y mi corazón latía violentamente. Tengo un amigo que se dedica a las ciencias ocultas y que llamaba a lo que yo experimentaba afinidad de fluidos; yo creo simplemente que estaba destinado a enamorarme de Marguerite y que lo presentía.

El vagón se mueve a su antojo. Junto a la mano casi pálida de Armando se posa una, agrietada, de piel gruesa y oscura, que se sostiene del tubo con fuerza, sobre todo cuando el metro avanza o frena. Pertenece a un obrero que gana mil pesos a la semana. Es afortunado: tiene empleo y su jefe lo quiere bien porque le echa ganas. Pronto cumplirá ocho años de laborar en Plásticos Laminados, S.A., y es probable que le aumenten el sueldo. Sonríe y de tanto en tanto le echa una mirada al hombre que va a su lado, muy bien vestido y peinado. Parece que va de fiesta, piensa. Tiene manos de mujer, sigue pensando. Por el color de su piel y de sus ojos seguramente es turista, algún extranjero despistado. ¿Hablará español?

Margarita se había subido, igual que Armando, en Chapultepec. Los jóvenes siguen muy juntos, casi apretujados por el exceso de pasajeros. ¿Será posible que huela a camelia? Ningún aroma particular le llega desde el cuello delgado y femenino. Aspira profundamente. Nada. Quisiera acercarse todavía más, que sus labios rocen el lóbulo de la oreja o la nuca descubierta. Ella, que antes miraba hacia las ventanas, gira el rostro para verlo; sus ojos están serenos, un poco cansados. Armando se cree obligado a volver a decir algo, lo primero que se le ocurre:

—Creo que la conozco —la mujer no responde. Baja la vista, como si al observar los zapatos de charol de Armando encontrara alguna clave secreta —. Por favor, dígame su nombre —insiste el pianista.

—Margarita Ceylán —le responde.

—¿Margarita? ¿De verdad se llama Margarita?

—Sí.

—¿Como la flor?

—Depende… Hay flores que se llaman Rosa, o Camelia. Disculpe, aquí me bajo. Con permiso, esta es mi estación —dice, subiendo el volumen de la voz y abriéndose paso entre la gente a codazos. Baja en Salto del Agua y Armando no se atreve a seguirla. Él desciende en la estación siguiente y atraviesa la calle, corriendo hacia el lugar de su cita. Llega al ensayo, previo al concierto, con quince minutos de retraso. Sudando. Pálido, con el corazón latiendo violentamente. Confundido. El ensayo casi es un fracaso; sin embargo, cuando se abre el telón toca a Beethoven como nunca antes: la

Sonata para piano número catorce, en do sostenido, Opus veintisiete, número dos. *Kannst du sie brauchen?* El músico alemán se la dedicó a uno de los amores de su vida: la condesa Giulietta Guicciardi, una alumna de diecisiete años que en nada se parece a ninguna de las Margaritas de esta ni de cualquier otra historia.

Durante el primer movimiento la mano derecha de Armando, casi la única que desliza, entra en un verdadero y *pianissimo* lamento. La sangre fluye por los dedos, llevándolos dolorosamente sobre las teclas. En el segundo movimiento no deja de pensar en Margarita. Cada nota le recuerda algo de su físico: su estatura, su complexión, sus hombros encorvados, sus senos poco generosos, su postura, los pies ligeramente separados para guardar el equilibrio, con una mano en el tubo de metal y la otra cargando un libro. Para el tercer movimiento, el pianista ya no siente sus miembros superiores y sin embargo los maneja con una precisión y una emoción que le producen vértigo. Entra de lleno en ese juego, hábil, de preguntas y respuestas entre sus manos. Rápidos arpegios y escalas que lo llevan a experimentar una erección desde su miembro hasta el cerebelo.

Aplausos. Un concierto sublime. Más aplausos. Algunas miradas de sorpresa y varias mujeres guapas, muy bien arregladas, que quieren brindar con él. Armando, distraído, choca su copa, ajeno a la descarada coquetería. La mirada, borrosa y lejana. Todavía siente la sangre palpitante.

Esa misma noche, después del concierto, regresó a su casa buscando a Marguerite Gautier. *La dama de las camelias* estaba en el librero de su estudio, en segunda fila, escondida entre novelas contemporáneas. Abrió la portada para ver su nombre en la segunda página. Desde que la leyó por primera vez, a los quince años, la ha releído en otras ocasiones; cada vez que conoce a una Margarita, por ejemplo. Como esa Margarita adolescente que le presentó su primo cuando jugaban a tener novia, o la Margaret violinista de Juilliard que le enseñó, pacientemente y sobre las partituras, el camino al placer. Pero Armando presiente que esta Margarita, la del metro, es la más especial.

Ojos negros, pequeños y rasgados. Y esa mirada que le recordó tanto a la de su madre; el brillo especial que proyectaba precisamente en el instante en que iba a pasar de la depresión a la euforia. Labios delgados de un tono rosa que solo otorgan los lápices labiales pero que, en su caso, era natural. Cabello oscuro, hasta los hombros, sostenido por una diadema. Piernas firmes. Cuerpo muy fino, más que delgado, y senos de niña, insinuados.

El día que encuentre a Margarita le voy a leer lo que he subrayado de *La dama de las camelias*; palabra por palabra, letra por letra:

> Cuanto más miraba a aquella mujer, más me encantaba. Su belleza extasiaba. Incluso su delgadez era hermosa. Yo la contemplaba arrobado.

3

Margarita recuerda…

Mamá a diario se quejaba de que nuestro padre no traía suficiente dinero a casa. Ahora me he dado cuenta de que de eso se quejan todas las mujeres; siempre encuentran una excusa para lamentarse. Pero yo no quiero ser como las demás. No pienso pasarme la vida quejándome por algo. Por eso, a los doce años decidí que nunca voy a compararme con nadie y así, cuando sea grande, no sabré si mi esposo gana más o menos que los de mis amigas, si mi panza está más hinchada que antes, si mi piel ahora está caída o arrugada, si mi casa es más o menos grande, cómoda, iluminada. Se me olvidará que soy la menos bonita de las cuatro hermanas. La menos lista, también: ignoraré que en la escuela entiendo menos que mis compañeros, que mis notas son más bajas. Dejaré de compararme y de soñar cosas bellas para que no me pase lo que a mamá: decepcionarse. Entre menos quiera, menos pida, menos desee, más tranquila voy a estar. Eso lo supe desde los doce años. Ahora acepto fácilmente lo que me pasa, bueno o malo; no comparo. A veces tengo algunos deseos, por ejemplo, una falda que me haría ilusión poseer, o conocer el mar y meter mis pies hasta el huesito del tobillo, pero mi razón logra acallarlos y mejor aterrizo en la realidad. «Soñar no cuesta», me dice Miriam. No cuesta pero sí que duele, pienso. Quien no desea, no puede frustrarse; imposible vivir amargada si no esperas nada. Es mejor, las decepciones son más fuertes de lo que soy capaz de soportar. A veces mi fragilidad me asusta y no sé dónde colocarla o cómo deshacerme de ella.

4

A la semana siguiente, Armando usa el metro otra vez. El mismo recorrido, a la misma hora, con la esperanza de volver a ver a la mujer en la que no ha dejado de pensar; por las noches le cuesta trabajo conciliar el sueño. En cada estación se cambia de carro, buscándola entre los rostros femeninos.

En un extremo del vagón en el que se encuentra ahora, sentado (cuando se subió en la estación de siempre, casi no había gente), va Juan Pablo; es el mejor amigo de Margarita desde la infancia, pero eso no lo puede saber Armando en este momento. Ni siquiera lo ha visto, con sus *jeans* y playera negra de manga corta, y el rostro de Mick Jagger estampado en tonos grises. Dentro de su mochila lleva su traje de pingüino, como lo bautizó Perla, su esposa, quien anoche planchó muy bien el uniforme blanco y negro. «Siempre hay que estar limpio y arreglado», le decía desde que eran novios. En la monotonía del metro —túneles, luces, paradas, arranques, espera— Juan Pablo recuerda claramente la conversación de ayer, cuando fue a visitar a su primo Sergio Falcón, el Crustáceo, a la cárcel; sigue indeciso, aunque trae una libreta azul para anotar lo que se le ha pedido. Hoy tiene una cena en casa de los De la Barca, sus clientes desde hace cinco años.

—No hay pedo —afirma el Crustáceo, con su voz ronca por haber fumado marihuana—. Nadie va a salir lastimado, ya te lo repetí cien veces. Mira, carnal, nada más es cosa de que apuntes toda la información que me pueda servir: el nombre y apellido del dueño de la casa, esposa e hijos. Dirección. Cuando llegues, fíjate qué coches tienen: marca, color, placas. Mientras sirves la mesa, estate atento a las conversaciones pa que puedas acordarte de qué hablan, adónde han viajado, si tienen casa de fin de semana: todo me sirve.

—Ta'bien, *brother*, lo voy a anotar, pero ya te dije que no quiero acabar guardado… como tú.

—Calmado, compa, calmado, que al rato salgo. Ya lo verás. Nada más acabo de hacer algunos amarres, y… Bueno, pero no me digas que no te caería re bien una lanita *extras*. ¿Cuánto ganas mesereando, pinche Juanpa?

—Doscientos pesos más la propina cada vez que me llaman.

—Pero no trabajas de a diario, ¿o sí?

—Brincos diera, estaría chido.

—¿Ves, cabrón? Por cada casa de rico que espíes, te daré dos o tres mil varos. ¡Ah! Bien importante: siempre ponen listas y madres en los refrigeradores. Muchas veces ahí dejan los teléfonos de emergencia, los de la mamá y esas cosas. Cuando no te vean, anótalos: nunca van a saber de dónde

sacamos tanta información y así se van con la finta —agrega Sergio—. Aquí, con feria se puede conseguir de todo, o casi.

Pocos de sus parientes y vecinos todavía se resisten a formar parte de su banda. Su negocio se ha ampliado: antes se dedicaban solo al narcomenudeo, ahora comienzan por el camino de la extorsión. El Crustáceo tiene mucho que ofrecerles a los que aceptan trabajar para él: lana fácil («Solita te va a llegar caminando») y la seguridad de que nadie saldrá lastimado. La extorsión es un negocio rápido y limpio. Digamos: higiénico.

—Unas cuantas llamadas y a ganar un billetito muy sano. Los empresarios, y sobre todo los políticos conocidos, tienen miedo pues no se les olvida el intento de secuestro a la hermana del presidente, ni lo que le pasó a Eugenio Garza Sada o a Antonio Fernández. Total, creen que somos de la guerrilla, de la 23 de Septiembre o hasta los hijos perdidos de Lucio Cabañas y con eso tiemblan los cabrones.

—¿Quién es Lucio Cabañas? —pregunta Juan Pablo, pero el Crustáceo lo ignora ya que viene llegando otro preso.

—Estás hasta tu pinche madre, ¿verdad, putete? ¡No te andes periqueando con mi mercancía! —le grita Sergio al Rayas cuando se acerca a su mesa en el área de visitas. Viene a comprarle, como todos los lunes, una piedra de cocaína lavada. El *bisne* es el *bisne* y uno no puede dejar de hacer negocios nada más porque está recluido. ¿O a poco ustedes están en contra del progreso?

5

Martes por la mañana. Armando se despierta un poco crudo.
Anoche, cosa rara, estuvo tomando vino tinto, directamente de la botella, mientras ensayaba el *Concierto para piano y orquesta número dos*, en fa menor, Opus 21 de Chopin. Una y otra vez, hasta las tres de la mañana. Adora el primer movimiento, *maestoso*, pues tras un *fortissimo* de la orquesta el piano entra firme, seguro, y se apodera de la escena. Es un concierto ideal para que el pianista destaque: las dos manos, protagónicas, ya no ceden su lugar privilegiado y las teclas, blancas y negras, se convierten en el centro de las miradas. Le gusta tocar el piano; es el único lugar del mundo donde se siente él mismo. Lástima que no tenga el talento excepcional que quisiera ni la disciplina para compensar sus fallas. En el fondo, sabe que no pasará de ofrecer recitales de vez en cuando y de dar clases particulares.

Armando se levanta, lanzando las sábanas al piso. La tela azul cae sobre la alfombra, arrugándose en varias cimas y abismos. No acostumbra tender la cama. Por las noches, antes de dormirse, sacude las sábanas, las estira un poco y se acuesta sin mayor preámbulo.

El pianista tiene mucha hambre pero solo encuentra una naranja en su vacía cocina de soltero. Parte en dos la fruta y, utilizando el puño derecho, exprime el jugo directamente sobre su boca abierta, con todo y semillas; después toma dos vasos de agua y se dirige a la regadera. Más vale que se apure o llegará tarde a la plática. No le pagan mucho, lo hace como favor a una de las directoras de la empresa, quien fue amiga de su madre.

Desde las ocho de la mañana, en el hotel María Isabel del Paseo de la Reforma se lleva a cabo un congreso de vendedoras de Avon. Junto con pláticas de motivación y superación personal, antes de una sesión en la que las mujeres aprenderán a maquillarse y elegir su vestuario de acuerdo con su tono de cabello y piel, Armando y una reconocida pintora hablarán del proceso creativo y la importancia del arte. «Una embarrada de cultura nunca cae mal», le comentó la organizadora. «La cita es a las diez en punto», subrayó en la llamada telefónica.

En el puesto de la esquina, el pianista compra el único periódico que el voceador todavía tiene disponible: un ejemplar de *El Día*, por dos pesos cincuenta. Con tanta prisa, olvida el cambio. Antes de cerrar la puerta de su Fairmont, escucha el pregón de un vendedor de tamales. «¡Tamaleeees, tamales de pollo y puerco, bien ricooooooos!» Por eso le gusta esta zona, hay olores y sonidos: silbidos o gritos característicos del afilador de cuchillos, el vendedor de camotes, el comerciante de pan dulce o hasta un globero

distraído. En La Herradura, colonia de ricos, a veces llegaba la camionetita de las gelatinas con esa peculiar música de campanitas que atraía a los niños de la cuadra. Las gelatinas de leche eran sus favoritas.

En el primer semáforo hojea el diario: la librería del Fondo de Cultura Económica vende el *Códice Borgia* en tres volúmenes, encuadernados y en estuche. El precio es bastante alto, dos mil doscientos pesos, pero para un coleccionista de libros como Armando, obtener ese tesoro es más que necesario. Mañana irá a comprarlo.

Su departamento está en la colonia del Valle, Anaxágoras: cincuenta y ocho metros cuadrados, lo suficiente. El mismo día en que cumplió la mayoría de edad dejó la casa de su padrino y decidió trasladarse a un barrio en el que no reina la opulencia. Desde que recuerda, nunca se sintió a gusto en La Herradura, donde vivía con sus padres antes del accidente. Ahora renta esa casa a unos argentinos, y el ingreso le da la tranquilidad que requiere. Armando quedó huérfano cuando terminó la secundaria; acababa de cumplir quince años.

En su colonia todo era muy verde: parques, camellones, árboles enormes y la barranca de Tecamachalco como frontera natural. Un río —ahora caño— pasaba al final del jardín. Por el riachuelo, Armando y Cam, Camilo, su mejor amigo, iban a explorar en las tardes, después de terminar la tarea. A veces llegaban hasta su cueva y adentro, con ayuda de una linterna, veían el *Playboy* que le habían robado al papá de Cam.

¡Ay, el *Playboy*! Cada vez que Armando hojeaba uno, experimentaba un miedo alegre en el estómago, culpa y felicidad por algo que no podía definir. Más que abrir y mirar la revista, la perpetraba. «Padre, he cometido un *Playboy*», podría haber confesado. Y sentía que aunque nadie lo veía sacándola del clóset de su papá, todo el mundo lo sabía…

No podía ver a mi maestra a los ojos sin que se me notara que ya había observado cómo cruza las piernas una mujer desnuda. Me preocupaba que las nalgas de la modelo no se me olvidarían. ¿Y si mi novia las tenía diferentes, feas? Temor a primera vista. Inquietud de que el sexo de una mujer tenga un aroma. ¿Cómo se sentirá tocarlo, olerlo? La pregunta se convertía en hambre: hambre que se expandía hacia mi vientre, hambre que comía curiosidad. Conforme escudriñaba los pezones y los muslos de la diva recostada sobre los grandes cubos de paja en un corral, me temblaban las manos. El corazón me palpitaba como cuando jugaba futbol. Después de un rato de pasar las páginas, el miembro se me endurecía tanto que hasta me dolía, pero era un dolor emocionante. A veces no entendía por qué me angustiaba con tal frenesí. ¡Uy, qué imágenes me ha despertado recordar esa revista a la que ahora ni atención le pongo!

Interrumpamos a Armando para regresar a la historia. A Camilo le encantaba La Herradura, aunque su amigo nunca se sintió a gusto. En realidad, nunca estuvo a gusto en lugar alguno: el pianista era como un *hippie* trasnochado, un eterno «extraño en su propio cuerpo». En la prepa, mientras los demás oían música disco e iban a bailar al Cero Cero, él se quedaba en casa de su padrino a escuchar música clásica o a sacar las piezas de Yes en el piano. Odiaba la ropa de moda, las playeras polo que todos usaban, marca Lacoste, o los *jeans* Jordache y Fiorucci, imprescindibles para ser aceptado.

A pesar de sus ojos azules que, la verdad, llamaban la atención, era pésimo para ligar y no le gustaba salir a ningún lado. Cuando estaba nervioso, un ligero tartamudeo lo traicionaba, así que prefería quedarse en su habitación leyendo, releyendo y acomodando en orden alfabético sus libros, o tocando el piano del que pocas veces se separaba. Desde ese entonces don Ignacio era muy estricto: lo obligaba a ensayar todo el día y a tomar clases particulares con un profesor rumano famosísimo.

Muy de vez en cuando, Camilo lograba convencerlo y se iban juntos al Tecamacharlie's, pero después de tomar tres sangrías regresaba a seguir tocando el piano. Es probable que el carácter tan disparejo de su mamá lo hubiese afectado, quién sabe. No es fácil convivir con alguien que te puede recibir adorándote, odiándote o en la indiferencia absoluta.

Después del avionazo, lo que lo turbó fue la soledad en la enorme casa de su padrino, quien se la vivía viajando o asistiendo a compromisos sociales y de trabajo.

Llegando al hotel María Isabel, Armando deja el coche en el estacionamiento y saca la grabadora de la cajuela. Trae un casete para que las vendedoras de Avon puedan escuchar ciertas piezas que escogió previamente; preparó un rollo interesante sobre cada una. Espera no aburrirlas, eso de hablar en público no es lo suyo. Se siente ligeramente nervioso. ¿O será que presiente algo?

El salón es enorme. Lo recibe un letrero que dice «Avon: más de 90 años sirviendo a las mujeres del mundo.» Adentro está repleto de representantes del sexo femenino entre los treinta y los cincuenta años, la mayoría demasiado arregladas. Trajes sastres de no muy buenas marcas, colores llamativos, tacones altísimos, como si tuvieran que demostrar algo. A Armando le gustan las mujeres más sencillas: muy poco maquillaje, cabello suelto sin crepé ni nada raro; cero joyas.

Todas hablan al mismo tiempo, a la maestra de ceremonias le cuesta mucho trabajo callarlas. La artista plástica comienza proyectando una serie de obras maestras europeas; habla con tal seguridad que parece profesora de escuela. Las mujeres la escuchan fascinadas: colores, texturas, luces y sombras. De los claroscuros y el tenebrismo de Caravaggio, al puntillismo de Seurat. Armando está demasiado nervioso. Voy a hacer el ridículo, piensa. Necesita salir al baño y lo hace lo más discretamente posible.

Afuera respira mejor. Camina por un enorme y largo pasillo, siguiendo

las señales. Al fondo, junto a una mesa con un espectacular arreglo de flores, cerca de los baños, está ella; su figura menuda con uniforme azul y blanco. No… sería una casualidad enorme. Se acerca más, con prisa. Un vacío en el estómago le reclama. Sí, no hay duda. Es casi un milagro encontrarla.

—Margarita… —dice.

Ella vuelve la vista y, extrañada, lo cuestiona con la mirada.

—¿No me recuerdas? Nos conocimos en el metro, hace poco —agrega él.

—Mmm… No —contesta con voz muy baja. Normalmente los huéspedes son amables, pero no le hacen conversación.

—Nos subimos en la estación Chapultepec. En el vagón te pregunté tu nombre. Traías…

—Ah, claro —interrumpe—. Usted iba vestido demasiado elegantioso. Sí, claro —le contesta, fijándose en sus ojos azules. Así imagina el color del mar, de cada una de sus olas. Un mar tibio, que la baña.

—Háblame de tú, ¿no? ¿Qué me dirías si te invito una copa?

—¿A las diez y cuarto de la mañana? —pregunta, consultando su reloj de pulsera—. Además, estoy trabajando y salgo hasta las cinco de la tarde.

—No importa, te espero. Nos vemos en el bar El Jorongo, aquí aba…

—¡Ni muerta! Ahí trabaja mi exnovio y no quiero verle la cara. Mejor espéreme en el Sanborns de afuera: saliendo, luego luego a la derecha. Prefiero un café y un helado.

—Por favor tutéame. Conozco perfecto ese Sanborns. Cuando vivía mi abuelo, ahí se tomaba un café a media mañana, todos los días sin falta.

—Bueno, ¿entonces a las cinco y cachito? —pregunta, tratando de imaginar qué clase de ser humano tiene enfrente y por qué siente que es tan distinto a los demás.

—¿A qué te dedicas, Margarita? Me encanta tu nombre.

—Aquí trabajo, pero si sigo platicando con usted, contigo, me van a correr en cualquier chico rato. Me voy volando, que todavía me faltan muchas habitaciones.

Armando, como un personaje salido de alguna novela decimonónica, toma la mano izquierda de la mujer y la besa delicadamente, en el dorso y sobre los nudillos. Ella ríe más por gusto que por burla y comienza a caminar hacia los elevadores de servicio. ¡Qué raros son los hombres!, piensa divertida. Ay, ni siquiera le pregunté cómo se llama.

El pianista regresa apenas a tiempo para dar su plática. Olvidó, eso sí, sus ganas de ir al baño.

> Pues desde que la vi, no sé cómo ni por qué, ha ocupado usted un sitio en mi vida; que, por más que he intentado arrancar su imagen de mi pensamiento, vuelve una y otra vez; que hoy, cuando he vuelto a encontrarla, ha adquirido usted sobre mi corazón y mi cabeza un ascendiente aún mayor y, en fin, que ahora que la conozco, que sé todo lo que de extraño hay en usted, se me ha hecho indispensable, y me volveré loco no solo si no me ama, sino si ni siquiera me deja amarla.

6

Es viernes. En casa de un prominente banquero, todo está casi listo. No importa lo que celebran; siempre lo hacen con el buen gusto y el derroche de los que tienen la vida resuelta. El salmón y el caviar de los canapés fueron traídos directamente del extranjero en el avión particular del banco, esa misma mañana. Los vinos y licores, por supuesto, son importados. Las orquídeas monarca, que ocupan cada centro de mesa, vienen de algún país asiático cuyo nombre he olvidado; llegaron desde la semana pasada y se hospedaron en un invernadero de Morelos mientras esperaban pacientemente ser trasladadas hacia su destino final.

Varios sirvientes y meseros que se encuentran en la cocina finalizando los últimos detalles, ven por televisión un anuncio que presume del «Petróleo, el nuevo oro negro para todos.» Sonríen: si no les va a tocar su ración de oro negro, al menos esa noche recibirán una sustancial propina; lo saben.

La cena aparecerá reseñada en diarios y revistas nacionales e incluso en el *Daily News*. Armando, que asistió acompañando a su padrino, apenas recuerda algunos detalles pues, como en esa época no acostumbraba beber, con dos tequilas se emborrachó tanto que no pudo apreciar gran cosa, ni siquiera el atuendo de la anfitriona: un vestido de terciopelo negro que servía para resaltar todavía más sus aretes de diamantes de veinte quilates. En realidad los hombres casi nunca se fijan en la ropa de las mujeres, prefieren imaginar lo que hay debajo; abusar de las fantasías.

Así que lo prudente en este momento es plasmar las mejores líneas que el cronista del periódico estadounidense escribió en su columna:

> Los anfitriones no se contentaron con levantar una tienda para su fiesta, como la gente común. Construyeron un enorme cuarto de madera terciada sobre su hermoso patio. Parte de la madera estaba cubierta con papel tapiz amarillo con diseños damasquinos; candelabros de bronce colgaban del techo; pinturas de óleo colgaban de las paredes. La temperatura estaba perfectamente controlada. Los invitados se sentaron confortablemente ante mesas redondas, no apretujadas.

A pesar de que la mayoría de los mexicanos se ha dejado seducir por el presidente, por sus discursos, por su carisma innegable, a un año de su toma de posesión ya hay voces que protestan, que quisieran tener el foro adecuado para emitir una alarma, aunque sea discreta: académicos, intelectuales, buenos observadores de la micro y macroeconomía.

—El gobierno está equivocado —afirma el analista que ocupa un lugar en la mesa tres.

—Estás loco, estamos creciendo como nunca antes…

—Ay, mano, se te olvida que los crecimientos menos firmes y más ilusorios son los que se basan en una inflación alta. A tan corto plazo, vemos un auge económico, pero ¿sabes a qué nos llevará con el tiempo? Nos puede llevar, con el perdón de las señoras aquí presentes, nada más y nada menos que a la chingada.

—De acuerdo contigo —interviene el director general de una compañía transnacional—. Si seguimos por este camino, lo único que acabaremos por garantizar es una distribución desigual del ingreso. La situación se podría revertir en cualquier momento. No estamos para bromas —dice con gesto preocupado, dándole un trago a su coñac con Coca-Cola.

—Me parece que lo están haciendo bien —tercia el hombre que fuma puro—, aunque no estoy seguro de que vayan a saber enfrentar los cambios mundiales. No sé si México está listo para una apertura hacia el extranjero.

—Son una bola de aguafiestas. Hoy por hoy, lo más barato que se puede comprar en México es un dólar. Mi negocio ha crecido como nunca antes y les aseguro que no es un crecimiento artificial. ¿Economía ficción? ¡Por favor! Ya los invitaré a que vean la casa que me estoy construyendo en Acapulco. No van a poder creérsela. ¡Salud!

> La cena fue soberbia y estuvo soberbiamente servida. Nada de esa aburrida espera entre platillo y platillo. Todo lo que se suponía que debía estar caliente, estaba caliente, incluyendo las perdices con castañas, y todo lo que se suponía que debía estar frío estaba frío.

También han comenzado los rumores que perseguirán a la familia presidencial hasta el final: no del sexenio, sino de varios sexenios más.

—No inventes. Probablemente exagera en su maquillaje, debo admitirlo, pero es una señora muy guapa, hasta fina. De joven era bellísima —afirma la mujer con el vestido de seda verde.

—Bueno, yo solo repito lo que escucho; extravagancias y desplantes en restaurantes, exigencias desmedidas en los viajes. El otro día me contaron de una escenita que se montó en el Champs Elysées, indignante: dicen que estaba comiendo con Fernando Lozano…

—¿Quién?

—Ya sabes, el director de orquesta.

—¡Ah! El que supuestamente es su amante —interviene la mujer que está al otro lado de la mesa.

—¡No tienen idea de lo que hablan! Lozano es novio de Leonor Webelman y yo la conozco muy bien: es demasiada mujer para aceptar que su novio ande con otra. Y la señora López Portillo, les guste o no, quiere muchísimo a su marido. Jamás le pondría los cuernos.

—Bueno, el caso es que escuché que sus guaruras casi golpearon a una señora que intentó acercarse; la pobre había estudiado con ella y se emocionó al verla. Solo la quería saludar. La señora López Portillo ni siquiera se disculpó por el comportamiento tan agresivo y grosero de sus gorilas.

—Para los chismes nos pintamos solas. No hay que hacer caso, yo sé que es una mujer educada; una pianista espectacular, amante de la música. Culta, maravillosa madre de familia… Exquisita en todos los sentidos.

—Pues yo digo que si el río suena, agua lleva. Presiento que será un sexenio de corrupción asquerosa.

—A una primera dama siempre la van a criticar: imposible salir bien librada. Pura envidia. Ya ves cómo hablaban de la señora Echeverría y sus vestidos tan… nacionales; de sus errores en el protocolo. ¡Vamos! Déjenla en paz. Pronto se notará, a todas luces, lo mucho que está haciendo por el arte y la cultura.

—Ojalá sea cierto.

—Ya verán, ya verán…

—Ya recordé otra cosa. ¿Saben con qué marca se maquilla la señora?

—¿Cómo vamos a saber?

—¡Con Sherwin Williams! —la mujer comienza a reírse sin antes haber visto las reacciones de las demás.

—No cabe duda de que los humanos somos buenísimos para criticar, pero incapaces de vernos en el espejo…

—Mejor les cuento que probé carne de león —interrumpe otra al ver la urgente necesidad de un cambio de tema. Todas la miran sorprendidas.

—¡Qué asco!

—Y mi hija pidió cebra.

—¿Cuándo fueron a África?

—Qué África ni que ocho cuartos, mi marido se va de cacería con sus amigos y jamás me ha invitado. Acuérdense de que Laurita estudia en un internado en Nueva York; la semana pasada fui a visitarla y, bueno, también aprovechamos para ir de compras y hacer turismo. Una noche acabamos en un restaurante que está de moda, el Safari Club, puros actores y gente *supernice*; no saben qué lugar tan espectacular. Eso sí, un poco caro, pero bueno, para eso trabaja tanto mi chaparro. Si no me gasto yo su dinero…

—¿León? Guácala —comenta alguna, encendiendo un cigarro delgado y largo.

> Había dos grandes orquestas en una plataforma especialmente construida, que no tocaron nada ruidoso o de romper el alma. Pedro Vargas, el eterno trovador de México, cantó canciones de amor.

—Yo creo que el plan de desarrollo es genial.

—Antes de comenzar a hacer planes a lo tonto, tendrían que concebir

una estrategia para combatir la inflación. Urge que el gobierno controle su propia economía, pero no les da la gana…

—Totalmente de acuerdo: si los cabrones no disminuyen el gasto público excesivo y la gigantesca burocracia, vamos directo al caos. ¡Una vez más! A ver si la clase humilde aguanta otra crisis sin quejarse. Son pende… Perdón, mi vida —se excusa ante la mirada recriminatoria de su esposa—, son babosos, pero van a misa.

—¡Deja la misa! —afirma el hombre corpulento que, según dijo al sentarse, está a dieta—: la gente miserable de este país carga una violencia oculta… de dar miedo. Parece que aguantan todo, que siempre se resignan, que viven aletargados, abúlicos, pero el día que se harten, se nos van a venir encima.

—Si los demás pensáramos como ustedes, el presidente estaría solo. Todos lo apoyamos. Y en «todos» incluyo a gente pensante, a políticos que saben mucho del tema. Esta vez no nos equivocaremos. Ya lo verán —concluye el de la corbata llamativa mientras mete el tenedor para mariscos en su ensalada de langosta.

> Entre los invitados, se encontraba Richard Berlin, del imperio editorial Hearst, y su rubia señora, deslumbrante en terciopelo negro, adornado con *mink* blanco y perlas del tamaño de huevos de pichón […] y Bruno Pagliai y la señora Pagliai, con una túnica de seda pesada recamada con brillantes, sobre unos ajustados pantalones y resplandecientes pasadores entreverados en su cabello color medianoche.

—No es frívolo. Lo conozco desde que era casi niña; es un gran amigo de mi padre. López Portillo es un hombre luminoso, intenso, que adora disfrutar la vida. Además, está lleno de pasión por nuestro país, pasión sincera. Tan simple como eso —se escucha desde una mesa, de labios de una mujer que acaba de rechazar el postre.

—Guapo sí que es; muy vigoroso, fuerte. Y me da la impresión de que sus ganas de sacar adelante a los pobres son de verdad —añade la señora de rojo, la del larguísimo collar de perlas.

—A mí me encantan sus patillas y sus cejas tan negras. No me vean así, es un hombre muy atractivo —tercia la jovencita soltera.

—Demasiado macho —dice otra de tez muy blanca y nariz demasiado grande.

—Tal vez, y además está orgulloso de serlo. Pero es macho en el sentido fino, distinguido, sofisticado.

—Mmm, me late que estás enamorada de él —se burla alguna, dándole un sorbo a su café.

—Estás loca, es como si fuera mi tío. ¿Saben otra cualidad? Es muy amigo de sus amigos; de una lealtad admirable. Es un verdadero líder, con una gran visión de Estado. De una solidez en lo moral y lo intelectual que muchos quisieran…Armando recuerda que del gabinete presidencial, casi

todos estaban presentes. López Portillo había salido de gira por el interior de la República, sabía de la importancia de tener contacto directo con su pueblo, con la gente del país entero. Ya en esa época Díaz Serrano, director de Pemex, y José Andrés de Oteyza, secretario de Patrimonio y Fomento Industrial, se evitaban. También se veían a leguas las diferencias de Oteyza y Carlos Tello Macías, secretario de Programación y Presupuesto, frente a Julio Rodolfo Moctezuma, todavía titular de la Secretaría de Hacienda, y Romero Kolbeck, director del Banco de México. Asistieron en representación del presidente, como en palco de honor, sus hermanas. Bien vestidas, muy enjoyadas, brindando con los asistentes, sobre todo banqueros y empresarios que hacían fila para presentarles sus respetos.

Para Armando esas fiestas eran relativamente comunes. Sus padres habían fallecido en el famoso avionazo a mediados del sexenio de Díaz Ordaz; su padrino, el empresario Ignacio Madero Mariscal, conocido popularmente como el Zar de la Farmacéutica, casi lo adoptó y lo llevaba de evento en evento para educarlo. Convertido en una suerte de tutor, le daba consejos sobre la mejor manera de invertir lo que recibió como herencia, que tampoco era tanto; en realidad administraba su dinero. No lo hacía a título gratuito: cobraba exigiéndole su compañía cuando lo necesitaba y, casi semana tras semana, pidiéndole que tocara el piano en su departamento. No en su hogar, sacrosanto y respetado, sino en el piso secreto que tenía en la avenida Ejército Nacional: un apartamento de soltero. «Una leonera», dirían sus amigos, quienes a veces se veían favorecidos usando ese lugar decorado con tapiz de terciopelo en tonos dorados y verde olivo.

Los jueves eran los días elegidos. El señor Madero hace traer a la «señorita» de su preferencia (a veces la atracción le dura una sola sesión, otras, hasta un año) a su santuario del amor. Flores frescas en la entrada. Una botella de champán francés en una hielera Christofle, con dos copas de fino cristal, sobre la mesa de la sala. Fresas cubiertas de chocolate, manzana y pera en rebanadas, bocadillos vieneses acomodados en charolas de plata. Una discreta música instrumental de fondo, tal vez Richard Clayderman y su recién estrenada *Balada para Adelina*. Todo perfectamente dispuesto por Matías, un viejo sirviente a quien pomposamente llama mayordomo. Comienza el juego de la seducción. A Madero no le gusta la brusquedad. Va paso a paso. Les habla bonito; frases cursis y melosas que disfrutan las mujeres. Se acerca a ellas sutilmente, deseando que su conquista sea la primera en insinuar la imperiosa necesidad de ir a la recámara.

Allí, a un lado de la habitación, detrás de una discreta celosía, sin ver ni ser visto, frente a un piano blanco de media cola, está Armando. Espera una tos ligera (la señal de su padrino), o bien los primeros gemidos y el tenue sonido de las sábanas, para tocar algo de su repertorio clásico. Es un capricho que bien merece su padrino: una agotadora —y deliciosa— sesión sexual con música en vivo.

7

Margarita recuerda…

Dejé de escuchar a mamá el día que le dijo a mi padre, frente a mí pero como si yo no estuviera, «Margarita es la más fea. Bueno, la menos agraciada, pues, y encima no se le dan los estudios, es muy lenta. Deberías ver qué trabajo le cuesta entender las cosas. Siempre lo echa todo a perder. Dejará de ir a la escuela y voy a enseñarle a lavar y a planchar para que tenga manera de ganarse la vida», sentenciaba. Papá se me quedó viendo de arriba abajo mientras se escarbaba los dientes con la uña. Cuando mi madre no se fijó, me guiñó el ojo derecho. Cada vez que estaba presente, si mi mamá me agredía, mi padre me defendía, aun de manera discreta. No necesitaba decirlo, pero siempre fui su consentida y se notaba. El caso es que mi papá no le respondió, aunque supe que se opuso a que me sacaran de la primaria pues seguí yendo a clases. Al día siguiente mi madrina, al limpiar de hormigas la azucarera, me dijo que las mamás siempre saben lo que dicen y por qué hacen las cosas. Quieren lo mejor para nosotros; cuestionarlas y poner en duda su bondad es el peor de los pecados. ¿Peor que matar? ¿Peor que gemir?, iba a preguntarle, pero mejor me quedé callada. Mi madrina rellenó la azucarera después de aplastar las pequeñas hormigas negras con sus dedos, me sonrió y acarició mi cabello. Sin darse cuenta, dejó sobre mi fleco una pequeña hormiga herida que aún movía las patitas, desesperada.

8

Gerardo de la Barca se queda helado al recibir la llamada en su teléfono. No tuvo tiempo de pronunciar palabra. No entendía por qué lo habían elegido: no era un gobernador tan folclórico como Rubén Figueroa ni un empresario de los que salen todo el tiempo en las noticias.

El tono de voz que utilizaron no fue amenazante: un discurso educado, sin insultos, pero eso no lo tranquiliza. Sin dejar que el pánico sea evidente, le pide a su esposa que se acerque, tiene que hablar con ella en ese instante. «Que alguna de las sirvientas acompañe al niño a ver la tele. Vamos a mi despacho.» Ella entra en pánico: Ya me cachó, estoy segura. ¿Qué hice mal? He sido tan cuidadosa. ¿El chofer me habrá visto salir de Liverpool por otra puerta? ¿Acaso me ha espiado?. No sabe si confesar antes de que él le haga preguntas, o mejor atacar. La defensa ideal: la agresión, o hacerse la víctima; preguntarle, por ejemplo, quién es la tal Sandra que siempre lo llama por teléfono. Le tiemblan las manos y no quiere que él lo note. Prefiere guardar silencio.

—Me acaban de amenazar —le dice el hombre con voz transparente.

—¿De qué hablas?

—«Señor de la Barca», dijeron, «somos del Frente Urbano Zapatista», o una mamada así. «Lo tenemos vigilado, hemos venido siguiendo todos sus movimientos: sabemos dónde vive, cómo se llama su esposa, que sus hijos van al colegio Cumbres, que tiene un BMW rojo, un Mercedes gris, un Thunderbird azul y un Jaguar blanco. Acaban de regresar de San Diego. No se preocupe: no corren peligro si usted nos hace caso y sigue las instrucciones, paso a paso, de nuestra próxima llamada. Por lo pronto, vaya preparando un millón de pesos en billetes de baja denominación o aténgase a las consecuencias…», o algo así. ¡Carajo!

—Llámale a tu hermano, o a Miguel. Rápido —sugiere la mujer. En el fondo se siente aliviada; el estómago recupera su tamaño.

—¿Cómo chingados supieron el teléfono de mi estudio si no se lo doy ni a mi sombra?

—Vamos con los de la judicial mañana mismo. Hay que pedir la opinión de algún experto antes de tomar una decisión.

Dos días después, aconsejado por un despacho especializado en seguridad personal, De la Barca cambia el número de su teléfono privado. Entonces es su esposa quien comienza a recibir llamadas en la casa, y ahora sí hasta insultos. Ordenan suspender la línea, por lo tanto el Crustáceo llama al otro número de la casa y después lo hará a la oficina. Cada vez

proporciona más datos con la voz distorsionada: la dirección precisa del domicilio familiar, el apellido de los compadres, el destino de su viaje de fin de año, las placas de los automóviles. Sergio sabe que la transacción terminará por llevarse a cabo. Tal vez no reciba un millón, pero no se conformará con menos de quinientos mil: eso lo ha dejado bien claro.

Un lunes, la secretaria de don Gerardo se comunica con Juan Pablo para cancelar la cena del viernes: «Se suspendió, nosotros le hablamos cuando tengamos una nueva fecha», pero el mesero no se siente afectado. La semana siguiente tendrá una chamba que promete: una comida en casa del secretario de Comunicaciones y Transportes, Emilio Mújica Montoya. Juan Pablo está listo para anotar, en su libreta azul, lo que considere útil. Ya le gustó eso de «ganar un billetito muy sano», como dice su primo. Es bueno el negocio, higiénico, chingón. ¿Por qué no le entró antes?

9

Cuando Margarita vio a Armando por primera vez, en el vagón del metro, ella trabajaba en el hotel María Isabel. Habría aceptado lo que fuera debido a las circunstancias: su madre se quedó sin empleo por la artritis y por un coraje. Su papá jamás les mandó dinero.

Lo más divertido de trabajar como recamarera era espiar la ropa de los clósets y acomodar los artículos de baño: cremas, desodorantes, cepillos de dientes. Ver las instrucciones, esas que vienen con letra muy pequeña, en inglés, francés o hasta en signos que podrían ser chino. Adivinar quiénes ocupan la habitación.

Jamás tuvo tentación de robar: usan demasiadas cosas que no sirven para nada. Bueno, Margarita confiesa que un día se enamoró de una falda amplia, de grandes flores rojas. Era casi transparente, no pesaba, y cuando pasó los dedos por la tela, parecía que iba a deshacerse. Si pudiera volver el tiempo atrás, definitivamente se quedaría con esa falda.

Su estación de siempre no era Chapultepec, por eso Armando la buscó durante tanto tiempo sin hallarla. El día del encuentro, ella había acompañado a una compañera del trabajo a una juguetería afuera del metro; era cumpleaños de su hijo y aún no le compraba nada. Pasaron casi una hora en la tienda hasta que la joven madre se decidió, luego se fue en un autobús y Margarita se subió al metro.

¿Sabes que te vi cuando estabas formado para conseguir un boleto? Tenías cara de perdido y sentí ternura. Estoy segura de que ni siquiera sabías el precio. Si no me hubiera detenido a comprar un refresco, jamás nos hubiéramos encontrado: llegué al andén cuando se acababa de ir el metro, por eso tuve que esperar el siguiente y en eso apareciste tú con la mirada confundida, volteando hacia todos lados, revisando tu reloj cada dos segundos y moviendo las manos como si estuvieras tocando un piano invisible.

Margarita tiene tres o cuatro características que la hacen especial (¿acaso no lo somos todos, o al menos eso sentimos?), como sus ojos profundamente negros y sus pestañas largas pero disparejas, despeinadas. Siempre ha dormido sobre su lado derecho, con la mitad del rostro encajada en la almohada: por eso, las pestañas que protegen su ojo diestro van mirando

hacia la izquierda; no hay rímel que pueda disimular esa desviación.

Otra: su cuerpo menudo, delgadito aunque bien formado, con todo lo que necesita un hombre para gozar aun si no ofrece porciones generosas. La figura de Margarita parece la de una japonesa o vietnamita, fina y en armonía.

Además, desde niña tiene una marcada tendencia a enamorarse. Si le preguntaran qué es lo que más desea, respondería: «Vivir permanentemente enamorada.» Esto la convirtió desde entonces en un ser un tanto masoquista, pues por lo general se prendaba de aquel compañero que no le correspondía, así que su estómago lidiaba con la emoción de verlo entrar al salón de clases y el desencanto al percatarse de que, una vez más, no se sentaría a su lado y ni siquiera le ofrecería algo de su refrigerio. Durante la adolescencia, Margarita aprendió o supuso que una lectura, de esas forzosas para aprobar la clase de literatura universal, le había regalado un poco de sabiduría:

> Le advierto que quiero ser libre de hacer lo que me plazca, sin tener que dar la menor explicación de mi vida. Hace tiempo que busco un amante joven, falto de voluntad, enamorado sin desconfianza, amado sin derechos. Nunca he podido encontrar uno. Los hombres, en vez de estar satisfechos de que se les conceda durante mucho tiempo lo que apenas hubieran esperado obtener una sola vez, piden cuentas a su amante del pasado, del presente y hasta del futuro. A medida que se acostumbran a ella, quieren dominarla y, cuanto más se les da todo lo que quieren, tanto más exigentes van haciéndose. Si ahora me decido a tomar un nuevo amante quiero que tenga tres cualidades poco frecuentes: que sea confiado, sumiso y discreto.

Si bien por su corta edad Margarita no tomó el consejo al pie de la letra, pensó que, al igual que la protagonista de la novela, de ahí en adelante llevaría el control de sus relaciones amorosas, y de manera casi mágica esa certeza la volvió atractiva y deseable. Al salir de la preparatoria ya contaba en su haber a varios novios: Iván, Mauricio, Federico, y algunos nombres olvidables… Siempre uno tras otro y no porque no supiera estar sola, como le decía su madre, sino porque le era imposible no vivir enamorada. Sentir un sobresalto cuando suena el teléfono y correr a contestarlo para llegar antes que sus hermanas, escuchar la misma canción varias veces durante el día, saberse querida, buscada, consentida, estremecerse cuando otra mano rozaba la suya, llorar ante la ausencia, temblar ante la presencia, sufrir un poco la pérdida para encontrar consuelo rápidamente en el siguiente objeto de sus amores imaginarios.

Lo dijeron los Beatles mejor y antes que nosotros: *All you need is love, love is all you need.* ¿Acaso hay algo más?

Cuando Armando vio a Margarita por primera vez, ella salía con el gerente de uno de los bares del hotel de Reforma y sí, estaba enamorada. Pertenecía al grupo de las mujeres que no pueden besar sin sentir que el estómago se les encoge y que una parvada de gaviotas recorre su espalda, que fantasean con el rostro de su amado por las noches. Pero, en el fondo,

seguía buscando al hombre que, había decidido tiempo atrás, se convertiría en su amor definitivo. Ese ideal que una lectura obligada le mostró: confiado, sumiso y discreto; enamorado sin desconfianza. Comenzaba a necesitar estabilidad y un poco de paz, aunque tuviera que renunciar a las delicias y sorpresas de los enamoramientos tempranos.

Para el resto del mundo, por ejemplo para Camilo o peor aún, para el padrino de Armando, acostumbrado a mujeres costosas y plásticamente perfectas, Margarita resultaría común y corriente, ordinaria incluso. Las puntas del cabello algo maltratadas, la ropa adquirida en mercados sobre ruedas; manos descuidadas, zapatos con raspones. Pero el pianista ni siquiera notaba esos detalles y si lo hacía, los pasaba por alto. Había algo más, algo profundo y tal vez animal. Armando «adivinaba en ella unos instintos que a cualquier otra criatura le faltaban», como si hubiera sido creada en particular para ser amada y, ¿por qué no?, para dar amor sin importar condición económica, estatus social, apellidos, olor, tipo de piel, carga genética, currículum, pasado ni planes a corto o mediano plazo. Eso sí, había un requisito indispensable: no podía enamorarse de un hombre que no supiera besar. Besos húmedos, largos. Besos que estremecen. Labios que la abarcan y protegen. Que la absorben para poseer su boca por completo. Besos formales y juguetones. Infinitos. Llenos de sabor. Completos.

10

Ignacio Madero Mariscal sube la escalera monumental de la residencia de Los Pinos y al lado izquierdo le muestran la puerta que lleva al comedor privado. Pisa la alfombra *beige*, que luce impecable. Ante las instrucciones de un miembro del Estado Mayor, se dirige hacia la mesa: triangular, de madera, con cubierta de vidrio muy grueso. Allí está sentada la primera dama, acariciando a uno de sus *poodles*, que descansa sobre sus piernas. Cuando el perro siente la presencia del desconocido, comienza a ladrar; otro, más grande, que estaba debajo de la mesa, se asoma y lo secunda.

—Ya, *Eliot*. Tranquilo, *Boogie*. Es Nacho, mi amigo —les dice, cariñosamente, doña Carmen Romano.

Se saludan después de varios años de no verse así, en privado. El capitán Manzano se queda junto a la puerta, casi sin moverse. Madero Mariscal se sienta dándole la espalda a un enorme ventanal que tiene vista al jardín oriente. Al otro lado de la mesa, doña Carmen, balanceando el tenedor en su mano derecha, observa al empresario con una mirada lúcida y pícara y enseguida le pide al capitán que se retire.

—Nunca dejarás de ser coqueta. ¿O ahora debo hablarle de usted, señora primera dama?

—No seas bobo, Nacho, que nos conocemos de siempre.

—Pero hace mucho que no podíamos platicar a solas. En los actos oficiales es imposible estar contigo. Luces bien; contenta.

—La verdad, no lo estoy tanto. La vida pública jamás me gustó y lo sabes. Lo que realmente me hubiera encantado es estudiar arquitectura. Eso era lo mío, pero por quién sabe qué cosa, ni la preparatoria terminé.

—Sí, me acuerdo. Te la pasabas enferma.

—Creo que ahora es demasiado tarde, ¿verdad? —dice, sonriendo—. Además, recuerda que Pepe me prometió que nunca sería político y mira dónde andamos.

—¡Cuántas quisieran estar en tus zapatos! —afirma Madero Mariscal, después de darle un trago a su jugo de guayaba—. Mmm, está buenísimç

—Ahora prueba el de mandarina. En fin, te decía que esto no es lo mío y sin embargo aquí me tienes, no queda de otra. ¿Sabes que mi cuñada Margarita me dijo, unos días antes de la toma de posesión, que ella iba a hacer mi papel porque yo no sabía nada de esto?

—¿En serio?

—¡Claro! Qué caradura, ¿no? Pues ahora tengo más ganas de probarles a todos, no solo a ella, de lo que soy capaz.

—Y lo estás haciendo. El país entero habla de tus logros.

En ese momento entra un mesero, vestido de filipina blanca, con una gran charola.

—A veces te pasas de hipócrita. Cambiemos de tema, ¿no? ¿Qué prefieres: machacado, puntas norteñas o migas? También te pueden preparar unos huevos rancheros que les quedan buenísimos. Yo, como siempre, me voy a servir un poquito de todo. Mis hijos me critican por mezclar los sabores, pero así me gust

—Migas. Ah, y frijolitos —le dice al mesero que, después de servirle a la primera dama de México, se acerca con los platillos—. ¿Y Pepe… perdón, el señor presidente, y tú, cómo van?

Antes de responder, doña Carmen le pone sal a una tortilla, la hace taquito entre las palmas de las manos y espera a que el mesero los deje solos.

—No vamos ni venimos. Nada más estamos; como se va pudiendo. Seguimos con la vida familiar, tratando de que sea igual que antes, cuando vivíamos en la casa de la Florida. Casi diario comemos con nuestros hijos; después, todas las tardes sin falta, pasa a ver un rato a su mamá, ya ves que la idolatra. Los fines de semana (conoces a Pepe: es fanático de los deportes), si no está de gira, hace bastante ejercicio. Ayer, por ejemplo, jugó tenis con Roberto Casillas, Mario Llamas y este señor, cómo se llama, cómo se llama… Bueno, no importa, el caso es que si no es un deporte, es otro.

—¡A ver cuándo invitan!

—Mi marido es hombre de pocos amigos. Siempre está solo, con sus libros, escribiendo o pensando, así que nunca hay invitados, únicamente compañeros de ejercicio.

—¿Y tú, Muncy, sola también?

—Tampoco soy de amigas, lo sabes —contesta con un cierto brillo de melancolía en la mirada—. A la única que veo es a Paty Flores, y muy de vez en cuando. Pero si me siento aislada, toco el piano.

—Así te conocí: tocando el piano no sé cuántas horas al día.

—Y, aunque no lo creas, Pepe llega puntual a la hora de la cena; elige una película de la lista que nos mandan de la Cineteca y cenamos mientras la proyectan. Si estoy trabajando (acuérdate que soy nocturna), él se encierra solo en la sala de cine, o le llama a José Ramón, a Yiyi o a Paulina y les bajan sus charolas. La verdad no entiendo, querido Nacho, a qué hora atiende a sus otras señoras, pues aquí duerme todititas las noches.

—¿Cuáles señoras? —pregunta don Ignacio, aparentemente sorprendido; se le olvida que no es tan buen actor.

—¿Supones que soy idiota? ¡A sus viejas! Yo creo que al poco tiempo de que nos casamos empezó a ponerme el cuerno, pero era discreto. En cambio, a partir del nacimiento de Paulina, de la embolia pulmonar y todo por lo que pasé y que me tuvo fuera de combate dos años, se desesperó o algo le sucedió a Pepe que lo hizo rebasar las formas de la decencia. Se le fue la mano, por no decir algo peor: su relación con Kena Moreno era casi

pública, solo faltó que la anunciara con bombo y platillo, y ahora con esta dizque doctora. ¡Carajo! Perdón, Nacho, pero ¿por qué son tan ca… tan malditos los hombres? —reclama, arrojando los cubiertos a la mesa y dejando caer las manos sobre los muslos.

—No todos somos iguales…

—Tú eres de los peores, ni te hagas; te conozco mejor de lo que piensas. ¿Y sabes algo? Escúchame bien: es espantoso sentirse traicionada. Triste y muy doloroso, en serio. Pierdes tu seguridad, tu… ¡Ve lo que provocan! Desde ese entonces, cuando empezó a portarse pésimo en público, comencé a arreglarme y maquillarme más. Primero, para verme más atractiva. ¡Qué tontas llegamos a ser las mujeres! Pero en cuanto Pepe empezó a quejarse de mi aspecto, lo hice por fastidiar. Esa es la verdad: por el delicioso placer de joderlo.

—Muncy, sigues siendo guapísima… —afirma Ignacio observándola: trae un vestido negro estampado con flores color amatista, su piedra favorita; encima, un saco de la misma tela. Dos grandes aretes, en forma de estrella, que parecen finos. El cabello suelto y oscuro, con bastante crepé. Tras el maquillaje muy negro e intenso de sus ojos, tiene una mirada triste y al mismo tiempo luminosa.

—¡Ojalá! Si me vieras… estoy toda tasajeada. ¡Acuérdate de cuántas veces me operaron! Desde los dieciocho años me han hecho ocho cirugías: la vesícula, peritonitis, el accidente de coche. ¿Recuerdas cómo me quedó la cara? Y no te imaginas de qué manera tengo el vientre, es un horror. En fin, dejé monos de quejas. Estar aquí también tiene sus ventajas.

—¡Obviamente! Y deberías aprovecharlas más —le dice Madero Mariscal con ironía.

—¡Bueno, no me puedo quejar! ¡Me cumplen cada deseo!

—Capricho, será. Desde que te conozco has estado demasiado consentida.

—Me lo merezco, ¿no? Al restaurante que voy, mi escolta me tiene apartada mi mesa, aunque sea en el Vips que, aquí entre nos, es de mis favoritos. Me gusta tener mi espacio, mi aire, que no haya gente cerca. También adoro gastar… y gasto. Gasto mucho en ropa: regresamos de los viajes al extranjero con el avión a reventar. Evidentemente no todo es mío, ¡no sabes cómo se aprovechan los invitados y los de la prensa! Cargan con tanta fayuca.

—Pues no deberías gastar demasiado, o al menos sé más discreta; estás en la mira. Perdóname, Muncy, te hablo como amigo.

—¡Quién lo dice!

—Es que hasta para ser malo, hay que ser bueno —responde Ignacio guiñándole un ojo.

—Perdóname tú a mí, Nacho, siempre fui austera y bien ahorradora. Creo que esto nunca te lo conté: una vez, cuando Pepe se quedó sin trabajo y nadie lo llamaba, me dijo que la situación estaba difícil y que si las cosas

seguían así, tendríamos que vender la casa. Pero sin que él lo supiera, durante dos años yo había ahorrado la mitad de cada quincena. Imagínate la cara que puso cuando le dije que teníamos dinero para pagar comida, escuelas y demás gastos durante dos años. En esa época se volvió a enamorar de mí; por lo menos volvió a ser cariñoso. He sido ordenada, solidaria y ahora merezco vivir como me dé la gana.

—No te enojes conmigo. Simplemente no quiero que salgas lastimada.

—Está bien. Te perdono. ¿Quieres un café? —El empresario asiente con la cabeza y doña Carmen toca un timbre—. Mejor cuéntame cómo va tu ahijado Fernando.

—Armando —corrige al tiempo que observa las naturalezas muertas, sin ningún chiste, que decoran las paredes.

—Ese, pues, al que querías convertir en director de tu empresa, en tu heredero. ¿Ya está trabajando contigo?

El mesero entra con dos tazas de café y una canasta con pan dulce.

—¡Qué va! Odia los negocios, se resiste a ser empresario. Lo único que le gusta es… ¿no adivinas? ¡Tocar el piano!

—Mmm, es de los míos. Tráelo a casa un día, para conocerlo y escucharlo. Tal vez hasta podríamos tocar algo a cuatro manos. No pongas esa cara, ¿a poco es tan malo? En cuanto a tu emporio, ¿por qué no preparas a una de tus hijas? Podrían ser magníficas sucesoras. Son inteligentes las chamacas, ¿no?

—Sí, una estudió psicología y la otra diseño, pero nunca han trabajado; son mamás de tiempo completo. De administración no saben un carajo. Y no quiero que sus maridos terminen mandando en mi negocio, y después hasta corriéndome. Presiento que, cuando ya esté cansado, tendré que venderlo; no me va a quedar otra salida.

A las diez veinticinco en punto entra el escolta de la primera dama y le entrega una tarjeta; se queda allí, de pie, tras ella.

—Lo siento, Nacho, tengo una cita con funcionarios del DIF y se me está haciendo tarde. Vámonos, capi.

—¿No me regalas ni un minuto más, Muncy querida? Tengo un favorzote que pedirte. Un asunto privado —dice Madero, mirando de reojo al militar que mantiene la vista fija en la pared de enfrente.

—Mmm, ya decía yo que tu visita no era por pura amistad. ¿Cómo pude olvidar cómo eres, en el fondo y en la superficie? Ay, Ignacio, Ignacio... Me voy corriendo. Otro día hablamos —concluye fríamente, levantándose de la silla y saliendo del comedor. Madero Mariscal todavía no escucha el sonido de los tacones bajando las escaleras cuando se arrepiente de no haber ido al grano desde el principio. Cuando hablaban de la fayuca hubiera venido perfecto al caso. Tenía tantas ganas de conseguir ese permiso de importación de autos de manera expedita y accesible. Soy un idiota, piensa. Y además, presiento que no volverá a darme una cita.

11

La primera vez que Margarita y Armando salieron juntos, después del reencuentro en el hotel y de tomarse «un café» —resultaron tantos, que al final a ambos les temblaban las manos por el exceso de cafeína—, fue al día siguiente. ¡Las prisas del amor!

Margarita no quiso que Armando pasara por ella a su casa, así que quedaron de verse a las ocho de la noche frente a Bellas Artes. Ambos llegaron con media hora de anticipación, por lo tanto en este momento están sentados en una banca de la Alameda, viendo pasar gente. Analizan rostros, gestos; adivinan relaciones. Cuentan cuántas mujeres llevan falda, y cuántas pantalones. Observan a un teporocho que habla solo y se defiende de su sombra, asustado. Oficinistas van y vienen. Pocas familias; varias parejas de novios, muy jóvenes.

A las nueve, con mucha hambre, caminan hacia el Café de Tacuba para cenar algo: ella, enchiladas; él, chalupas poblanas. Las intercambian. Después, dos vasos grandes de café con leche y una pieza de pan dulce, que comparten. Margarita elige un garibaldi con chochitos y Armando piensa en las coincidencias: es precisamente la que a él se le antojaba… pero no es cierto. En cuestiones de amor, qué fácil resulta engañarnos.

Deciden recorrer la calle de Tacuba en busca de algún bar para seguir conversando. A cuatro cuadras, una música deliciosa que sale de aquella puerta los atrae; acuden al llamado sin pensarlo. Un hombre, después de cobrarles y entregarles unos boletitos amarillos de un papel demasiado delgado, los guía por unas escaleras muy estrechas que suben hacia un primer piso. Al fondo hay una barra; algunas mesas altas están rodeadas por hombres y mujeres de pie que toman cervezas y brindan. En la pista, en medio del lugar, varios bailan con un ritmo que se antoja.

—¿Quieres bailar? —pregunta Armando, más por obligación que por deseo.

—Soy malísima. Si vieras a Irma, mi hermana; es casi profesional. No sabes cómo se mueve.

—Vamos a sentarnos allá —sugiere aliviado, señalando una mesa libre en una esquina. La guía delicadamente del brazo; cuando ella siente la temperatura de la piel masculina, aun a través de la blusa, se estremece. Hay químicas que no se niegan; contundentes.

La iluminación es tenue, unos focos rojos ambientan el lugar. Hace calor; la ventilación resulta pésima. Y a pesar del calor y de la evidente falta de oxígeno, Armando y Margarita se sientan muy juntos. El volumen de la

música es tan fuerte, que para conversar no les queda más que susurrarse al oído.

Ella acerca la boca a la mejilla de Armando. No lo toca. Le cuenta que tiene tres hermanas, a qué se dedica cada una: peinadora en un salón de belleza, recepcionista de laboratorios médicos y asistente de veterinario. Le habla de su padre y lo lejos que está. De la enfermedad de su madre, una artritisF que avanza. Confiesa que tiene algunas amigas, ninguna muy cercana aunque eso sí, un mejor amigo, Juan Pablo, al que adora: se conocen desde la primaria y jamás han discutido. «Es tu turno», dice ella poniendo la mano sobre el antebrazo de él, que inmediatamente tiembla.

El pianista acerca los labios a la oreja izquierda de Margarita, mueve un mechón de su cabello para que no estorbe. Lo calcula perfecto: cada diez palabras, más o menos, su boca roza «por accidente» la piel femenina. Un escalofrío aterriza en la nuca de Margarita, una deliciosa frescura que la acaricia y la obliga a cerrar los ojos.

Continúa la conversación, a ratos habla ella, otros él, aunque lo de menos es el tema. En el ir y venir de vocablos y anécdotas se privilegian los sentidos: el ligerísimo contacto de las pieles, los labios que se mueven tan cerca del lóbulo, las miradas brillantes y profundas que, ya a esta altura del encuentro, se saben perdidas. La sensualidad ha tomado la delantera: se apodera de la escena y de las voluntades, mermadas, de esta pareja que está a unos segundos de besarse. Ambos lo apetecen desde hace un largo rato. Sus lenguas quieren callarse al mismo tiempo, liarse en un pacto húmedo y gozoso.

Las voluntades coinciden; entonces llega el beso y los cura. Los expande. Los sentencia.

Armando siente regresar a la vida, como si desde pequeño hubiera vivido anestesiado. Margarita comprueba que enamorarse es su mejor estado. Sonríen; vuelven a besarse y se construyen.

A las cuatro y media de la mañana, salen tomados de la mano y caminan por esta larga calle hacia la pareja que acaban de inventar.

12

—¿Usted sabe cuál es la mayor distancia en México? —pregunta Armando dando un largo trago a su bebida aceitunada, un *dirty martini* que le ordenó su padrino sin consultarlo.

—¿Disculpa?

—Que cuál es la mayor distancia en México —repite. Sus labios apenas se separan al hablar, por eso está acostumbrado a repetir algunos de sus comentarios; los demás no lo escuchan o fingen no entenderlo.

—No sé. La que hay entre Tijuana y esta zona, supongo —contesta Ignacio Madero Mariscal tirando la ceniza de su cigarro en la arena y apartando, momentáneamente, sus ojos del libro A *calzón amarrado*, de Irma Serrano.

—Se equivoca, padrino. Es la que existe entre usted y, por ejemplo, las personas que viajan en el metro un jueves a las siete de la noche.

—¿Y tú cuándo te subiste al metro? —pregunta Madero Mariscal sorprendido—. Yo solo conozco el de París, obviamente, y el de Moscú; es eficiente y muy lujoso. Los pisos son de mármol y…

—No me he subido al de Moscú, pero sí al del DF—responde Armando y enseguida le explica a su padrino, como si tuviera que excusarse—: Un día, hace unos seis meses, tenía un concierto de beneficencia en el Centro Histórico; el tráfico era insoportable, igual que siempre, y tuve que bajarme del taxi para viajar en el transporte público. De cualquier modo, me retrasé quince minutos.

Armando y su padrino están recostados frente al mar Caribe. El hombre mayor sigue leyendo, el pianista disfruta el sonido de las olas, el trino rítmico de algún ave que interrumpe el azul distante. El rostro de Margarita se refleja en sus ojos: la extraña. Desde que están juntos, casi no se han separado. Qué trabajo le costó buscarla, y finalmente la encontró donde menos esperaba.

Fue a la estación Chapultepec todos los viernes, diez minutos antes de las siete de la noche; casi no falló a lo largo de semanas. Durante una hora recorría la estación, de un lado al otro. A las ocho en punto se dirigía a un restaurante de comida rápida de la zona y mordisqueaba unos totopos, aparentemente distraído, mientras pensaba en ella. «Me llamo Margarita», era lo único que sabía de su novia en esa época; ahora la conoce como si hubieran coincidido en otras vidas. Es una mujer que representa lo contrario de lo que siempre ha rechazado: la vanidad excesiva, gastar y gastar como si fuera manda, preocuparse por el físico al extremo de llegar a ser artificial,

hacer lo posible por que quede claro que pertenecen a una familia decente, a una clase social que aplaude el cabello rubio y la piel blanca. Mujeres que hacen evidente su menosprecio a quienes no pueden pagar una escuela privada o no viven en colonias convenientes; oportunistas, educadas para mantener las apariencias y cumplir con las formas sociales. Armando solamente ha tenido tres novias: Nuria, su novia en la universidad y hoy su mejor amiga, y dos con el mismo nombre: Margarita. De hecho, sus amores han sido escasos, además de la música y su obsesión por coleccionar libros, que forman sus pocos intereses reales. Un día sintió que su meta más deseable era convertirse en pianista, pero no consultó a su talento; es probable que haya tomado la decisión equivocada. Margaret, después de tocar a dueto, le repetía que era un buen ejecutante, preciso, pero sin vida. *Where the hell is your passion*? No sé. ¿Dónde está, Margarita?

—¿Y el concierto en Bellas Artes, para cuándo?

—No lo sé, padrino. Todavía no se confirma la fecha. —No se atreve a decir que el director del INBA ni siquiera se ha reportado a sus llamadas, ni tendría por qué hacerlo: es un funcionario honesto y profesional que no le va a abrir una sala de conciertos tan importante a un joven inexperto solo porque es ahijado de un influyente, Armando lo sabe. También está seguro de que Ignacio Madero es capaz de mover hilos, citar a la persona adecuada para que su protegido obtenga la fama instantánea, obligatoria. Es consciente de que una sola llamada a la primera dama le abriría todas las puertas. ¿Lo hará? ¿Llamar a su amiga de la infancia y pedirle otro favor?

Los ojos de Armando parecen imitar al mar que observa: de distintos tonos azules, siempre húmedos, en suave movimiento. Sus labios, en cambio, viven resecos. La lengua los recorre varias veces al día, sobre todo al inferior, en una suerte de tic, sin lograr que la saliva suavice los pellejitos.

Mientras dos turistas, aparentemente extranjeros, corren en la playa, dejando las huellas de sus pies descalzos, un mesero les ofrece brochetas de fruta fresca: pequeñas esferas de melón y sandía coronadas por una uva verde y otra roja, sobre cama de hielo. El señor Madero toma tres sin dar la mirada ni dar las gracias, tal vez es la forma de dejar en claro su importancia: tratar al personal de servicio como si estorbara, o en el mejor de los casos, como si no existiera. Típico de las clases acomodadas, piensa Armando.

—Mira, Dito, ya es hora de que tengas güevos. Yo no pienso llamar a Bremer. O consigues el concierto en Bellas Artes y ves cómo le haces para volverte famoso, o dejo de financiar tu carrera dizque artística. Si lo he hecho durante tanto tiempo no es por el recuerdo de tus padres, que con ellos no tengo deuda alguna, es por mi amor a la música.

—Padrino, no empecemos; a usted nadie podría calumniarlo de culto —afirma Armando, esperando que Madero Mariscal no entienda la fina ironía.

—¿Cómo dices?

—Soy un buen pianista. De verdad la música es mi pasión, le dedico la vida entera. Pero no soy extraordinario, a veces mis dedos van por su lado; digamos que me calificarían de ser… promedio.

—A ver, cabrón, o sea que no eres ni muy muy ni tan tan… —afirma Ignacio riéndose—. Está bien, no es para tanto. No pongas cara de tragedia, lo que pasa es que me da coraje ver todo lo que podrías lograr si te lo propusieras. Tú sí que le debes eso a tus padres.

La culpa. La maldita culpa, herencia de una educación judeo-cristiana de mierda. *Mea culpa*. O me meo sobre la culpa. ¿No es lo mismo? Dios vigila mi comportamiento. A su hijo, que murió en la cruz por mí, no le puedo fallar. Yo confieso, ante Dios todopoderoso, que he pecado… ¿Quién decidió lo que era pecado? ¿Es una perversidad, acaso, que la muerte de mi madre me haya tranquilizado? Con su ausencia encontré la paz.

Nunca me acostumbré a sus cambios de carácter. Su enfermedad maniaco-depresiva la hacía parecerse a una montaña rusa: muy arriba o muy abajo, a una velocidad vertiginosa. A veces se levantaba temprano, y al arreglarse frente al espejo ponía música a todo volumen, salsa o tango. Cantaba; bailaba con un cepillo redondo en la mano, cual micrófono espinoso. Me jalaba de los brazos para incluirme en su ronda de alegría. Me llenaba de besos. Preparaba mi desayuno y me iba a dejar a la escuela. En el camino, mientras el chofer intentaba encontrar una ruta que no estuviera bloqueada por el tránsito, jugábamos a las adivinanzas. Su mano femenina se transformaba en una tarántula que me hacía cosquillas, escondía mi *lunch*, acariciaba mi cabello.

Al regresar del colegio, mamá estaba dormida. Apenas abría el ojo cuando me presentía al lado de su cama; estiraba una mano y tocaba mis dedos. Lloraba un rato, abrazada a su almohada. Dormía toda la tarde. Si algún ruido la despertaba, volvía a llorar otro rato, muy quedito. Yo comía solo, hacía mi tarea solo. María, mi nana, me ayudaba con los deberes de español; del inglés no entendía una palabra. «La señora está descansando», decía al contestar el teléfono. Cuando la señora descansó para siempre, desde el accidente de avión, finalmente me sentí tranquilo. Ya no tenía que adivinar si al entrar a casa la encontraría bailando o en una esquina de su recámara, en posición fetal, lamentándose de quién sabe qué cosa.

—No se pueden perder el *spa* —dice Gabriela, dándole un beso a su marido en la frente—. Creo que es de los mejores del mundo. El área de hidroterapia es impresionante. A Nacho no le gusta que lo toqueteen pero tú deberías ir, Dito; es un poco caro, aunque vale la pena. Me hice dos tratamientos, un corporal y un facial, por… mejor ni te digo cuánto pagué, pero incluye el uso del sauna, *jacuzzi*, vapor y alberca de masajes —deja su bolso de playa, se

quita el pareo y se acomoda en una tumbona para leer una revista de modas.

—Tú gasta, sigue gastando, por eso me casé contigo: para que alguien gaste y disfrute mi dinero. ¿Quieres una margarita? ¿Con mucho tequila? Ahijado, llama al mesero cuando lo veas.

—Ese yate se parece al suyo —afirma Armando sin quitar la vista del Caribe.

—N'hombre, ese no tiene ni setenta y cuatro pies, el nuestro es mucho más grande; se nota que no sabes nada de navegación. Mejor dedícate a tocar el piano y a buscarte una buena hembra. Ya es hora de que te cases, ¿no?

—Déjalo en paz —le dice Gabriela, desde su bikini a rayas—, está muy chavo. Que viva todo lo que tiene que vivir antes de comprometerse.

—¿Cuántos años cumpliste? —insiste Madero Mariscal, ignorándola. Ignorar a las personas se ha convertido en una de sus especialidades.

—Veintiséis…

—Yo me casé a los veintidós y cuando tenía tu edad ya hasta había nacido la Chata.

—¡Pues por eso te fue como te fue! —afirma Gaby sin abrir los ojos, que ha cubierto con una toalla húmeda para protegerlos del sol. No se da cuenta, entonces, de que un empleado del hotel pasa de camastro en camastro limpiando los lentes oscuros de los huéspedes; lástima, pues están tan sucios que, cuando se los ponga nuevamente, verá borroso el mar.

—No quiero amarrarme con nadie y mucho menos tener hijos. Mire, padrino, yo creo que traer niños al mundo es un crimen, el planeta está superpoblado, y además no hay nada que ofrecerles. Basta leer el periódico o ver las noticias en la televisión: las ciudades están creciendo de manera monstruosa, sobre todo la capital; no hay planificación urbana. Mucha gente vive en la pobreza extrema. Siguen naciendo miles y miles de mexicanos: al rato no habrá agua, vivienda, escuelas ni empleos que alcancen.

—Estás loco: López es un gran presidente, un hombre realista y congruente. La política energética ha sido un acierto. Por algo tiene el apoyo de todos los partidos, por algo fue el candidato por unanimidad.

—Ay, padrino, eso ya pasó hace dos años y además, por si no recuerda, el PAN ni siquiera presentó candidato. No existe una oposición real. López Portillo tenía el camino libre, pero no necesariamente por mérito propio.

—Elegimos al mejor, no cabe duda.

—Eso sí: ¡al mejor actor!

—Estás loco. ¿Acaso no viste antier su segundo informe? Lo interrumpimos con aplausos más de ochenta veces…

—Sí, sí. Ahora me va a salir con que «la solución somos todos». Ya verá, padrino, esa frase acabará por transformarse en «la corrupción somos todos»… Lo veo venir.

—Es un estadista genial.

—Es un hombre vanidoso, ególatra, *light* y mujeriego. Dizque trota con tarahumaras, es fanático de la charrería, monta a caballo, sale fotografiado

en la cubierta de un yate, escala montañas… ¡Por favor!

—No opines de política. Se ve que no entiendes nada.

—¿Y los familiares del presidente sí? Seguramente se están enriqueciendo a nuestra costa. Ahí tiene metidos a su primo y a sus hermanas, Alicia y Margarita. (Ay, amada mía. Mira quién lleva tu nombre…)

—No tienes ninguna prueba de lo que dices, qué vas a saber. Además, siempre he pensado que mientras los que detentan el poder sepan gobernar y nos inviten a los negocios, ¿qué más te da?

—¡Uta madre! Por eso estamos como estamos. Un día, la distancia entre los mexicanos va a ser tan gigantesca, tan irremediable, que a este país se lo va a llevar la chingada… con su perdón, padrino. Y lo peor es que nos gusta la ostentación, los excesos, presumir lo poco o mucho que tenemos.

—Ya bájale a tu rollo, o de plano métete de guerrillero y mátanos a todos. Ahora me resultaste comunistoide. ¡Carajo! Mejor piensa en algo productivo. No sé, por ejemplo, que deberías casarte con la niña esta, mmm, la hija de don Prudencio Baillet. Está guapa la chiquilla, y forrada.

—¿A poco no se ha enterado?

—¿De qué?

—El papá de mi amigo René, el famoso abogado ese…

—Ah, sí.

—Pues tuvo que ir a sacarla del bote, allá en Houston.

—¿A la hija de Baillet? ¿Cuándo?

—La semana pasada. Nadie lo sabe; Raúl me lo contó en supersecreto. La cacharon en una tienda robándose unas chucherías que no llegaban ni a los cien dólares.

—Muchachita pendeja; si lo que le sobra es lana… Entonces Nuria: sería ideal —sugiere—. Se conocen hace tanto tiempo que solo tendrían que formalizar su relación.

—¿Nuria? Nada más somos amigos.

—Pues créeme, querido Dito, que eso es mucho mejor que casarte enamorado —le dice Ignacio mientras observa a su esposa, que ronca con el sol en la cara—. El amor nos vuelve bien pendejos.

—¿A poco? —responde Armando con tono irónico, admirando el cuerpo tostado de la tercera mujer de su padrino—. Ay, Margarita: símbolo de la resignación, limpia de sorpresas; mujer capaz de despertar en mí deseos febriles. ¿En qué lugar de mi cuerpo habré de colocarte para ya no dejarte ir? —murmura. Afortunadamente su padrino también se ha quedado dormido y no lo escucha, o se habría burlado de esas frases tan chabacanas.

13

Margarita recuerda…

Cuando mis padres se juntan por las noches, él puja y jadea aunque mamá se queda completamente callada, como si de veras estuviera dormida. En cambio, si papá visita la cama de latón de mi madrina, ella gime y emite algunos gritos ahogados que yo trato de imitar al estar sola. Respiro muy rápido, como ella. Digo «¡Ahhhhhh!», como ella. Y me muevo, como ella, al compás de cada arremetida de papá mientras me toco. La cama de mi tía hace ruidos, chirría y cruje; se lamenta sin que le importe el silencio de la noche. El colchón de mis padres es mudo, igual a mamá que solo habla un rato por las mañanas, cuando papá se va a la fábrica. Entonces se queja de lo mucho que debe trabajar para completar la quincena, de lo mucho que tiene que limpiar para que la casa quede higiénica. Es desesperante tratar de quitarle polvo al polvo, tierra a la tierra. Eso dice, pero después no le importa el olor de orines de los gatos de mi hermana ni las cagadas de *Lalo*, el perico de papá, cuando se escapa de su jaula. Parece que a mamá le importa mucho todo y no le importa nada. Ni su esposo ni sus hijas ni la comida que prepara a diario, ni siquiera la ropa que lava y plancha en las casas grandes. Cuando me lleva, me enseña a doblarla para que quede perfecta. Yo sé que tampoco le importa que quede tan limpia ni bien doblada, como no le importa que mi madrina gima mientras ella se queda tan callada.

Esto recuerda Margarita, pero no se lo cuenta a Armando. No le gusta compartir su infancia, tan lejana que está a punto de olvidarla.

14

Ignacio Madero Mariscal conoció a Gabriela por medio de unos amigos en común que deseaban ganarse los favores del empresario. Fue en el verano del 72.

El padrino de Armando organizó un viaje al Mediterráneo con un yate que rentó en Marbella. Bautizado como *Never enough*, medía ciento sesenta pies y portaba bandera de las Antillas Holandesas. Decorado en blanco y azul, con algunos toques dorados; una vajilla distinta para cada comida, los mejores vinos y licores, alimentos frescos adquiridos en cada puerto, flores, juegos de mesa y un amplio surtido de películas para ver en la videocasetera de cada habitación. Cinco camarotes muy amplios y nueve personas de tripulación a su servicio incluidos el capitán, italiano, y un chef belga. Invitó a dos parejas de amigos, él tomó la *suite* principal y ordenó que una de las recámaras, la más amplia, estuviera preparada para recibir a cuatro mujeres diferentes, al más puro estilo de los marineros: una vieja en cada puerto.

En Marbella se subió con una morena, andaluza, veintiocho años, muy delgada, de madre libanesa y padre millonario, productor de aceite de oliva. Convivió con su cuerpo mientras llegaban a Ibiza entre risas coquetas y besos atrevidos, entre copas de champán y baños refrescantes en el *jacuzzi* de la cubierta superior. La mujer nacida en Córdoba coleccionaba ropa de firma y soñaba con comprarse una hacienda en Yucatán —lugar que le parecía sumamente exótico— con espacio suficiente para construir una pista de aterrizaje de tal suerte que sus amigos, todos acaudalados, pudieran llegar en sus aviones. Pero, caprichosa, estaba acostumbrada a ser consentida, admirada; no a servir sino a ser servida.

Bajó en la isla española y menos de dos horas después subió, seguida de enormes maletas, una colombiana que a todos hablaba de usted; había sido Señorita Colombia y durante algún tiempo también fue amante del presidente de ese país. Conservaba un cuerpo exquisito y mucha influencia entre sus amigos del gobierno, algo muy conveniente para los negocios del empresario mexicano. Usaba tres trajes de baño cada día, acompañados de *shorts* o faldas con estampados a juego; subía a desayunar enfundada en una bata tan elegante que parecía vestido de noche. Tenía mucho estilo, pero también mucho carácter y no se dejaba manipular por los deseos del Zar de la Farmacéutica. La dejó, después de gritos y platos rotos, en Tolón.

En Montecarlo ya lo esperaba Gabriela, recién llegada de París, adonde había ido a comprar el atuendo indicado para un viaje en barco. Lino de colores claros, sombreros espectaculares, vestidos ligeros, sandalias

llamativas. Nuevo corte de cabello; tratamientos para la piel y bronceado perfecto. Mucho dinero invertido, pero valió la pena pues la cuarta mujer en la lista nunca se subió al yate. Desde Francia hasta Grecia, pasando por Sicilia, aconsejada por sus amigos, que conocían los gustos del padrino de Armando, Gaby se dedicó a consentir a quien quería convertir en su marido. Con una plática interesante pero ligera, sentido del humor, risa discreta. Amorosa, dispuesta lo mismo a cortarle el pescado y darle de comer en la boca, que a hacerle masajes en la espalda o en los pies. Servicial, siempre de buenas. Con un sí permanente en la sonrisa y la convicción de que sabría perdonarle todas sus infidelidades y no le importaría ver las fotos de «las otras» colocadas, en perfecta concordia, en el *walk-in closet* de su apartamento de la Ciudad de México.

15

Armando sube los brazos y vocifera. Margarita lo imita, aunque se siente asustada. Muy. Mucho. Es la primera vez que se sube a la montaña rusa. ¿Y si se marea y vomita el *hot dog* y el algodón de azúcar? En la segunda bajada, se le quita el miedo y disfruta. Muy. Mucho. Está feliz. Con esa felicidad tan leve que apenas se nota, pero que parece quedarse muy dentro y durar muchas horas.

Armand y Marguerite hubieran dicho: «¡Ay!, nos apresurábamos a ser felices como si hubiéramos adivinado que no podíamos serlo por mucho tiempo», pero esto no es *La dama de las camelias* sino una escena muy mexicana en el Bosque de Chapultepec, una de las pocas áreas verdes que sobreviven en el gris y salvaje Distrito Federal.

Un día, Margarita vio en la tele una película gringa donde todo era perfecto: un actor guapo, con músculos, lindo; una actriz rubia, de cabello suave y largo; cuerpazo. Se enamoran y deciden pasar una tarde en una feria, al lado del mar. Van de la mano. Se suben a los juegos sin dejar de mirarse. Comparten un algodón azul; al lamerlo, sus labios se tocan y acaban enredados en un beso cursi. ¡Qué antojo! Susurran palabras ridículas y prometen quererse para toda la vida. La música de fondo también es melosa. Un atardecer colorido ilumina la escena. Los juegos mecánicos comienzan a brillar bajo las luces de neón. *The end*. Si así fuera la vida… ¿Existe el miedo a la alegría?

Desde lo alto de la montaña rusa, Armando y Margarita pueden observar Los Pinos: la residencia oficial luce desangelada.

—Si yo fuera la esposa del presidente, me mudaría al Castillo de Chapultepec —opina Margarita cuando se bajan del juego.

—¿Y te convertirías en emperatriz? —se burla su novio. Comienza a hacer un viento fresco y ella olvidó su suéter en el coche. Quiere besar a Armando; de pronto le entran unas ganas locas de fajar con él.

—Vamos a tu departamento —sugiere con una mirada que palpita.

—¿Pues no me pediste veinte veces venir a la feria, después ir al cine Manacar y cenar rico?

—Yo solo te dije de la feria, lo otro tú lo sugeriste para celebrar nuestro aniversario; además, aunque lo hubiera pedido, se vale cambiar de antojos, ¿o no? Ahorita te me antojas tú: muchísimo —le dice ella poniendo la mano sobre la bragueta de Armando, quien instintivamente brinca hacia atrás y vuelve la mirada para comprobar que nadie los haya visto.

Armando le abre la puerta de su Fairmont azul marino y, enseguida,

Margarita enciende la radio. «Yo que fui tormenta, yo que fui tornado, yo que fui volcán, soy un volcán apagado…», se escucha a todo volumen. Los dos cantan a gritos, ríen cuando se equivocan de estrofa, se besan en cada semáforo, bueno, solo si les toca luz roja o amarilla. Pasan al Biarritz de la glorieta de Chilpancingo por unas tortas de pierna y salchicha, para llevar. Siempre les da mucha hambre, demasiada, después de hacer el amor.

Margarita siente algo raro en el estómago. Mientras no sean las lombrices que agarró mi hermana, piensa. ¿Y si la carne del *hot dog* de veras era de perro? Armando opina que ni lombrices ni amibas ni canes atropellados, es más bien una sensación metafórica: son mariposas, cientos de mariposas enamoradas.

El departamento de Armando los recibe en penumbras; se besan sin encender la luz, antes de cerrar la puerta. Es un beso largo y tan preciso, que Armando siente cómo la mezclilla del pantalón, así como así, independiente del mundo, las ideas, los ideales y hasta la política que se desarrolla en ese instante allá afuera, se hace sensible y despierta a su piel con un cosquilleo certero. El pene acude al llamado: el tejido, antes inerte, sucumbe ante el beso pues sabe que hay algo que vale la pena emprender. El miembro se va llenando de curiosidad; primero con discreción, civismo y amabilidad, pero de pronto se colma de preguntas que el vientre profundo formula sin cesar, cuestionamientos que el escroto plantea sin remedio. Con urgencia se levanta, se envalentona, se amplifica, empuja y repele a la mezclilla por creerse piel, por atreverse a ser sensible.

La erección es un golpe de Estado, piensa Armando cuando Margarita comienza a desnudarlo. La erección, no cabe duda, toma al cuerpo como rehén. Sitia al cerebro, a las vías de acceso. Es el acento de la carne. La mayúscula del nombre. La manifestación más contundente de que la vida es para entrarle de lleno. Imagina la mejor marcha: cientos de hombres desfilando por las calles, como en una enorme protesta sindicalista, gritando: «¡La sangre, unida, jamás será vencida!» Se ríe de esa idea tan ridícula. Margarita ríe con él mientras desabrocha su sostén lila. Tiembla. Siempre tiembla cuando sus senos tocan el aire.

Armando, todavía sonriendo, trata de llevarla a la recámara.

—No —le dice ella, que siente esa humedad apremiante del vientre—. Hay que hacerlo en el comedor.

Caminan juntos. Margarita pone las nalgas sobre la mesa; las aprieta al sentir la textura algo rasposa de la madera. Se acuesta y abre las piernas, sin compasión alguna. Armando, de pie, contempla aquella deliciosa falta de pudor: la vulva rosada que tantas veces ha visitado su lengua tibia, una lengua que se da cuenta de que tiene vida propia… y se alegra al saberlo.

Ante el fruto, Armando se estremece. Con los dedos apenas firmes comienza a tocarla desde las rodillas hacia arriba, deslizándose por sus muslos hasta el infinito donde todo se pierde… y todo se crea. El índice la roza. Y ese roce, delicado y melancólico, la obliga a susurrar, como lo hace

ante lo inevitable: «Dios mío, Dios mío, Dios mío. ¿Dios mío?».

El rostro de Margarita se contrae. Llega el desasosiego, solemne. Cierra los ojos; como animal herido, aprieta la boca. Tiembla. El malestar estomacal, que ya había desaparecido, regresa sin respetar el momento sacro, profana el altar donde dos amantes se entregan sin reservas, edificando y destruyendo.

Se incrementa el dolor, obligándola a pararse y a pedir una tregua.

—Dame algo, cualquier medicina. No sabes cómo duele.

Armando se levanta por un jarabe, le da dos cucharadas y se sienta junto a ella. Su erección no cesa.

—¿Y yo qué, así me vas a dejar? Sigo con la bandera en alto —suplica.

—De veras me siento del carajo, perdóname.

Armando no puede evitar un gesto de molestia. Ni modo, piensa. La marcha de la sangre pierde la batalla: el miembro, vencido, se retira sin haber dicho la última palabra.

Ahora están recostados en el sillón de la sala, juntos, abrazándose. El dolor cesa. Es puro miedo a la felicidad, teme Margarita. Sabe que es un estado menos que temporal y que en el instante en que te decides a disfrutarlo, se deshace de inmediato. Se esfuerza en desaparecer.

16

Nuria y Armando contradicen la frase que todos repiten sin reflexionar: la verdadera amistad entre hombres y mujeres no existe. Realmente son amigos. Han superado subidas, bajadas y las peores curvas. Eso sí, durante una época, un año y medio probablemente, se enamoraron aunque su acumulación de miedos y prejuicios particulares no les permitió ser novios oficiales, que hubiera sido lo evidente, pero se volvieron amantes y se amaron con locura, sí, con locura… mientras duró. Después se quisieron de otra manera. Un día, alguno de los dos de pronto sintió miedo ante la intensidad de aquello sin nombre que los arrastraba. Armando decidió poner freno, muchos frenos, incluso el de mano, sin excusa aparente. Nuria tardó varios meses en asimilarlo, en recuperarse. Ansiaba vencer la soledad y el frío. ¡Cómo le dolía! Qué trabajo le costó caminar por la cotidianidad sin él. Acostumbrarse a las fantasías sin su imagen. Durante más días de los que hubiera querido, despertaba desolada.

Se conocieron en una fiesta de la prepa. Ella estudiaba en el Colegio Vallarta, él, en el Vista Hermosa, con Camilo. La amistad nació pronto, rápido, natural. Compartían cien características: manías, ideales, gustos musicales, manera de ver la vida, sueños, un parecido porcentaje de alivianamiento, la particular forma de dejar huellas en los demás, vaya, hasta el aroma de sus cuerpos. Ambas auras y su sentido de la existencia se fundían en una especie de nube en la que cualquier cosa era —de hecho, sigue siendo — posible, plausible y aplaudible. Se contaban todo, todo de verdad. Nadie sabía más de Nuria que Armando. Nadie conocía mejor a Armando —hasta le adivinaba estados de ánimo y secretos— que Nuria.

Una noche, ya en la universidad, Nuria organizó una cena de amigos en común en el departamento de sus padres, aprovechando que se habían ido a Europa; Armando, empujado por una intensa mirada lúdica de la anfitriona, se quedó al final. Entonces se sentaron en la sala y pusieron discos de su música favorita: un elepé o sencillo tras otro, de treinta o cuarenta y cinco revoluciones. Cantaban juntos, sin importarles a qué vecino podían despertar: los Beatles, Bob Dylan, los Rolling Stones, The Who, Pink Floyd, y ya en la madrugada, con fuertes vapores de alcohol en las neuronas, *Vive*, de Napoleón. «Nada te llevarás cuando te marches… Vive feliz ahora mientras puedes, tal vez mañana no tengas tiempo…» Se carcajeaban ante la cursilería de un pésimo libro de superación personal, convertido en canción pegajosa… pero se sabían la letra de memoria.

«Deja volar libre tu pensamiento», y Nuria lo dejó volar al tratar de

imaginar las nalgas de Armando. ¿Cómo se verán sin sus eternos pantalones de mezclilla? Volvió a reírse. Ya estaban sentados sobre la alfombra, las piernas estiradas con sus copas al lado, muy juntos. Hombros, brazos y muslos se rozaban. «Siente correr la sangre por tus venas…» Armando comenzó a sentirla, líquida, roja, gozosa, recorriendo su cuerpo cavernoso para llegar al glande. Y así, justo cuando admiraban el amanecer que entraba por la ventana, un amanecer de volcanes orgullosos, nacionalistas, históricos, se besaron. «Trata de ser feliz con lo que tienes», y se besaron más. Se besaron durante horas. «Abre tus brazos fuertes a la vida.» Se besaron hasta que fue evidente que jamás podrían vivir el uno sin el otro. Y es cierto. Después dejaron de compartir la cama, el placer delicioso de dos pieles que pretenden convertirse en una, aunque siguieron intercambiando confidencias, planes y futuros posibles.

¿Y todo esto a qué viene al caso? A que hoy Nuria y Armando están juntos. Ella pidió verlo, quiere contarle algo. Toman un café en el Tirol, en la Zona Rosa, uno de sus lugares favoritos. Él, *espresso* doble. Ella, capuchino con rompope; adora lo dulce.

—Ya sabes que mamá, desde que mi papá murió, no ha podido salir adelante. Sentimentalmente sí, no tardó tanto en reponerse, un novio tras otro; sin embargo, en cuestión de lana no nos ha ido bien. Mientras nuestros conocidos van para arriba… nosotros nos matamos. Y eso que vendimos el departamento de las Lomas, pero mi madre no supo administrar el dinero y confió en la persona equivocada.

—Tal vez necesita a alguien que la asesore. Pero tienes razón, la clase alta está viviendo un *boom* impresionante. Todos gastan y gastan y gastan… —contesta Armando.

—Sí, caray. Y la clase media, más. ¿Te acuerdas de Ilán Semo, mi amigo de la izquierda, el que es muy intelectual? Da clases en la Universidad de Puebla; es un hombre muy brillante. Antes no se hubiera podido comprar un departamento y ahora hasta acaba de ir a París. Bueno, ¡incluso las secretarias van de compras a Houston! —afirma Nuria, cerrando los ojos como queriendo recordar algo.

—No has tocado tu café. ¿Quieres que te lo calienten?

—¿Cómo vas con Margarita? —pregunta ella dándole un trago a su capuchino que está, efectivamente, casi helado.

—Muy bien. La adoro: es una mujer por completo distinta a todas las que conozco. Desde su mirada me veo a mí, y al mundo, de otra manera. Es alivianada, sencilla, fácil de estar con ella. Me hace sentir ligero y me ha obligado, aunque no a propósito, a reinventarme, a volverme a querer un poco… en fin. No cambies el tema, ¿necesitas que te ayude?

—Quiero tu consejo. No sé si aceptar. Mi mamá tiene un novio desde hace unos meses...

—¿Horacio?

—Sí, sigue con Horacio y él trabaja en el gobierno, es director de

Comunicación Social de una secretaría y le va muy bien. El caso es que me acaba de ofrecer un puesto como chofer.

—¿Como qué? ¿Está loco?

—Lo que oyes. No es que realmente vaya a ser chofer, ¿cómo crees? Resulta que tiene una plaza libre y, la verdad, pagan muy muy bien, mucho mejor que lo que gano escribiendo para la revista, por mis artículos me dan una miseria. Me asignaría un escritorio y con que me presente algunas horas al día sería suficiente. Nada más a checar tarjeta. Hay aumentos de sueldo a cada rato, vacaciones. Que haga lo que me dé la gana, literalmente me dijo algo así como: «Echa la güeva, duerme, come en tu escritorio si quieres, píntate las uñas y esas cosas que hacen las mujeres. Si te dan documentos para archivar, pues archívalos. Habla por teléfono con tus amigas, las que vivan fuera de México… total, es gratis.»

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente en serio.

—Yo pensé que lo de los aviadores era un mito.

—N'hombre. Y existen muchos más de los que creemos: primos, hermanos, amantes y, en mi caso, hasta la hija de la novia. Puros conocidos de funcionarios mayores y menores, todos viviendo del presupuesto nacional, sin mover un dedo.

—¿Vas a aceptar?

—No sé, precisamente por eso quería hablar contigo. Armando toma las manos de Nuria, las acerca a sus labios y las besa, cerrando los ojos y aspirando su olor.

—«A cambio de besar la mano de aquella mujer, se siente con fuerzas para emprenderlo todo, con voluntad para conquistarlo todo y con ánimo para hacerlo todo . »

—¿Otra de tus frases cursis de *La dama de las camelias*? ¡Qué memoria tienes!

—Nuri, te quiero mucho. Te voy a querer siempre.

—Lo sé y yo te quiero mil veces más. Por favor, dime qué hago. Mi mamá insiste en que me anime, que así funcionan las cosas; que está mal pero el país siempre ha marchado de esa manera, y si otros se benefician, ¿por qué nosotras no? De verdad me siento incómoda.

—No sé qué decirte. No quiero parecer puritano pero, ¡carajo!, no puedo dejar de pensar que nos pasamos la vida mentándole la madre al gobierno y cuando tenemos la oportunidad de salir beneficiados, nos hacemos los ciegos, sordos, mudos, desmemoriados, y estiramos la mano. Tan fácil. Supongo que es parte de la condición humana. ¡No tenemos remedio!

—Me estás haciendo sentir peor todavía —dice Nuria desde sus ojos verde pistache, sin mirarlo.

—Te propongo algo. Mi padrino tiene mil contactos, ¿por qué no me dejas conseguirte un trabajo, un trabajo de verdad? Llévame tu currículum

mañana, ínflalo un poco, ponle los idiomas que hablas, todos los diplomados y esas cosas. No aceptes todavía; dame chance. No te veo como la típica burócrata, almorzando torta de tamal con un Orange Crush sobre su escritorio y leyendo *El pecado de Oyuki* mientras una fila de ciudadanos espera su turno para que les resuelvan algo.

Nuria sonríe, por fin sonríe. Levanta la mano para pedir una naranjada, el rompope de su capuchino sabe rancio y ni se había dado cuenta.

—¿Y si no me consigues nada? ¿Y si nadie me quiere contratar?

—Pues nos vamos a los caldos de la tía Tranquilina a tomar harto mezcal para festejar tu nueva chamba de chofera. Por cierto, ¿sabes manejar?

—Si serás…

El mesero trae una limonada.

—Joven, pedí naranjada. Con agua mineral y mucho hielo, por favor.

El chico se la lleva sin decir nada, un poco fastidiado.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dice Nuria, que ha aprendido a olvidar a Armando pero también, cuando es necesario, a regresar a su recuerdo.

—Todas las que quieras.

—¿Tú crees que algún día podamos volver a hacer el amor? Una sola vez. Puro sexo, sin enamorarnos. No sabes cuánto extraño tus manos y tu boca; cuánta falta me hace verme a través de tus ojos. ¿Te acuerdas que me decías que tengo cuerpo de diosa?

—Ay, Nuri, antes se me antojaba cabrón, la neta. Todavía hace un año te deseaba muchísimo, pero ahora, con Margarita, todo ha cambiado. Es como si solo pudiera pertenecerle a ella, aunque suene cursi, como dices, y ridículo. Sería suculento ser tu pareja, pero por ahora…

—Me lo imaginaba, y aun así no podía dejar de preguntar —afirma ella mirando hacia otra parte, hacia cualquier punto de la cafetería que pueda consolarla. Entonces, enmarcada en madera clara, colgada de la pared blanca, atrapada entre dos cristales, ve una litografía de los volcanes Popocatépetl e Iztaccíhuatl, uno al lado del otro. Para siempre.

17

Margarita recuerda…

Mamá comenzó a toser, asqueada, cuando probó la sopa: no era una tos seca, sonaba más bien mojada. Después dejó la cuchara y golpeó la mesa con los puños varias veces. Tantas, que el vaso de agua con vino que ella toma —tal vez para sentirse rica, compra vino tinto barato y lo hace durar días y días poniendo un cuarto de vino en un vaso, llenando el resto con agua—, escupió algunas gotas. Las venas del cuello se le saltaban como si estuvieran vivas, y los ojos se le pusieron muy rojos y muy líquidos: cuántas lágrimas salían de su mirada. En el piso todavía estaban las plumas verdes y rojas de *Lalo*. Algunas amarillas. Una, probablemente la más liviana, aún flotaba en el aire terroso de la cocina. Lo demás, el perico entero con patas, ojos y pico, esperaba en la olla. «Caldo de loro con zanahorias y chícharos, eso hay de comer hoy», nos dijo cuando regresamos de la escuela. Las cuatro nos quedamos en la puerta, detenidas y abriendo grandes los ojos, con las mochilas en la espalda. Algo había pasado: preferimos no preguntar. Papá nunca regresó a la casa. No mandó los dólares prometidos. Quería que fuéramos una familia feliz y tal vez por eso se fue tan pronto.

No quisimos probar el caldo; al fin y al cabo, *Lalo* nos caía bien. Era un buen perico, decía groserías y algunas cosas simpáticas, pero solo cuando se le daba la gana. Ese día no comimos ni cenamos, no tuvimos hambre. Mamá se terminó el caldo y no volvió a llorar nunca: ni por papá ni por *Lalo* ni por mi madrina, que se fue de la casa al poco tiempo. En la noche, cosa rara, nuestra madre nos ayudó a hacer la tarea y por la mañana, también cosa rara, nos hizo salchichas a la mexicana para desayunar, con bastante jitomate, chile y cebolla. «Deben tener mucha hambre», dijo mientras calentaba las tortillas. Mamá casi nunca decía nada y si lo hacía, yo no la escuchaba.

18

Desde que Margarita y Armando salieron juntos por primera vez, presintieron que no eran el uno para el otro. ¡Era tan claro! Armando no quiso reconocerlo. A Margarita no le importó; acostumbraba vivir el día y aceptar, sin cuestionarse, lo que llegara. Las cosas son mucho más fáciles de esa manera.

O más difíciles. Depende de qué tan jodidos sean tu presente y tu pasado. Finalmente, cada quien carga sus propios dolores, sus miserias particulares, y nos acostumbramos a traerlos sobre los hombros o adentro del bajo vientre. Llegamos a tenerles cariño, a ser consecuentes con lo que nos murmuran cuando sabemos escucharlos.

El de Armando y Margarita es un amor sin estructura firme, sin fundamento ni leyes. Por eso es tan temible y al mismo tiempo tan deseable. Una mujer mansa, dócil, que nació casi derrotada. Que acaricia sus recuerdos sin emoción alguna. Un hombre que sigue las partituras equivocadas. Que no pertenece y hasta rechaza el lugar en que ha nacido y sin embargo no sabe dirigirse hacia otro lado.

La semana pasada, por ejemplo, estaban juntos en casa de Armando cuando sonó el teléfono. Era la mamá de Margarita. Tenía que darle una mala noticia: un querido primo, reportero, que cubría la fuente judicial, acababa de fallecer. Una bala perdida. Estaba cubriendo un brutal desalojo por parte de la policía; apenas tenía veintisiete años. Armando consuela a su novia y después busca las llaves del coche y la apresura. Margarita está tan confundida, tan triste, que no logra decir nada. Tampoco se levanta: sigue en el sillón de la sala, la mirada fija en un punto preciso del techo. Con sus manos cubre nariz y boca.

—Vámonos —vuelve a decir Dito.

—¿Adónde? —pregunta ella, con un hilo de voz demasiado frágil.

—¿Adónde va a ser? Pues a Gayosso.

—¿Gayosso?

—La funeraria —responde él como si fuera la única opción viable. Y es que en su mundo todos los muertos terminan en la agencia Gayosso, siempre. Ahí despidieron a sus abuelos, a sus papás; a todos los conocidos que han dejado de existir.

Tres horas después, Armando y Margarita entran al velatorio Cristo Rey, en la Agrícola Oriental. Se perdieron en el camino ya que Armando jamás había circulado por esa zona de la ciudad; en las calles y avenidas se sentía inseguro, volvía la vista hacia los lados, temiendo que los asaltaran en

cualquier segundo. En la sala de velación se siente fuera de lugar. Es cierto, piensa Armando, el mundo de afuera nos amenaza. Sin embargo, con mucho en contra, ellos siguen juntos en un país lleno de optimismo, con discursos tan adecuados que alborotan a las multitudes y las convencen de prepararse a administrar la abundancia.

Son dos amantes tocándose con leves roces desesperados, poseyéndose como fantasmas arrastrados por un viento tan ligero que apenas movería vapores. Pero los mueve a ellos. ¿Hacia la derrota?

No saben todavía si deben salvarse o perderse, aceptar una renuncia necesaria. Creen tenerse y están seguros de que lo que más desean, minuto a minuto, es estar juntos. Comer juntos. Pasear juntos. Dormir juntos. Coger juntos. Gritar, al mismo tiempo, un orgasmo. Bañarse juntos. Soñar no… juntos nunca sueñan.

Como muchas parejas, al menos las que todavía creen que el amor es una posibilidad tangible, se dirigen a un precipicio. Corren, ¿por qué tanta prisa?, hacia el fastidio cotidiano. El desamor, como la muerte, es un jugador silencioso, preparado a ganar la partida. ¡Tiene ya tantos años de experiencia! La historia entera de la humanidad. Y ninguna novela de amor nos puede salvar del abismo. Todo lo contrario: cada lectura nos arroja a la inutilidad de la esperanza. A desobedecer a nuestro instinto. A obviar las muchas señales de peligro-peligro-peligro. ¡Y cómo duele el desamor, carajo!

Ver juntos a Margarita y Armando conmueve. Los observamos entregarse sin reservas al infierno del descontento. Él, con los ojos siempre húmedos y sus labios eternamente secos. Despellejados. Ella, con esa mirada de resignación que solo pueden tener los que no lograron endurecerse, y sus pestañas chuecas, aplastadas. ¿Por qué no dejarse ahora que aún están a tiempo? Antes de que la mierda propia, y la ajena, les impida moverse hacia otro lado. Antes de que las salivas se rechacen. Antes de que el desencuentro haga evidente la estafa. Sí, apostarle todo a un solo amor es una estafa, el engaño más precioso y más preciso.

Dios ha muerto. El amor ha muerto. Murieron hace tantos años… Nos han dejado huecos. No vacíos: huecos. Y por eso seguimos intentando llenarnos con algo: poder, dinero, mentiras, sexo, traiciones, metas, comida, enamoramientos, ideales, hijos. ¿A quién le importa la supervivencia de la especie? ¿No se han dado cuenta de qué llevamos dentro los seres humanos?

Seremos siempre unos mendigos buscando lo que solo la ficción puede otorgarnos, y lo más bello es que nos encanta engañarnos. Sí, es nuestra vocación vivir en el error; para tan noble causa estamos hechos. Es la única manera de seguir vivos y de morir agradecidos. En paz.

19

En menos de cinco días, Nuria consiguió trabajo en el área de relaciones públicas del INBA. Estaba feliz, ya que siempre había sido una amante de la cultura, pero no imaginaba que su puesto iba a ser más burocrático que otra cosa. En fin, no puede quejarse: lleva tres meses asistiendo a diario a su nueva oficina, gana un sueldo bastante atractivo y eso la tiene contenta. Su mamá ha reencontrado la calma después del coraje que hizo cuando su hija rechazó la oferta de trabajo, tan fácil y atractiva, que le ofreció el galán en turno.

Además de estar ocupada la mayor parte el día y del realce que dará esa plaza a su currículum, Nuria está conociendo a gente interesante. Por ejemplo, la que se ha convertido en su mejor amiga en un abrir y cerrar de pestañas: Ildiko. Un nombre extraño el de esta mujer nacida en Budapest, quien llegó a México a los diecisiete años, acompañando a sus padres exiliados. Ildi, le dicen de cariño y está pensando adoptar un apelativo más artístico si es que quiere triunfar en el teatro. Es actriz desde que nació y actúa aun cuando está durmiendo tranquilamente en su cama.

Es ella quien ha puesto a Nuria al tanto de lo que sucede en el mundo del teatro. Por ejemplo, el sindicato de trabajadores de Bellas Artes gasta más del noventa por ciento del presupuesto destinado para el Instituto. ¿En qué? En las plazas de sus agremiados. En el nivel de dirección general, hay cinco secretarias. ¡Cinco para un solo jefe! Es una locura, un desperdicio.

—Evidentemente nunca aparecen y si llegas a encontrar alguna, está demasiado atareada.

—Exageras.

—No estoy exagerando; ojalá. Escucha esto, de no creerse: el horario de los trabajadores es de ocho de la mañana a cuatro de la tarde.

—¿Qué tiene de malo? Me encantaría tener un horario así; no le veo el problema. Y son las ocho horas de ley —dice Nuria haciendo cuentas y pensando que tiene una hora precisa para llegar, pero nunca sabe en qué momento de la tarde o noche podrá dejar su escritorio.

—El problema es que son trabajadores de teatro; teatro. Y, que yo sepa, los teatros comienzan a funcionar en las tardes para recibir al público por las noches. Entonces, hay que pagarles horas extra a los señoritos, que se pagan al doble o al triple...

—No es normal. Este país es surrealista, André Breton tenía razón.

—¿Surrealista? Eres demasiado bondadosa. Es corrupto y ridículo, de una ineficiencia impresionante. Ya sé, soy extranjera y no debería criticarlos,

pero no sabes lo difícil que es luchar contra tantas barreras sindicales para tratar de montar una obra, una buena obra que finalmente nadie va a ver —se queja Ildiko, un tanto frustrada.

—¿Sigues siendo extranjera? ¿Por qué no pides la nacionalidad?

—Uy, la hemos tratado de conseguir mil veces y las mil nos la han negado. Es más fácil hacerse gringa que mexicana, te lo juro.

—Otra cosa que no puedo creer...

—¡Si no es acto de fe!

—Es un decir, Ildi.

—A veces no me acostumbro a sus «decires», y eso que llevo varios años viviendo en México.

Están paseando en Plaza Satélite pues la lluvia las ha llevado a buscar refugio bajo techo. Ildiko vive en Lomas Verdes, muy cerca del colegio Cristóbal Colón, donde su padre da clases de literatura y talleres de actuación. La amiga de Nuria es atractiva: ojos inquietos, muy oscuros, piel blanca con algunos lunares en los lugares más estratégicos de su geografía personal. Parece que no ha cumplido los dieciocho años, con su figura menuda y su cara de niña, pero tiene varios más. Sugiere ir a tomar un pastel al Café Mozart. Es fanática de los postres, como la mayoría de los húngaros.

—¿Quieres que te cuente lo que nos pasó ayer en el ensayo? Si te estoy fastidiando con mi plática, dime; así, directo. No voy a ofenderme. En eso todavía no soy tan mexicana; se sienten por todo.

—No, me encanta escucharte aunque me horroriza lo que cuentas. Síguele —y dirigiéndose al mesero, que admira sus ojos azules, Nuria ordena —: Yo nada más un capuchino bien cargado. Ah, y si hay rompope, con rompope.

—Resulta que el teatro donde estamos montando la obra de Héctor Azar que te contaba el otro día, es pequeño; operaría perfecto con tres o cuatro técnicos, tal vez cinco. Pero como es del gobierno, ¿sabes con cuántos opera? ¿Cuántos son en la planta técnica, pues?

—No sé, ¿diez?

—Veintiuno. Sí, veintiuno. Y eso no es nada, el sindicato prohíbe siquiera prender un foco, ya no digas ensayar o montar la escenografía, si no está toda la planta. Fue lo que sucedió ayer: como no llegaba uno de sus compañeros, nos tenían afuera del teatro, esperando sin hacer nada. «Está en el contrato, por escrito», repetían con un timbre de flojera en su voz bastante contagioso.

—Parece guion de película de mal gusto, de las que pasan los de Televisa.

—Estoy a punto de irme a Televisa y hacerme actriz de telenovelas, te lo juro, estoy desesperada —Ildiko prueba el pastel que le trajeron; abre la boca con desconfianza y enseguida llama al mesero—: Oiga, esto no es un Gundel ni aquí ni en China, ¡menos en Hungría! Créame que sé del tema.

—Pues así lo hacemos aquí. No hay de otro.

—Entonces tráigame una barra de frambuesa. Pero no me vaya a cobrar este, ¿eh?

—¿Y qué hacen tantos técnicos juntos?

—Lo obvio: solo trabajan algunos. Los demás, a echar la flojera. Beben alcohol, ven la tele, juegan futbolito en el patio, hacen ejercicio; si hasta pesas tienen. Ah, y también hay una cocina, así que ensayamos con olor a huevos con chorizo o chicharrón en salsa verde. Y por supuesto, aunque no trabajen, cobran. A veces hasta escuchan una pelea de box en el radio, a todo volumen; no podemos ni ensayar a gusto. Imagínate, son una monada y no hay quien los controle.

—Deberían hacer algo. En las oficinas administrativas, ahora que lo dices, también pasan cosas parecidas. Siempre veo escritorios vacíos; de los ocupados, solo la mitad están trabajando, o dizque trabajando. A veces se liman las uñas o se cuelgan del teléfono, hablando con el novio o la novia, sin importar quién esté viendo. Eso sí: la hora del almuerzo la respetan a rajatabla. En fin… Ustedes tendrían que quejarse al menos, pues afecta directamente su chamba, ¿no?

—Ojalá se pudiera. Si levantamos una queja formal contra alguno de ellos, nos hacen la vida imposible. Siempre se están peleando unos con otros, pero si de joder se trata, entonces son bien unidos. Es un infierno. ¿Sabes que hasta toman clases de baile en horas de trabajo? El otro día, en el camerino, había un niño haciendo la tarea y otro llore y llore, todo moqueado, no se les ocurre llevar a sus hijos a una guardería o dejarlos encargados en algún lado.

—Prometo tratar de hacer algo, lo que pueda. Le voy a comentar a mi jefa. Es el colmo que todos se queden de brazos cruzados.

—Mejor ni trates. Más pronto te van a correr que lo que tardaste en conseguir el trabajo. Como dice el productor de la obra de teatro: «Calladita te ves más preciosa.»

—Más bonita, querrás decir.

—Es lo mismo.

—No. «Calladita te ves más bonita» sí rima.

—Rime o no rime, Nuria querida, los sindicatos solo están logrando que las cosas en tu adorado país no funcionen. Oiga, joven —le grita al mesero, que ha pasado varias veces junto a la mesa ignorando la señal que Ildiko le hace con la mano—, esta barra de frambuesa está terrible, incomible. Hasta parece que se cayó del piso catorce.

—Pues así la hacemos aquí. No hay de otra —contesta con total desgano.

Segundo acto
Perdiendo el rumbo

Los pobres son pobres desde el momento
en que saben que pueden dejar de serlo.

No es la gente que está en peor situación la que está descontenta, sino la que ha llegado al umbral donde se abre lo posible.
Gabriel Zaid

1

Hay personajes de novela. José López Portillo es uno de ellos y aunque no sea el protagonista de la historia que ahora escribo, merece un capítulo pues en sus manos está el futuro de nuestros personajes; supongo que coinciden conmigo. Cuando un escritor se equivoca, no vende un solo ejemplar de su nueva novela o, en el mejor de los casos, produce un *best seller* que no dejará huella. Cuando un médico se equivoca, mata a su paciente. Cuando un político comete un error, cambia el destino de todo un pueblo.

Jorge Jiménez Cantú dice, de López Portillo, que es un hombre del Renacimiento, universal —aunque casi no habla inglés—, muy completo: practica varios deportes, tiene muchas aficiones, cuida su estado físico, y asimismo es una persona profundamente culta a la que le fascina leer (a veces cuatro o cinco libros al mismo tiempo), investigar, cuestionárselo todo.

Piensa que el momento que está viviendo es el último y por eso recorre cada minuto con prisa e intensidad, aunque también calcula que la vida le durará para siempre.

Disfruta el día a día y se conforma con los placeres sencillos. Escribe a mano y pinta. Aun en las juntas con su gabinete, dibuja caballos sobre tarjetas en blanco; son su motivo más recurrente. También los pinta en las grandes rocas de su casa de Pichilingue; se aprecian, de hecho, desde la casa de sus vecinos, Yolanda y Melchor Perusquía.

No es frecuente, pero fuma pipa cuando tiene ese extraño antojo que no sabe explicarse. Melómano: ama la música clásica, Beethoven más que a ninguno. Don Q, personaje de uno de sus libros, recuerda una expresión del compositor alemán: «La música es una revelación más alta que la filosofía.» A López Portillo también le encantan las canciones mexicanas. Adora escuchar boleros. Es un gran bailarín de tango, tanto, que compitió con el ministro de Cultura de Argentina… y le ganó. Tiene, sobre todo, dos héroes: Morelos y Martí.

Explosivo a veces, de pasiones desmedidas, aunque jamás rencoroso. Cree en Dios sin ser practicante. De vez en cuando se declara agnóstico, sin embargo, siempre duerme con un crucifijo colgado en la pared de su cabecera. Jamás va a misa, ni siquiera en secreto asiste a la capilla de Los Pinos.

Al presidente no le interesa el dinero pero sí las mujeres, y tal vez demasiado; son su perdición. Y aunque él no es quien las busca para seducirlas pues, aunque no lo creamos, es increíblemente tímido, cuando lo asedian no se echa para atrás. Es un hecho científico que el poder incrementa

los niveles de testosterona, y por lo tanto de dopamina, causando que el cerebro y de paso el comportamiento se transformen. ¿Resultado? Observen a los poderosos: egocentrismo, narcisismo. No por nada el poder es una de las drogas que más intoxican, que mayor dependencia producen. Disculpen, me estoy desviando.

A Rosa Luz se la presentó Luis Echeverría, se la encargó ya que su exnuera tenía un enorme interés en participar en la política. Ahora, el presidente coquetea con ella en público, en actos oficiales, de manera descarada; se pasean en la playa de Ixtapa tomados de la mano, como dos adolescentes enamorados y despreocupados, mientras una cañonera de la Armada de México los vigila. Algún tiempo después, también la arquitecta Flora Mariscal cobró importancia, entre otras tantas de las que no vale la pena acordarse.

Aunque anda por la vida como macho, es tan feminista que protege de manera desmedida a las mujeres de su familia: su madre, sus hijas, sus hermanas («son mi piel»), sobre todo Margarita, a sus amantes y hasta a su esposa Carmen, con la que lleva mucho tiempo sin tener relaciones más allá de las necesarias para ser buenos vecinos, con actividades y vidas independientes. Cuando siente que la atacan —tal es el caso de la nota publicada en el suplemento «La semana de Bellas Artes»—, lo asume como afrenta personal y reacciona de forma desmedida. ¿O justificada? ¿Bastará leer el pequeño cuento de María Velázquez Pallares para, tal vez, entender la furia de Muncy y López Portillo? Hay voces calificadas que dicen que lo verdaderamente dramático es que la primera dama, o el presidente, hayan aceptado el escrito como una definición de la manera de ser y de arreglarse de doña Carmen. Fue, afirmarían, un verdadero autogol «haberse puesto el saco» de manera gratuita, lo inteligente hubiera sido dejarlo pasar. Pero eso, a estas alturas del relato, todavía no sucede. Y el resultado de un error que aún no se sabe si fue una equivocación o una clara trampa que le tendieron a algún funcionario para sacarlo de la jugada política, es una lástima: Juan José Bremer, quien había hecho un magnífico papel como director general de Bellas Artes, se vio obligado a renunciar. La autora, a pesar de que dejó en claro que se inspiró en la esposa de un gobernador, tuvo que salir de urgencia rumbo a Europa con todo y su cabello corto, su nariz aguileña y su esposo. En fin, otra vez me estoy desviando y 1982 no ha llegado a nuestra historia. Quién sabe dónde tengo hoy el cerebro.

Buen padre, gran amigo; valiente y competitivo. Orgulloso de sus raíces españolas y al mismo tiempo amante de la cultura prehispánica a la que continuamente rinde homenaje en sus libros y discursos: basta mirar su imagen reflejada en el «espejo negro de Tezcatlipoca». También presume el añejo bagaje cultural heredado de su estirpe: padre, abuelo…

Desprecia la cobardía. Como cualquier persona, pero más aún como presidente, vive todos los días sabores y sinsabores, traiciones y lealtades, decepciones y reconciliaciones con el ser humano. Entre el abanico de

escenas, una que seguramente nunca olvidará es cuando tuvo contacto con el auténtico desprecio. Un día decidió despedir a un alto funcionario por corrupto, lambiscón y traidor; tenía todas las pruebas en la mano, así que lo llamó a su despacho para decírselo en persona, y al recibirlo ni siquiera le pidió que se sentara. El hombre, que no esperaba esa reacción de López Portillo, al saberse descubierto, en su desesperación se arrodilló suplicando que no lo privara de su cargo porque no podría resistir la vergüenza social y familiar por la que pasaría; conservar su imagen era todo para él y esta se estaba convirtiendo en astillas. De pronto, el primer mandatario se sintió anclado al piso: su subalterno le abrazaba las piernas, rogándole misericordia. Sí, misericordia; tal vez hasta le besó los zapatos perfectamente boleados, pero eso no podemos adivinarlo. El presidente jamás había sentido semejante asco y no sabía cómo reaccionar: hubiera querido sacudírselo, patearlo, pero guardó la compostura y le pidió de manera amable que lo soltara, instrucción que el ya cesante aceptó entre largos gimoteos. Ahí, sobre la alfombra de su despacho en Palacio Nacional, lo dejó llorando. Antes de dar un portazo, López Portillo, un estudioso de la historia de España, le dijo a quien le jurara lealtad y respeto a prueba de fuego:

—No llores como mujer lo que no supiste defender como hombre.

El presidente mexicano sabe reírse de sí mismo, aunque no le gusta que los demás se rían de él. Hombre encantador. Vanidoso. Lleno de energía. No es supersticioso, espiritista ni seguidor de creencias extrañas. Hábil. Protagónico. Su mirada, bajo esas dos grandes cejas negras, cautiva. Magnífico orador. Intoxicante. A veces, como acabamos de verlo, dramatiza en exceso. Por eso corre el peligro de convertirse en una caricatura, en un esclavo de sus frases.

No logra ponerle freno a los suyos y es probable que escuche a las personas equivocadas. Tiene un profundo respeto intelectual por José Andrés de Oteyza. ¿Lo merece? Solo el paso del tiempo dará una respuesta. ¿Podrá administrar tan brutal cantidad de poder? ¿Llegará a perder el control? ¿Pagará caro por aceptar unos terrenos en Bosques de las Lomas para construir casas a sus familiares, con el apoyo de Hank González? ¿Y la casa de Acapulco, regalo del sindicato de petroleros? ¿Será «canibalizado»? ¿La culpa se convertirá en una presencia permanente? Con el permiso que nos da la perspectiva histórica hay que decir que amigos y enemigos coinciden en afirmar que José López Portillo murió sin una gran fortuna; de hecho, como dice el lugar común, sin un quinto… Ignoren la afirmación anterior pues otra vez estoy haciendo un salto en el tiempo que no debería permitirme. Regresemos a la época que nos ocupa. O tal vez, mucho mejor, cerremos este capítulo con la voz de nuestro personaje, reflexionando: «El tiempo, el tiempo. Qué obsesivo es para mí no sólo el flujo en el que siento —con mis propios cambios, reposos y movimientos— que el tiempo está hecho de mí y conmigo; sino porque en un momento, en la punta, puedo ver para atrás todo lo acontecido y saber por el recuerdo cómo y adónde fueron los hilos, las

hebras de la vida y sucesos que ahora, exactamente ahora, están en la punta de esta pluma, recreándose y enriqueciéndose con cada trazo.»

2

Margarita está preocupada. No mucho; sí lo suficiente para que se le note en la mandíbula, que mantiene tensa. Hoy conocerá al padrino de Armando, y a su esposa. No quiere, pero se ha negado durante demasiado tiempo y su novio ya está molesto o un poco sentido: son sus únicos familiares, aunque de cariño, pues ni siquiera comparten apellidos ni sangre. El papá de Armando y don Ignacio fueron compañeros en el Instituto Patria y esa amistad lo llevó a apadrinar al niño al mes de su nacimiento; querían ser compadres. En ese año, 1952, Madero Mariscal no tenía tanto dinero como ahora. Pertenecía a la clase media acomodada, pero nada más. Su sociedad, un tiempo después, en un negocio de medicamentos, lo ha hecho formar parte esencial de la muy alta clase social mexicana. Pudiente y decorosa. Dominante. Casi señorial. Decente.

Aquí vale la pena explicar cómo llegó a ser socio, y después dueño, en la industria farmacéutica. En esa época, el padrino de Armando era el gerente de un negocio: los únicos propietarios, *Mr.* y *Mrs*. Anderson, confiaban en él pues había demostrado ser muy trabajador y eficiente. Por razones que corresponden a la química y a la obsesión más que a mandatos racionales, Susan Anderson se enamoró de él. Habrá que aclarar que aunque Madero Mariscal nunca fue muy atractivo, desde esa época era bastante bueno en la cama y aguantaba mucho más encuentros que *Mr*. Anderson, quien acababa de cumplir sesenta y seis años.

Después de ser amantes durante seis meses, la mujer, que se sentía arrobada de amor, consentida y apapachada, por sugerencia de su «Nachito» habló con el marido: no le fue difícil convencerlo de que cada uno de ellos le vendiera al gerente cinco por ciento de las acciones. «Hay que ser agradecidos —le habrá insinuado—. Ha hecho un gran trabajo y además, si es accionista, todavía va a trabajar mejor. ¿No crees, *dear*?»

Y el *dear* aceptó, aprobando los argumentos de su esposa. «La empresa va a crecer todavía más», pensaba. Y sí que creció… pero sin él a la cabeza. Con la mayoría de las acciones, cincuenta y cinco por ciento, la pareja de amantes votó por que *Mr.* Anderson dejara de ser el director general, así que se quedó sin sueldo. También dejó de ser el presidente de la compañía. Enseguida, le quitaron todos los poderes y ni siquiera le dieron utilidades porque por mayoría de votos decidieron reinvertirlas; obviamente tampoco le ofrecieron un lugar en el consejo de la empresa ni lo dejaron usar su oficina. Así, de un año al siguiente, lo inutilizaron por completo hasta que el hombre, nacido en Ohio, se vio obligado a venderles sus acciones a un precio ridículo

para regresar a morir a Cincinnati.

Tal vez por el peso de la culpa, a Susan le detectaron cáncer al poco tiempo y murió no sin antes heredarle el total de las acciones a su queridísimo Nachito. El padrino de Armando, no cabe duda, siempre se pintó solo.

En fin, regresemos a la cita de hoy. Es en casa de los Madero Mariscal, en la calle Monte Blanco, en las Lomas. El domingo pasado Armando acompañó a su novia a comprarse un vestido en una tienda de la Zona Rosa; trató de regalárselo, pero ella insistió en pagarlo. Acababa de recibir el dinero de su semana: con su salario también fue al salón de belleza, no a peinarse, pero sí a recortar un poco las puntas de su cabello, bastante maltratadas.

Camilo también ha sido invitado. Don Ignacio lo toma mucho en cuenta pues ha observado en él la ambición que le falta a Armando, a pesar de que su padre no forma parte de sus amigos cercanos. ¡Lo que daría Camilo por ser el ahijado de Madero Mariscal, o al menos conseguir un puesto importante en su empresa!

En vez de la cantina, que es el lugar más relajado, los reciben en la sala blanca. Sí, es toda blanca: alfombra, muebles, lámparas, cortinas, adornos; da miedo sentarse y dejar alguna mancha. Margarita trata de no fijarse demasiado en la «escenografía», como si estuviera acostumbrada a las mansiones enormes, decoradas por profesionales que Madero Mariscal manda traer de la neoyorquina tienda Saks. Son los mismos que vienen cada año para adornar su casa con motivos navideños, de Halloween o en tonos verde, blanco y rojo cuando se acerca el 15 de septiembre.

Margarita no observa los cuadros, no le importa el arte; Camilo sí, y no porque le interese la pintura, sino por lo que pueden valer las obras en el mercado. Hay uno de Chagall que no estaba la vez pasada.

La conversación, guiada por el padrino de Armando, no podría ser más esnob: su reciente viaje al extranjero, «¿Conoces Tailandia?», le pregunta a la invitada; el automóvil último modelo que se acaba de comprar porque el anterior, de uso diario, «ya no olía a nuevo», ríe a carcajadas; el exagerado precio de la caja de vinos que recién llegó desde Francia, «con eso pago seis meses de salario de nuestro personal de servicio», presume. Mientras, Gabriela, su esposa, es más amable y trata de incluir a Margarita en la plática. Armando no habla mucho y no deja de revisar su reloj, suplicándole al tiempo que transcurra más rápido. Camilo también se siente incómodo y quisiera decir algo, pero no se atreve y además no es asunto suyo.

El empresario observa a Margarita cuando ella no se da cuenta. Es probable que se pregunte por qué Armando se ha fijado en esa mujer, tan poca cosa. También cabe la posibilidad de que piense que aquella joven no le conviene a su ahijado: se ve, a leguas de distancia, que pertenece a otra zona postal y que jamás podrá ser una buena esposa para su ahijado. Socialmente se los van a devorar; a los dos, sin remedio. Está seguro.

Llega la hora de pasar a la mesa. « *À table*! » , dice don Ignacio con su francés mal pronunciado, al tiempo que toca una campana de plata. Gabriela lo mira con ojos de furia contenida, un tanto indignada.

Mientras todos se dirigen hacia el comedor, Margarita se acerca a una sirvienta uniformada y discretamente le pide instrucciones para llegar al baño.

—¿La señorita se va a lavar las manos? —pregunta la empleada doméstica, bajando la voz; es una pregunta algo extraña.

—Sí —contesta la novia de Armando—, a lavarme las manos.

—Ah, entonces es la segunda puerta a la derecha, hacia allá —le responde la mujer, señalando el pasillo que lleva a la alberca.

Cinco minutos después, ya sentados en una mesa puesta con mantelería fina, vajilla, cristalería y cubiertos de los que usan cuando quieren impresionar a sus invitados, se oye un ruido estruendoso y un grito desde el baño. Se levantan corriendo, solo don Ignacio se queda sentado.

—¿Estás bien, amor? —pregunta Armando tocando la puerta del baño; Margarita no contesta, solloza tratando de que no la escuchen. Gabriela hace señas para que los dos amigos se alejen un poco y entra. Allí, sobre el mármol italiano, no solo ella está tirada, con el vestido todavía levantado, sino el lavabo: un mueble finísimo de porcelana, importado, roto en dos pedazos. El agua sale de la tubería y unas lágrimas escapan de la mirada, indignada y frustrada, de Margarita. Gaby la ayuda a vestirse, la consuela, la abraza. Manda llamar al jardinero para que cierre la llave de paso. Después le presta ropa seca y, ya cuando la novia de Armando está tranquila, le explica:

—Este es el lavabo, el escusado está en otro lado; es una costumbre francesa que mi marido adora. ¡De haber sabido, te hubiera ahorrado esta vergüenza! Lo siento mucho, de verdad.

La comida termina antes de haber comenzado. Ignacio Madero Mariscal degusta los percebes solo, con una copa de vino blanco, chupándose los dedos frente a su gran mesa. Sonríe.

Gaby se dirige hacia la cocina a ordenar que a los muchachos les preparen unos sándwiches de queso y pepino para que no se queden con hambre, pero antes de que regrese, Armando, Margarita y Camilo se van sin despedirse por la puerta de servicio. Se nota que Armando está tan furioso con don Ignacio, que no puede decir una palabra. Claro que lo del lavabo no fue culpa suya ni algo planeado, sin embargo, está seguro de que su padrino lo disfrutó.

Al subirse al coche ella susurra, como si no quisiera que la escucharan:

—Es que ya me andaba…

3

Desde el 1 de diciembre de 1976 el profesor Carlos Hank González, nacido en Santiago Tianguistenco, es jefe del Departamento del Distrito Federal. Margarita lo vio una vez, a un costado del Zócalo; había ido al Centro a comprar algo, quién sabe qué cosa que le urgía a su madre, y acababa de bajarse del trolebús cuando un rostro conocido llamó su atención. La impresionó la sencillez del político, su estatura y su aspecto extranjero. ¿Que es alemán, dicen? El Profesor descendía de un coche grande y negro para dirigirse a su oficina. Margarita lo observó pues se le hizo conocido, tal vez lo acababa de ver en la foto de algún periódico. Él se le acercó, particularmente amable, y la saludó de mano: una mano grande, un apretón fuerte, una calidez sincera; hubo hasta un cierto grado de ternura. «Buenos días, señorita», le dijo. La novia de Armando se sintió anclada al pavimento. El funcionario entró al edificio que albergaba a la regencia de la Ciudad de México y ella todavía permaneció cinco minutos sin moverse de su sitio.

Jamás volvieron a encontrarse, las casualidades no se dejan asir con tanta frecuencia. Margarita lo observa en la tele y escucha noticias sobre él en la radio. Ni quiere ni odia a los políticos, le dan lo mismo, aunque a Hank le tiene un particular cariño; a veces hasta lo defiende cuando lo critican sus conocidos, como si fuera su pariente o un amigo. Hablan mal de él sobre todo porque la ciudad parece bombardeada por la construcción de los ejes viales. Gengis Hank, el Destructor, le dicen, pero ella sale en su defensa con su pura intuición y sus puras ganas, pues no posee argumentos ni a favor ni en contra.

Por eso Armando usa la figura del Profesor para tratar de convencer a su novia. Quiere que deje su trabajo como camarista y busque una actividad más satisfactoria, más ambiciosa.

—Un empleo donde utilices tu inteligencia; vas a terminar con la espalda molida. Fíjate en lo maltratadas que tienes las manos, parecen de lija.

Le ha ofrecido, varias veces, pagar las colegiaturas de una universidad, la que ella escoja, pública o privada, para que estudie una carrera. «Diseño gráfico, psicología, maestra normalista… ¿Cuál te gusta, amor?»

Carlos Hank es el mejor ejemplo de un *self-made man.* Hijo único, huérfano de padre en cuanto cumplió cuatro años, educado por su abuelo materno, don Catarino, a quien adoraba. Acostumbrado a trabajar desde muy pequeño pues su familia ni siquiera pertenecía a la clase media: a los ocho años era dependiente en la tienda de abarrotes de su abuelo; después,

ayudante en la zapatería de su padrastro. No de gratis le dice a su hijo Carlos: «No olvides que naciste en un país donde es posible que el hijastro de un zapatero remendón aspire a modelar inteligencias, en vez de cortar suelas».

Apasionado por el magisterio y, más que nada, por la política. Para entrar a ella se hizo empresario, quería asegurar sus ingresos y tener el dinero suficiente para no dejarse seducir por la vida burocrática y, sobre todo, para mantener a una gran familia: soñaba con tener doce hijos. Sí, doce.

Agudo hombre de negocios, astuto, buenísimo para las relaciones públicas, comenzó con una pequeña fábrica de dulces de leche y tejocote —porque esa era la materia prima que había en Atlacomulco— que distribuía en una vieja camioneta. «Y ahora es multimillonario», le dice Armando a Margarita, entusiasmado, como si a alguno de los dos le interesara el dinero.

Está hecho para el trabajo. Suponiendo que el día tuviera más de veinticuatro horas, las aprovecharía al máximo. «Desde los dieciséis años he trabajado tres turnos diarios», afirma. Es un hombre hábil, seductor, muy generoso, tal vez demasiado. Muchos sostienen que tantos favores le garantizan inmunidad y silencian a sus detractores.

Audaz, valiente. A veces se pasa de cínico. ¿No acaba de declarar, defendiéndose de una crítica, que «un político pobre es un pobre político»?

Contra la costumbre mexicana de no mezclar negocios con política, Hank ha conservado, y aumentado, sus empresas. Eso es lo que más se le reprocha: enriquecerse gracias a contratos privilegiados y al tráfico de influencias. Hasta el día de hoy, no se le ha comprobado nada; por lo tanto, sigue gobernando una de las ciudades más conflictivas del mundo: la capital política, industrial, educativa, cultural, comercial, financiera y religiosa del país.

Su primer puesto en el gobierno tenía un título larguísimo: jefe del Departamento de Escuelas Secundarias y Profesionales del Estado de México. Después fue presidente municipal de Toluca, diputado federal y gobernador de ese mismo estado.

—¿Ves? Si te lo propones, puedes llegar a ser lo que quieras —insiste Armando.

—¿Y si no llegas? Estás toda tu vida buscando una meta, intentando caminar hacia arriba, para terminar cayéndote. No, muchas gracias, me siento muy bien donde estoy. Lo mejor es que estés satisfecho con lo que tienes; a mí me es suficiente, no sé cuántas veces te lo he dicho. Y tú eres igual que yo, pero no lo aceptas. ¿A poco te sentirías a gusto viviendo en una casa gigante como la de tu padrino?

El Distrito Federal conjunta, de forma mágica, todos los problemas. Una lista interminable que probable y lamentablemente heredarán nuestros hijos y nietos, pero a la décima potencia: inseguridad, demasiados vehículos, desabasto de agua potable, basura, contaminación, desorden urbano,

burocratismo, paracaidismo, policía ineficaz y sobornable, explosión demográfica, invasión de zonas residenciales por comercios y oficinas, cinturones de miseria… ¿Les suena?

4

Margarita recuerda…

Mamá se quedó sin trabajo. Y papá que no manda un solo dólar. Precisamente ayer pensé en mi padre pues escuché en el radio que el presidente decía, con ese tono que conmueve: «Nuestros mejores hombres escapan al otro lado, impidiendo a la vez el desarrollo sano al país.» ¿Papá será de los mejores hombres? ¿Entonces por qué hay quien nos asegura que hasta otra familia anda haciendo allá, en Arizona? ¿Arizona? Ni recuerdo dónde fue a terminar el viejo. Lo que sí hace es escribirnos de vez en cuando, muy de vez en cuando: postales con una letra pequeñita que apenas podemos descifrar. Siempre manda besos, muchos besos para las cuatro. Pero lo importante del día de hoy es que mamá se quedó sin trabajo. Hace un año se lo consiguió su amiga Concha, era en un hospital del IMSS y estaba orgullosa; se encargaba de la limpieza de la sala de expulsión. Sí, así se llama al lugar donde ponen a las mujeres cuando ya están a punto de dar a luz, antes de llevarlas al quirófano, una cama tras otra tras otra. Ella era la encargada de la higiene y usaba un montón de líquidos de limpieza súper especiales para matar gérmenes que pueden ser peligrosos. Y no era fácil: a veces, nos explicaba, las pobres señoras dan a luz, a grito pelado, antes de tiempo, y tenía que limpiar la sangre y hasta retirar la placenta, que terminaba en el suelo. Hoy renunció después de darle una gritiza a uno de los médicos. Era la hora del almuerzo y en ese momento todos desaparecen, doctores y enfermeras; se bajan a la calle a comer gorditas o tacos de canasta, aunque no lo crean. Total, se excusan, ellos no fueron asignados a urgencias —ya sé que es el colmo—, y mamá se queda sola con las mujeres que gritan con cada contracción. Por eso renunció, porque una se le murió entre los brazos: comenzó a sangrar mucho, demasiado, y ella llamaba a los doctores, pero no le hacían caso. Corrió por una toalla para ponerla entre las piernas de la mujer, que era una jovencita casi de nuestra edad, nos dijo, todavía afectada, y las enfermeras platicando o tomándose su cafecito de las doce. Por eso fue a gritarle al primer doctor que vio, lo agarró de la bata con las manos rojas, lo trató de jalar y hasta le dijo de groserías. Cuando por fin llegaron al lado de la embarazada, casi no respiraba. Entonces sí que se asustó el médico y comenzó la corredera de gente por todas partes. Mamá se mantuvo al lado de la parturienta, acariciándole la frente y diciéndole que no se preocupara. Fue la única que se dio cuenta del momento preciso en que los ojos le dejaron de

brillar. Se quedó con una mirada de miedo, como desamparada, nos contó. Ya no supo si pudieron sacarle al bebé a tiempo: dejó su carrito de limpieza a mitad del pasillo, se quitó su uniforme azul, lo aventó y ya sin decir nada, salió del hospital para no regresar ni mañana ni pasado ni nunca. Y sí, está preocupada pues conseguir otro trabajo con la artritis que tiene, fácil, fácil no está. «Van a tener que chambear de tiempo completo, mis niñas —nos dijo—, no queda de otra.» No, pues no, de otra nunca ha quedado.

5

Don Ignacio Madero Mariscal no fue siempre un empresario exitoso, con cifras en el banco de las que dan envidia y fotos de sus amantes en turno colocadas en algún lugar del enorme guardarropa, las que presume a sus amigos cual trofeos de cacería. Posee una colección de automóviles clásicos que nunca saca a la calle pero que mantiene perfectamente pulidos, todos con las piezas originales, en el gran garaje de su casona de las Lomas; dos mecánicos de tiempo completo se dedican a ellos. «El suelo que tocan las llantas está más limpio y brillante que el de mi casa», le dijo Camilo a Armando la primera vez que visitó la colección; no podía dejar de admirar, y acariciar, cada auto. A Dito, en cambio, los coches lo tienen sin cuidado. Los invitados a la mansión de don Ignacio difícilmente logran evitar el *tour* para admirar un Chevrolet V8 *small-block* del 55, un Bugatti bicolor tipo 57, de 1934, o su pieza maestra: el Rolls-Royce blanco 40/50, «Silver Ghost», de 1906, por el que pagó una fortuna. Los otros treinta y ocho ya ni vale la pena mencionarlos.

Madero Mariscal, durante su niñez y adolescencia, vivió en una colonia de clase media, en la misma calle que la pequeña Carmen Romano Nolk, Muncy, ambos nacidos en febrero de 1926. Sí, por tanto también fue vecino de Pepe López Portillo, pero con él no se llevaba pues era mayor.

Cuando Muncy dejaba los juegos callejeros con los vecinos o se cansaba de saltar la cuerda y entraba a su casa a tocar el piano —su pasión—, Madero Mariscal la acompañaba y podía quedarse horas escuchándola, admirando sus bellísimos ojos verdes detenidos sobre la partitura y sus manos finas acariciando las teclas, una y otra vez. Tal vez esos recuerdos son los responsables de su insistencia en que Armando se convierta en un gran concertista.

Madero Mariscal y doña Carmen siguieron frecuentándose y tenían una amistad sólida, transparente, aunque se distanciaron un poco mientras ella fue la esposa del presidente. Demasiadas obligaciones y compromisos los alejaron.

Su vida como primera dama está llena de rumores que nos hemos dedicado a alimentar, sin saber ni importarnos quién los diga. Para hablar —y escribir— acerca de los demás, nos pintamos solos. Y nuestra intención no es tocar el tema ya que, finalmente, el tiempo ha puesto las cosas en su lugar. Sus excentricidades, reales o no, de ninguna manera afectaron el destino de nuestro país. Ha habido primeras damas cuya influencia sí modificó la vida cotidiana de los ciudadanos. Una que se llama Marta, por ejemplo, y que de

vez en vez todavía sale en las páginas de sociales, cuyas acciones fueron, esas sí, terribles para México. Devastadoras, si nos permiten exagerar. Aunque para que eso suceda faltan muchos años.

Carmen Romano se dedicó a lo suyo: acompañar al primer mandatario cuando su presencia era protocolaria y, además, a impulsar la cultura. Sus logros, en este ámbito, no han sido cuestionados con argumentos de peso.

¿Su manera de peinarse era demasiado esponjada, se maquillaba de más? Nadie lo niega: ahí están las fotos que lo prueban. Pero abrió posibilidades de acceso a la educación artística, en muchos rincones del país, a una gran cantidad de jóvenes de bajos recursos. ¿Gastaba mucho dinero en ropa? No puedo saberlo, aunque fundó la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México, creó el Fondo Nacional para Actividades Sociales, apoyó, con total convencimiento, al Festival Internacional Cervantino y unificó dos institutos para la infancia que duplicaban sus funciones. ¿Su manera de vestir era extravagante? En gustos se rompen géneros, dice el lugar común y coincido con ese juicio. Hubo primeras damas a las que condenaban por ser demasiado sencillas, fachosas, serias, folclóricas, grises... Nunca estamos a gusto y criticar es una de las actividades más entretenidas.

¿Amantes? Imposible, sostienen quienes la conocieron. Yo pienso: ojalá los haya tenido y le ayudaran a aliviar la soledad con la que el poder llega de la mano, aunque por ahí dicen que jamás dejó de estar enamorada de su marido; lo quiso hasta el último día. Así que puedo imaginar que su vida no fue fácil, menos aun cuando «el demonio del mediodía» se apoderó de su esposo por ahí de los cuarenta años. ¡Qué dolor tan espantoso saberse engañada! Eso sí, era coqueta y sonriente. Le encantaba gustar, saberse admirada; que voltearan a verla. En eso se parecen las mujeres.

Cuando la depresión o una cierta melancolía podían más que sus ganas de seguir adelante, el piano la curaba, sobre todo interpretar a Liszt o Chopin, sus favoritos. Por esa razón necesitaba un piano siempre consigo; en cada habitación a la que fuera. Había sido una gran concertista: antes de casarse, ofreció varios recitales y tocó para películas. Incluso en la boda de Carmen Beatriz, por ejemplo, como regalo a los novios, ejecutó algunas piezas frente a los cuatrocientos invitados.

Si era o no una buena madre, solo lo pueden saber sus hijos y únicamente a ellos les concierne el tema, pero no considero aventurado decir que los mimaba mucho; antes que a nadie, a José Ramón, su consentido. Para la gente cercana, fue una mujer adorable, solidaria, con la que contabas de manera incondicional. ¿Abuela? Sí, sí era una gran abuela. Al menos eso dicen la mirada y los recuerdos de sus nietos.

Primera dama muy activa, cumplía con sus labores día tras día. Comenzaba a trabajar alrededor de las once de la mañana, pero a las dos o tres de la madrugada seguía en su despacho. Todo el tiempo se le ocurrían propuestas, proyectos, tantos, que un día López Portillo, con mucho sentido del humor, le dijo:

—No me siento por lo que te vayas a tardar, sino que me siento porque con tantas ideas que se te ocurren, no vaya a ser que me quites de la silla; por eso me agarro bien de ella.

Mimada desde muy niña, quienes la rodeaban cumplían sus caprichos en esa época en que los presidentes acostumbraban ser todopoderosos: llevarle enchiladas de Sanborns o tacos al pastor a un restaurante lujoso pues no se le antojaba nada del sofisticado menú, por ejemplo. Al mismo tiempo, fundó casas culturales y talleres de enseñanza musical en diferentes partes del país. También creó un premio literario que, a su salida, fue olvidado.

Mujer fuerte, organizada, confiable. Generosa con los suyos. También difícil y podía llegar a ser muy dura. Si no le caías bien, ni siquiera te miraba. Se volvía pesadísima.

Le encantaba comer; probar de todo. En los restaurantes acostumbraba pedir varios platillos, muchos, aunque fuera para darles uno o dos bocados. Los postres le fascinaban, así que ordenaba una variedad completa que los meseros colocaban en medio de la mesa. Metía la cuchara en el *soufflé* de chocolate, en la natilla quemada, en las crepas Suzette, en los chongos zamoranos. ¡Mmm, qué delicia!

Quienes alguna vez la vieron de lejos dicen que era déspota, derrochadora y que hacía pasar vergüenzas al cuerpo diplomático de nuestro país cuando estaba de gira. Soberbia, prepotencia, desplantes y excesos, frente a la creación del Patronato Nacional de Promotores Voluntarios, o la oportunidad que tuvieron muchos mexicanos de disfrutar maravillosos acontecimientos culturales. ¿Hacia dónde inclinar la balanza?

La mamá de Camilo, que nunca la conoció en persona, una noche, mientras veían televisión en familia, le pidió a su hijo:

—Si alguna vez te toca verla de cerca, el día que Armandito te invite a un evento de esos tan importantes, dile a doña Carmen que le estaré eternamente agradecida pues gracias a ella conocí a Mikis Teodorakis, y encima tuve la suerte de saludarlo en su camerino. ¿Te acuerdas, corazón? —le pregunta a su esposo, y sin esperar respuesta, continúa—: Fue en el Teatro Ferrocarrilero, hace dos o tres meses; cuando llegué a su lado, no me aguanté las ganas y lo abracé. A tu papá no le encantó mi gesto, pero no pude evitarlo. Lo chistoso es que como no soy muy alta que digamos, mi nariz le llegaba a las tetillas y no sabes a lo que apestaba, pero con olores, sudor y toda la cosa, ha sido de los mejores abrazos de mi vida.

—¿Quién es el tal Niki? —preguntó Camilo—. ¿Y cómo le hiciste para meterte a su camerino?

—Jorge, mi amigo, es administrador del teatro. Y el santo señor se llama Mikis, con eme de mariposa, manatí, mapache. Sí que eres inculto —intervino su padre—, es el compositor de *Zorba, el griego*. Y también de la música de *Serpico*.

—La película de Al Pacino —le explica su mamá—. ¡Con lo que me gusta ese actor! Es guapérrimo.

—Ya estuvo bueno de tanto enamorado, ¿eh?, me voy a poner celoso —concluyó el señor, dando por terminado el tema.

¿Que el presidente cumplía los deseos de su esposa para tenerla tranquila? Lo dudo, pues desde algún lugar del recuerdo me llega otra escena y le daré entrada, para que ustedes puedan verla y escucharla:

La oficina de la primera dama está decorada con una tendencia muy esotérica o estrambótica, por calificarla de alguna forma; los muros han sido pintados de morado y hay adornos y colguijes por todos lados. Le encanta acumular cosas y coleccionar de todo un poco: tiene un cuarto lleno de *snoopys*, por ejemplo. Chiquititos, gigantes; de cerámica, peluche, e incluso uno muy pequeño de plata. Snoopy en platos, cucharitas, plumas, gorros, piyamas… ¡Ah!, y siempre que va a un hotel, regresa con jabones, champús, cerillos y demás chucherías que ponen en las habitaciones.

Sobre la mesa de la esquina hay dos lámparas bastante barrocas, y colgando de una pared, tres fotos enormes de sus hijos. Cuando entra Jesús Silva Herzog, a quien doña Carmen ha citado sin avisarle a su marido, no puede dejar de observar, discretamente, tantos detalles que abarrotan el despacho.

—Tome asiento, licenciado —le dice la primera dama desde su lugar, un canapé mullido y bastante cómodo.

—Muchas gracias, señora —contesta, quitando varios cojines para tener espacio en el sillón de enfrente.

—¿Desea tomar algo? ¿Un café tal vez? —pregunta la señora mientras acaricia al más pequeño de sus *poodles*.

—Ya me lo ofrecieron mientras esperaba; no, muchas gracias —responde con prisa para que la mujer entre al tema. No imagina para qué puede serle de utilidad, pero su mente es tan inquieta que ya está elaborando una larga lista de posibilidades.

—¿Cómo se encuentran su esposa y sus hijos?

—Muy bien, gracias.

Silva Herzog comienza a ponerse nervioso. ¿Le propondrá algo que no pueda cumplir sin romper la ley? ¿Y si se niega, cuáles serán las consecuencias?

—Oiga, licenciado, yo quisiera que me mande los objetos que Aduanas decomisa, para destinarlos a las obras que se hacen en el DIF. Nada ilegal, con algún sistema que pueda garantizar que las cosas estén controladas y que le lleguen a quien se debe.

—Señora, Aduanas decomisa las cosas más raras: coches, yates, aviones; no creo que algo de eso le sirva. Tal vez los electrodomésticos, la ropa y los juguetes podrían serle de utilidad, de hecho, ya se donan a instituciones de beneficencia. De cualquier forma —agrega—, lo consultaré con el secretario Ibarra Muñoz y con el señor presidente, si no le molesta.

El funcionario respira, aliviado. Ese mismo día, siguiendo las instrucciones de su jefe, le comunica la petición a López Portillo, quien le

dice que de ninguna manera le haga caso a su esposa. No conviene, pues podrían despertarse sospechas y maledicencias de cualquier tipo.

A pesar de la negativa, Carmen Romano mantuvo una relación distante pero amable, como había sido antes, con Jesús Silva Herzog.

La primera dama continuó con sus actividades, ignorando o tratando de ignorar las habladurías. Como dice un gran amigo refiriéndose a los políticos: «más que necesitar blindaje, necesitan teflón». Aparentemente la señora de López Portillo supo ponerse un enorme teflón protector y durante los seis años que duró el gobierno de su marido se dedicó a su labor a favor de la niñez y de la cultura, firmando convenios, inaugurando teatros, recibiendo reconocimientos y preseas, presidiendo el comité especial de Unicef para América Latina, entre varias actividades más. De todo lo demás que se ha insinuado, que se ocupe otra novela pues en este momento es hora de regresar con Margarita y Armando.

6

Margarita no se atreve a decirle a Armando que su mejor amigo está en el Reclusorio Oriente desde hace cinco meses. ¿Su condena? Dos años, ocho meses por asaltar —desarmado, pero con el valor que le dieron varias copas de más— a un joven que pasaba por ahí. Quería quitarle su dinero; solo su lana. Es irónico lo que sucedió, aunque Juan Pablo fue afortunado: no lo condenaron por haberse convertido en informador del Crustáceo, lo que hubiera sido muy grave, sino por un simple robo y ni siquiera a mano armada.

Como mesero, ya casi no le quedaban clientes; tras las extorsiones, muchos se volvieron desconfiados. De su otra chamba, en la compañía de aire acondicionado, lo habían despedido. Estaba desesperado.

Juan Pablo González es atractivo, muy masculino: moreno, de ojos marrones con pestañas enormes y mirada de dolor. Dolor por hacerse el duro; ahí dentro, si no eres duro, te lleva la chingada. O te defiendes o te acaban.

Sus antebrazos están cubiertos de vello negro y su cuerpo se conserva delgado y musculoso, juega futbol con intensidad desde niño y ahora lo hace también dentro de la cárcel. Practicar cualquier deporte da puntos y todo cuenta para reducir la condena: pasar lista tres veces al día, asistir al taller de artesanías, trabajar, estudiar, no meterse en líos con sus compañeros o con los custodios.

Siempre ha sido fanático del futbol. El Cruz Azul es su equipo y lo seguirá siendo, gane o pierda: lealtad pura. Lealtad como la que no tuvieron sus amigos cuando escucharon la patrulla, se echaron a correr y lo dejaron solo. Juan Pablo andaba tomado y se le hizo fácil. Los otros chavos sabían que no tenía experiencia, que era su primer robo, que estaba tan borracho que no podría huir y sin embargo ahí lo dejaron; ni siquiera avisaron en su casa. Terminó pasando dos días en un separo de alguna delegación de la policía para después ser trasladado al infierno. Un infierno casi recién estrenado en la colonia San Lorenzo Tezonco.

Lealtad también es la que no tuvo Perla, su esposa, al abandonarlo, llevándose a sus dos hijos. ¡Cómo le hacen falta, carajo! La vida es una mierda y no hay tantas formas disponibles para arreglarla. Porque Perla no lo abandonó el día que lo encerraron, bueno fuera, al menos hubiera contado con una excusa; lo dejó desde antes, cuando todavía tenía chamba, un departamento recién pintado en la colonia Presidentes, dos recámaras, muebles nuevos y hasta cortinas de colores, medio transparentes, como a ella

le gustaban.

—No estoy seguro, pero podría jurar que mis suegros la convencieron. Me veían pa'bajo, como si les fuera a contagiar algo; nunca me aceptaron pues son familia de dinero. Dos carros, una casota en Colina del Sur, sus terrenitos y el negocio del mármol.

—Te iba bien instalando aires acondicionados, ¿no? —pregunta Margarita—. El departamento donde vivían estaba bonito y la Perla se veía contenta.

—¿Has sabido algo de ella? ¿La *buscastes*?

—No contesta nadie en los números que me diste. La casa de sus papás sigue cerrada; no abren. Yo creo que ya no viven ahí, el pasto está crecido y se acumula basura en la entrada.

—Los muy cabrones se la llevaron… Ta'bien, si ella no quiere nada conmigo es su pedo, pero ¿y los niños? Soy su papá, me cae que tengo derecho a verlos. Se han *de'ver* cambiado de casa o hasta de ciudad.

—Y ellos te necesitan.

—Siempre los paseaba los fines de semana. Los sábados jugaba en el deportivo de la colonia, eso que ni qué, y el domingo los sacaba: que si al cine, a la feria de Chapultepec, a almorzar quesadillas en Tres Marías, a las lanchas; les compraba sus cosas, jugábamos juntos. Me cae que era buen papá. Nos iba bien, nos queríamos. Al menos yo no dejo de pensar en ella, en mi Perlita.

—Ya mejor ni pienses, Juanpa. Te prometo que la voy a seguir buscando. Le voy a pedir ayuda a Armando, mi novio, el que te conté.

—¿El riquillo ese?

—No es riquillo, es pianista.

—Pianista riquillo, pues.

—Por cierto, tu hermana te mandó este pastel —Margarita cambia la conversación para no entrar en detalles.

—De tres leches, el favorito de todos. Aquí vendo cada rebanada en una lanita. En este lugar todo cuesta: hay que darle cinco pesos al cabrón que pasa lista pa que no diga que no estabas, diez para que alguien te deje dormir en un camarote, bueno, en una plancha de concreto que no está tan fría como el suelo. Al menos aquí anda mi primo Sergio, ¿lo recuerdas?, y él me protege.

—¿Duermes en una plancha de concreto? ¿No hay lugar para todos o qué?

—¡Qué va! En mi celda, que es pa seis, dormimos trece, así que vete imaginando. Por cierto, ¿cuánto tuviste que pagar para que no desmadraran el pastelito?

—Treinta pesos. Querían cuarenta o lo revisaban para ver si no traía un arma adentro, pero me hicieron descuento. ¿Te imaginas? Pastel de AK-47. No se miden. Pero aquí está, completito.

—Gracias, Márgara, gracias por todo. Sigue buscando a la Perla, no se

me olvida ella. Además, si no puedo ver a mis hijos cuando salga de aquí, de veras que me muero.

—¿Cuánto te falta?

—Por buen comportamiento, ya me *redujeron* a un año; si sigo bien, me rebajan más. Oye, cuando vayas a la casa de mis papás, dile a mi mamá que me mande pozole, del blanco que hace ella, pero que no se le ocurra venir. Namás de pensar que mis jefes me vean aquí, también me muero. Que me lo mande contigo o con la Susana.

—Susana sigue de novia del Güero, no la entiendo y tampoco entiendo por qué no los acusaste cuando te detuvieron. A veces te pasas de bueno.

—No, mi Márgara; no soy malo, aunque tampoco pendejo. Todos esos chavos tienen antecedentes penales, salen y entran del bote como si fuera su casa. Se dedican a asaltar desde cuándo. Si los hubiera denunciado, la condena habría sido peor pues sería por delito en pandilla. Ya los conocen, hubieran pensado que yo era igual y estaría entambado más tiempo. No, mi Márgara.

Desde que entró al penal, Juan Pablo buscó la protección de su primo Sergio, mejor conocido como el Crustáceo, cuando se dio cuenta de que de lo contrario no sobreviviría. Ahí el poder es de quien tiene dinero y vende drogas.

Juan Pablo le cuenta a su amiga cómo, antes de llegar al dormitorio definitivo donde purgaría su sentencia, tuvo que convivir con violadores, asesinos, locos y suicidas. En el Centro de Organización y Clasificación le aplicaron quién sabe cuántas pruebas y estudios de psicología, criminalística, nivel intelectual y demás. Lo desnudaron, lo toquetearon, le apretaron el pene y los testículos, como si estuvieran cachondeándolo con mucha fuerza. Fueron los peores días: consultaba el reloj del muro cada minuto y todo para que el tiempo transcurriera lentísimo. ¿Por qué tardaron tanto en decidir que no era un sujeto peligroso? Veía, en cualquier preso, a un asesino en potencia. Caminaba queriendo pasar inadvertido.

—Una noche quemaron a un chavo frente a mi dormitorio: le pusieron un candado en su celda, le echaron gasolina y lo prendieron —le dice a Margarita—. ¡Puta madre! Hubieras visto el fuego. No se me olvidan los gritos y el olor de carne chamuscada. Ese olor se me quedó en la nariz, bien adentro. Claro que los custodios ni se aparecieron, ya estaban aceitados. Afortunadamente pronto me designaron al Anexo Cinco. Aquí, las cosas son más tranquilas, aunque los custodios hacen lo que les da la gana: meten mota, prostitutas, lo que sea.

Juan Pablo González Arellano cumplió veintiocho años el pasado 3 de abril. Ese día no tuvo nada que festejar, había perdido a su familia unos meses antes y poco después se quedó sin trabajo, con un empleo que disfrutaba mucho, instalando equipos estadounidenses de aire acondicionado de día, y por las noches como mesero en casas de colonias elegantes. Aunque no terminó la preparatoria, siempre fue un apasionado de la geometría

analítica. Disfrutaba trazar las piezas sobre la lámina galvanizada; imaginar círculos, líneas, ecuaciones, ejes perpendiculares, situar las coordenadas precisas. Jamás le fallaron los cálculos. Bueno, hubo uno que le salió mal: trabajaba demasiadas horas, dejando a su esposa a merced de la influencia de su suegro, un hombre acostumbrado a juzgar a las personas por la cantidad de dinero que poseen.

Si pudiera pedir dos deseos, Juan Pablo no ambicionaría ser millonario, tener una mansión ni manejar un coche deportivo… simplemente quisiera recobrar su trabajo y vivir con su esposa y sus chavos. Ha perdido todo rastro de ellos y el dolor de la ausencia no lo deja en paz. Por eso se porta tan bien en el Reclusorio Oriente. Quiere salir lo más pronto posible para recuperarlos.

7

Armando va a conocer a la familia de Margarita, bueno, conoció a su madre y a una de sus hermanas en el velorio del primo, pero no es lo mismo. Hoy su suegra ha decidido invitarlo a comer y está poniendo lo mejor de sí para preparar platillos deliciosos. Unos chiles rellenos que le quedan riquísimos. Huazontles capeados, en salsa verde. Frijoles con longaniza. Para ella, el pianista representa un escalón gigante en su camino hacia la comodidad. «Márgara ya la hizo —le cuenta a sus amigas—, anda con un muchacho bien rico.»

A las dos en punto llegan al inicio de la cerrada Cielito Lindo. Armando está fascinado con los nombres de las calles vecinas: Adiós, Me Voy, Juan Colorado, San Marqueña, El Abandonado, Amanecer Ranchero; este sí que es un barrio musical.

—Mejor deja tu coche aquí, corazón, o se le van a ponchar las llantas, ¡no sabes la de hoyos!, y eso que nos acaban de asfaltar la calle. Bueno, hace como un año; antes era de pura tierra, pero poco nos duró el gusto.

Parece que bombardearon, piensa Armando mientras camina tratando de evitar los agujeros y los pedazos de pavimento con los que puede tropezar. En una mano lleva una botella de vino tinto español y con la otra toma a su novia, que todavía duda.

—Sigo sin saber si esto es una buena idea. Estás acostumbrado a otras cosas —afirma Margarita.

—¿Desde cuándo te importa o me importa?

—Dices que no, pero se nota que esperabas algo distinto. Más *nais*, como dice Camilo; lo veo en tus ojos. Además, no es tan genial que conozcas a mi mamá. A veces es bien rara, indiscreta…

—Estás nerviosa y es normal. Tranquila, que no pasa nada. Me has contado tanto de ella, que vengo preparado para cualquier cosa —concluye, ya frente a la puerta.

Desde que entran, después de los saludos formales, se sientan en el pequeño comedor redondo, de formica. La mesa tiene un mantel *beige,* tejido a gancho; «lo hizo Irma», presume la mamá de Margarita mientras vacía la botella de vino en una jarra con agua.

—Así dura más —le explica a su yerno—, y no emborracha tanto.

Armando, que acaba de leer una biografía de Napoleón, le comenta que el emperador francés así acostumbraba tomarlo. El Grevrey-Chambertin era su favorito.

—¿Ven, ven? —dice la señora—. Tengo el mismo gusto que la realeza,

así que dejen de burlarse.

La vajilla es blanca con flores amarillas y las servilletas son de papel, pero también con flores diminutas decorándolas. Las cuatro mujeres observan a Armando como si fuera atracción de circo; sí, del Atayde Hermanos, piensa, intentando adivinar cómo romper el incómodo silencio.

Encima del aparato de televisión hay una foto de la boda de sus suegros en blanco y negro, retocada con colores chillones (sobre todo los labios de ella y las mejillas de él). Observa: solo el baño tiene puerta. Las dos recámaras se aíslan gracias a unas telas, verde espárrago, que cuelgan del marco.

No hay libreros ni libros, pero las sonrisas de sus cuñadas le dan confianza; su suegra, en cambio, tiene una mirada extraña. Ella decide romper el silencio.

—¿Tons qué?

—¿Como de qué? —responde Margarita, tensa.

—Pos de lo que sea, namás quiero sacar conversación. ¿Un vaso de vino? —le ofrece a Armando.

—Sí, muchas gracias, señora.

—Te quiero agradecer el bien que le has hecho a mi hija

—Margarita la mira, incómoda.

—¿Cómo?

—Desde que está contigo, ya no anda como si viviera en un *show* de tres pistas. Se concentra más en lo suyo, pues.

—¿Y qué se supone que es lo mío? —pregunta Margarita, mientras Armando trata de entender la aseveración de su suegra.

—¡Pues lo tuyo! —interviene Miriam, ofreciéndoles una bolsa de cacahuates enchilados que ha abierto con los incisivos.

Irma decide comenzar a servir la comida para evitar un posible enfrentamiento. Desde que sale con Armando, su hermana menor ha cambiado; ligeramente, pero ella lo nota. Usa tacones, pues ya no toma transporte público: prefiere los taxis, así que camina menos. Se arregla un poco mejor. Cuida sus manos, sus uñas, su lenguaje. Ve noticieros en la tele. Conoce platillos rimbombantes y lugares novedosos. Lee.

El pianista está luchando contra el huazontle: toma la hierba con los dedos y, apretando fuerte la mandíbula, le quita a las ramas todas las bolitas llenas de sabor.

De pronto, un sonido particular se escucha y enseguida Armando se pone muy rojo. Desvía la mirada y se reacomoda sobre la silla, tratando de disimular su falta.

—Cuando tengas un pedo, no hay pedo —dice Irma, riéndose—. Namás déjalo salir. Aquí no juzgamos a nadie.

Armando, que no está acostumbrado a tratar temas escatológicos de manera tan abierta, no sabe qué decir; entonces su suegra intenta arreglar el entuerto.

—Mira, mijito, en esta casa no nos mordemos la lengua; es decir, de todo se habla sin que nos importe. ¿Para qué nos hacemos las elegantes? Tú ya rompiste el hielo, como dicen, bueno, casi rompes la silla —ríe—, así que vámonos conociendo de verdad, ¿no?

—Mamá —interviene Margarita—. Mejor cambiemos de tema.

—¿Qué le pasa a esta escuincla? ¿Ahora resulta que me va a censurar? Te voy a hablar con la mera verdad, Armandito; la Márgara odia mi sinceridad y, además, no me perdona que yo sí sepa perdonar. El día que se dio cuenta de que su papá se entendía con su madrina, se le hicieron los calzones de yoyo. Es que mi hermana, para qué mentirte, era el ama del petate. ¡De verdad! No pongas esa cara.

—Pues es que estaba buenísima de a madres —opina Araceli, la más callada de las cuatro hermanas.

—Yo siempre pensé que los gustos de mi marido jamás iban a ser mis disgustos, así que decidí hacerme la que no oía, veía ni olía… Por eso jamás pensé que me fuera a dejar.

—Creo que mejor nos vamos —declara Margarita.

—No, amor. Tu mamá solo está diciendo la verdad, y eso se agradece —dice Armando—. Voy al baño y regreso enseguida —sentencia levantándose. En realidad está muy incómodo. Quiere echarse agua fresca en la cara. Necesita una pausa.

El único baño de la casa tiene azulejo blanco, con la tina desaseada, la regadera manchada de óxido y el retrete roto. Hay cabellos en el lavabo y en el jabón rosa. Al secarse el rostro, nota que la toalla huele a humedad. ¿Cómo pueden vivir así?, se pregunta. Piensa en la distancia, en la enorme distancia entre los mundos por los que le ha tocado transitar desde que José López Portillo llegó a la Presidencia.

Pero quiere a Margarita, mucho, así que olvida los regaños de su padre cada vez que decía una palabra soez o una grosería: ni siquiera «menso» estaba permitido pronunciar en casa. Se ve en el espejo, pone su mejor cara y sale decidido a disfrutar el chile relleno que acaban de servirle.

8

Es evidente que Armando tiene mejores planes para un sábado al mediodía, como abrazar a Margarita hasta que la cama los expulse o tocar el piano, pero su padrino le pidió que lo acompañara a un compromiso importante; Gabriela se fue de compras a San Antonio y a él no le gusta llegar solo.

No es el primer bautizo al que Armando asiste, aunque nunca antes había observado un evento de esta naturaleza desde lejos, tomando una sana distancia: la necesaria para tener conciencia de que la vida no es más que un préstamo a plazos, que poco depende de nosotros. ¿Acaso es nuestro mérito haber nacido, por ejemplo, en un hospital privado de las Lomas, en una familia con una posición económica o política privilegiada?

En cuanto la conoció, comenzó a ver a través de los ojos de Margarita, desde la perspectiva que, imaginamos, tendrán las personas que viajan, verdaderamente unas sobre las otras, en transporte público porque no tienen otra opción.

El bautizado, con un impecable ropón de piqué español (reseñarían en la sección de sociales), se la pasó durmiendo. Solamente lloró un poco cuando las aguas bautismales mojaron su cabeza.

Las mesas están decoradas en tonos blanco y durazno, con flores que combinan. Armando no podría decir qué flores son, pues solo reconoce las margaritas, los claveles que adoraba su madre y las rosas, los lugares más comunes de la naturaleza. Sillas cómodas, acolchonadas. Menús impresos en un papel muy fino, con elegantes y retorcidas letras doradas. Dos meseros por mesa. Discreta música de cámara. Los alimentos han sido preparados por los chefs del Rívoli: canapés, mariposa de salmón ahumado con crema agria o *foie gras* con manzana caramelizada, de primer plato. Filete de *turbot* en salsa de erizo o medallones de res con morillas, al vino tinto. Acompañando: papas *dauphine,* espárragos en sal del mar Muerto y ejotes con almendras. Para los vegetarianos, lasaña de verduras. ¿Alcohol? Casi cualquier antojo etílico puede ser satisfecho. Cada botella de vino cuesta lo mismo que varios salarios mínimos.

Armando no está en la mesa principal aunque tampoco lo han mandado al fondo del jardín con los que no son nadie, pues viene con su padrino, así que se sienta entre Jacobo Zabludovsky, Porfirio Muñoz Ledo, Carlos Jonguitud Barrios y Bernardo Garza Sada.

Por lo visto el presidente de la República no fue invitado o al menos su agenda no le permitió acompañarlos, pero sí está allí la *second first lady*, como la conocen los encargados de protocolo de los países extranjeros. La

subsecretaria de Programación y Presupuesto, Rosa Luz Alegría, llega un poco tarde. Una vez que finaliza la misa oficiada por un sacerdote que vino especialmente desde Zaragoza, España, en el avión privado del anfitrión, la mujer entra discretamente. Sus finos tacones se entierran en el pasto. No sabe que el agua bendita también llegó de la Madre Patria. No esperábamos menos, comenta Madero Mariscal al enterarse. De allá es don Octavio y jamás permitiría bautizar a uno de sus nietos con agua mexicana.

Todas las miradas caen sobre ella.

—¡Esta vieja está más buena que la cena de Navidad! —susurran en alguna mesa.

Es guapa, hay que reconocerlo. Y viene sola. El padrino de Armando se levanta a saludarla, nervioso. Tropieza. Besa su mano. Varias mujeres le dirigen una mirada reprobatoria. Armando se ríe, intentando ser discreto, y trata de imaginar qué pensaría Margarita si estuviera sentada a su lado.

Mientras Armando recuerda la postura precisa que tenía su novia al despertar por la mañana y añora sus pestañas chuecas, la tranquilidad con que toma lo que el viento le acerca, escucha retazos de la conversación. Al parecer, únicamente los hombres hablan.

—¿Y esa creerá que se manda sola?

—La percepción mata a la realidad, por eso mantener el control de la prensa es tan importante…

—El desorden económico desquicia al mundo, no cabe duda.

—El precio del petróleo sube de forma absurda.

—Eso nos conviene en el corto plazo, pero…

—Los medios están muy comprometidos por todos lados. Yo no, pero les sorprendería saber cuántos conductores de la radio o de la tele aceptan dinero, favores y buscan *chayos*… ¡Hasta conozco a uno que plantó en su jardín una chayotera y la presume!

—¿En caída libre? ¿Te has vuelto loco? La economía nunca había estado mejor. Todos debemos acostumbrarnos a administrar la abundancia, como bien dice el presidente…

—Gracias a Dios ya están explotando los yacimientos que descubrieron en Campeche. Eso nos…

—Bueno, los comunicadores no le van a dar patadas al pesebre, no son pendejos, con el perdón de las damas aquí presentes…

—Solo hay de dos: o estás conmigo o en mi contra…

—Qué bueno que Echeverría se exilió en Canberra…

—Miren quién viene llegando, don Fidel Velázquez. Voy a saludarlo. ¿Por qué nunca se quitará sus lentes oscuros?

—¿Y cómo creen que van a lograr que la gente que tiene el poder lo entregue? Después del 68 ya deberían haber aprendido…

—Los mismos miembros del gabinete no dejan de pelearse.

—Pues es que manejan dos corrientes económicas completamente opuestas, no sé cómo le va a hacer el presidente para mantener el equilibrio.

—Y eso que ya sustituyó a Reyes Heroles, Roel y García Sainz.

—Sencillamente no pudieron con el paquete.

—Tremendo paquete, gobernar a los mexicanos.

—Si los ciudadanos fueran noruegos, otro gallo nos cantaría.

—Claro, porque nuestros gobernantes también serían noruegos. Ups, olvidé que hay políticos presentes. *Sorry*!

La gente aplaude cuando, de pronto, entran los violines del Villa-Fontana tocando un vals de Silvestre Revueltas, pero a la segunda pieza los dejan como música de fondo y continúan las conversaciones.

—No entiendo por qué alaban al sindicalismo; en el futuro, será el peor lastre de este país…

—Ya ves lo que dice Azcárraga: «El pueblo que ve mi canal son gordos y nacos…»

—Con Estados Unidos no hay arreglo posible en materia de gas…

—Honrado, lo que se dice honrado, no soy…

—¡Qué apaleado salió Pedro Zorrilla!...

—Los de Alfa están compre y compre empresas…

—El financiamiento internacional casi nos está cayendo del cielo, a manos llenas…

—Pues yo digo que el gobierno está gastando demasiado y en cosas que no debería…

—También hay que saber distinguir qué es lo posible, a diferencia de qué es lo deseable…

—Nuestro presidente cree que todo es posible…

—Es que es deseable toda —dice alguno con ironía volviendo la mirada hacia la subsecretaria de Programación y Presupuesto, que sonríe desde la mesa de al lado. Está sentada entre Beatriz Paredes, la joven diputada de mirada astuta, y Rossell de la Lama, secretario de Turismo. Prudencio López la observa discretamente.

—Nos acusan de no querer lo mismo que la mayoría…

—No somos galaxia aparte —agrega don Ignacio Madero desde su Olimpo—; finalmente, también somos humanos. ¿Saben con qué me salió un colaborador el otro día, cuando le dije que no podía aumentarle el sueldo?

—¿Con qué? —le pregunta el vecino de silla.

—Con un «No se preocupe, don Adán, lo entiendo, don Adán…»

—Pero no te llamas Adán —comenta la esposa de alguien—, ¿o sí?

—Claro que no, y fue precisamente lo que le dije. Entonces, antes de azotar la puerta, me respondió muy despacio, articulando cada palabra: «Pero señor, ¿qué no sabe que Adán, sí, el de la Biblia, no tuvo madre?»

Estallan en carcajadas. Exageradas y sonoras.

—Pues sí que tuvo chispa para sacudirle su árbol genealógico —dice Armando. Ocho pares de ojos lo miran, sorprendidos; es la primera frase que pronuncia desde que comenzó la comida—. Bueno —agrega—, una mentada de madre sin inteligencia se queda a nivel visceral y hace daño al que la

pronuncia.

Todos callan y seguramente Armando piensa que más de uno de los comensales se merecerían dos que tres adanazos parecidos. Tal vez creen que él no debería opinar, pero lo que piensen los conocidos de su padrino le tiene sin cuidado, así que mete la cuchara en el merengue con salsa de frambuesa y sigue pensando en Margarita. Qué postre más delicioso

9

Margarita recuerda…

La emoción de recibir a la Virgen de Guadalupe en casa. Desde muy pequeña, lo hemos hecho cada año, como todos los del vecindario. Cuando estaba papá, dábamos arroz rojo y blanco, mole con pollo, bastantes frijoles con chorizo y tocino. Pan de dulce. Café, atole, refrescos. A partir del día que papá se fue, no nos queda más que ayudarle a la abuela a hacer tamales de pura manteca; nos quedan bien. Para pasarlos: agua de algún sabor. No nos alcanza para más, pero como dice mamá, la emoción, el sentimiento es lo que cuenta, y que la virgen sepa que estamos cooperando. Lo merece: es nuestra madrecita, la mera patrona.

Por ahí de las siete de la noche, la madrina y el padre Luis vienen a entregarnos a la Guadalupana; normalmente llegan de casa de los García, que viven justo al lado. A mi mamá le gusta ponerla bien guapa y siempre le tiene un manto nuevo, bonito, con estrellitas de diamantina dorada: le quedan chiquitas, parejas. Llenamos la casa de flores y esquinamos los muebles para que haya espacio. Los vecinos empiezan a llegar a eso de las ocho. Se acercan a la imagen, la tocan, se persignan frente a ella. Unos piden; otros agradecen. Algunas ancianas se arrodillan y a veces lloran. Una señora da el rosario. Cantamos. Rezamos. Volvemos a cantar. Platicamos. Rezamos de nuevo.

Los hombres de un lado, las mujeres de otro, de chisme en chisme; siempre dos o tres borrachos que nos asustan o nos divierten. Los niños salen a jugar fut cuando se hartan de estar adentro. La puerta abierta para que entren más vecinos y salgan los que se cansaron.

Al día siguiente llegan la madrina y el sacerdote, y se llevan a la virgencita a otra casa: una tras otra, participan todas las del vecindario. Algún año, probablemente una familia se hace la loca y no ofrece nada; al padre Luis le da coraje, insiste, y si no anda de buenas, hasta amenaza y les echa un rollo del pecado que ya nos sabemos de memoria, pero cuando no hay lana, no hay lana. ¿Qué se le va a hacer? Nosotras nunca hemos fallado.

Estas visitas empiezan a principios de diciembre y acaban el mero 12, en su cumpleaños, el día más bonito. Entre todos llevamos a la virgen a su capilla, la que le hicimos hace mucho tiempo sobre la banqueta, al lado del poste de luz para que siempre esté iluminada. Adornamos la calle bien bonito: focos de colores, flores, mesas a lo largo, unidas, aunque haya unas

más altas y otras más chaparras; hay años que hasta manteles especiales mandamos hacer. Contratamos un grupo musical. Sistema de sonido. Entre todos llevamos guisados, ponche, cervezas, frutas, panes. Hay baile, cohetes y fuegos artificiales. A la hora precisa, cantamos *Las mañanitas*. No sé por qué, pero cuando llegamos a la parte que dice «… ya los pajarillos cantan…», me dan ganas de llorar. Tal vez porque me acuerdo de nuestro loro *Lalo*, que la virgencita tenga siempre en su santa gloria, a su lado.

10

El mes pasado se estrenaron los ejes viales, el proyecto de Hank: muchos lamentan que haya menos camellones, menos naturaleza urbana. También, a pesar de la gran oposición, se colocó la vasija nuclear en Laguna Verde; nuestra supuesta entrada al progreso energético, a la era atómica. Este mes, con menos de tres días de diferencia, fallecieron el doctor Ignacio Chávez y Gustavo Díaz Ordaz. ¿Es una jugarreta del destino? ¿Habrán dejado algo por escrito sobre lo que verdaderamente pasó el 2 de octubre de 1968? Al entierro de Díaz Ordaz asistieron José López Portillo y Echeverría. A este último, la familia lo repudió durante la celebración: Lupita, la hija del fallecido, dijo que si el expresidente iba al funeral, lo cachetearía. Sabía que Echeverría había traicionado a su padre. Afortunadamente se controló, pero el padrino de Armando le contó que de cualquier manera la escena fue muy desagradable. Dos días después de la desaparición del expresidente cayó Anastasio Somoza, el execrable dictador nicaragüense quien, por cierto, es tío de un compañero de escuela de Armando, menor que él, Roberto Debayle, y de sus hermanos Enrique, Denise, Martha y Eugenia. Triunfaron los sandinistas y le agradecieron al pueblo mexicano la solidaridad; el presidente ha mandado víveres, ropa y medicinas. De hecho, la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional externó su deseo de trasladarse a Managua en un avión mexicano, algo simbólico que López Portillo les cumplió al enviarles el *Quetzalcóatl,* provocando la furia de Estados Unidos. El pozo petrolero Ixtoc sigue incendiándose; es un escándalo en la prensa nacional e internacional. Todos responsabilizan a Díaz Serrano por el desastre ecológico. La contaminación en el golfo de México es pavorosa, al igual que el humor negro de los mexicanos que piden «ostiones al Ixtoc» en los restaurantes de mariscos. En Nuevo León continúan las protestas del PAN por el resultado de las elecciones para gobernador. Y, por si fuera poco, el gabinete de López Portillo no se pone de acuerdo: unos quieren frenar la economía para controlar la inflación, otros desean que continuemos creciendo. El primer mandatario cumplió cincuenta y nueve años y sigue sufriendo de sinusitis, aparentemente por culpa de una muela. ¿Será posible? Llegaron, en su fuga, el sha de Irán y su delgadísima esposa a nuestro país. También hay que destacar que Carlos Salinas de Gortari, un joven brillante, tomó posesión como secretario técnico del Gabinete Económico.

¡Cuántas cosas pasan en dos meses! «Lo verdaderamente importante es lo que no sale en la prensa», le dice Camilo a Dito mientras comen fabada en el Casino Español. Después de las natillas, Camilo se va directamente a ver a

su novia. Armando decide caminar por Isabel la Católica. Le gusta «patear la calle». Sentir la ciudad, que aún vive. Reflexionar un rato. Escuchémoslo:

Hemos perdido esa costumbre, la de pensar. Y entre menos dinero, menos se piensa. (¿O será al revés?) Es la verdad, aunque suene cruel. Se sobrevive, se busca el empleo que más dinero reditúe con el menor esfuerzo. En los pocos momentos libres, los pobres no hacen nada más que ver la televisión o refugiarse en la «utilísima» religión católica. No hay introspección, no se preguntan hacia dónde van, cuáles pasos deben seguir, qué metas son las adecuadas. Nacen con cierto número de miserias y se mueren con las mismas miserias, sumando las que se provoquen en el camino. En algún lugar leí, no recuerdo dónde, pero lo entrecomillo para que no me acusen de plagio, que «los pobres refuerzan, mantienen y reproducen la pobreza».

La pobreza disloca, rezaga, engendra más pobreza. Es violenta. Vulnera. Crea apatía o resentimiento. Embrutece o exaspera. En los que tienen arriba de lo necesario, provoca una arrogante insensibilidad o una filantropía barata que serena su conciencia.

La pobreza profana la tranquilidad de una vida higiénica, determinada por el hospital que los padres eligieron para darnos a luz de acuerdo con sus ingresos. Pobres o ricos, somos patéticos y mezquinos. Tal vez somos distantes, pero no somos distintos.

El poder económico y político lo concentran unos cuantos. No es novedad. Hay profundos desequilibrios y los que tenemos un poco más que la media, no deseamos perder nuestros privilegios; de ninguna manera, cueste lo que cueste. ¡Falso que los mexicanos contemos con las mismas oportunidades! El gobierno, la Iglesia, los medios de comunicación y nuestros padres, sí, también nuestros padres, nos educan para reproducir y recrudecer las desigualdades sociales. ¿Para qué negarlo? Nos convienen los resignados, los ciudadanos embrutecidos: es más fácil controlarlos. «El pueblo, dormido, siempre será vencido», parece ser nuestro lema.

Somos individualistas… de un egoísmo incalculable. Segregamos, excluimos, marginamos, discriminamos. Todo un catálogo de palabras, y de miedos, que usamos contra quienes amenazan nuestro bienestar, el statu quo indispensable. Eso sí, tratamos de disimularlo. Somos expertos en usar máscaras, en pronunciar discursos bonitos, en hacer promesas, en negar la distancia que nos separa. ¿Algún día seremos capaces de acercarnos?

¿Acaso amanecí deprimido? No, hoy desperté lúcido y realista, aunque debo aceptar que lo real es ambiguo. ¿Lo real es real? Ojalá lo supiera.

Desenterrar recuerdos me ha escindido. Aprende de tus errores, repiten los maestros. Pero, ¿realmente hay lecciones posibles? No puede ir uno tratando de evitar dolores, puede ser peligrosísimo.

Toco el piano para escapar de mi miopía. Me tumbo en el teclado, con mis arrepentimientos… si es que los tengo. Quedaré expuesto. De cualquier

manera, somos expertos en engañarnos a nosotros mismos. Lo hacemos para salvarnos o, bien, para todo lo contrario. A veces lo que buscamos es la condena. Nos urge pensarnos castigados.

No cabe duda: es un sinsentido empeñarnos en que la vida tenga sentido. Punto y aparte.

11

Paella de domingo en casa del padrino de Armando. Margarita se siente tan incómoda en ese lugar al que solo ha ido una vez, que se inventó a una hermana enferma o algo así. Camilo acompaña a su amigo para alivianarle el día pues resulta que la invitada de honor es Lupe, la hija de Refugio, la hermana más discreta del presidente. Y Armando sabe que cuando don Ignacio desea quedar bien, se vuelve peor de insoportable.

Llegan, a propósito, con media hora de retraso. El ahijado quiere ahorrarse la copa en la cantina: odia la mirada vacía de los toros disecados y no solo porque le parece cruel, sino porque Margarita es Tauro. «¿Y eso qué tiene que ver?», le pregunta Camilo, pero Armando sigue manejando.

Cuando entran, sí, ni modo, los conducen al bar pues ahí sirven la botana de jabugo y tortilla española. Don Ignacio Madero los recibe con ojos del típico prefecto amargado de alguna escuela religiosa. Luce nervioso: al invitar a Lupe se arriesgó un poco, sabe que no es del total agrado de doña Carmen, aunque López Portillo le tiene muchas consideraciones. Gaby ríe abiertamente, como lo hace cuando se siente a gusto.

—Cuéntales, cuéntales a Dito y a su amigo lo que nos estabas diciendo.

Después de los saludos formales y de pedir un jerez, se dirige a ellos:

—Les platicaba del día en que destaparon a mi tío. Fue muy chistoso pues yo estaba en mi casa, en Lomas Verdes, cuando sonó el teléfono. Era mi mamá, que me dijo: «¿Qué crees? Ya destaparon a mi hermano.» Y yo, que de política nunca he sabido demasiado, le contesté, bastante preocupada: «¿Lo destaparon de qué? ¿Pues de qué estaba enfermo, que nadie me dijo nada?» ¿Se imaginan? Eso sí, tengo excusa: acababa de nacer mi hijo, y la verdad es que los recién nacidos nos aturden las neuronas. Ah, y además, en ese preciso momento estaba poniendo frijoles a cocer. ¡Parece que fue hace años! Ahora ya ni me meto a la cocina. Mi vida sí que ha cambiado.

Ríen y brindan; Madero Mariscal luce más relajado. Un mesero entra con una charola y ofrece empanadas de bonito y tapas de morcilla de arroz. A Cam le encanta la comida española, así que le entra a lo que le ponen enfrente; Armando es menos goloso. Entonces, Camilo le pregunta a Lupe:

—¿En qué ha cambiado?

—¿Mi vida? Bueno, aquí entre nos, de no ser nadie, ahora soy la sobrina del presidente. Me ven de otra manera: algunos hasta dicen que soy alta, ¿se imaginan? De pronto te pones delante del espejo y encuentras a una mujer perfecta, inteligente, maravillosa, guapa; si no fuera por mi mejor amiga, me lo creería todo. Te inflan.

—¿Y tu vida diaria? —interviene Gaby.

—Luego luego nos pusieron escolta. De salir sola, de un día al otro tenía chofer y dos personas siguiéndome. No venía al caso, somos clasemedieros y como que no tenían por qué cuidarnos a nosotros, pero acuérdense de que mi tía Maggy sufrió un atentado y mi tío estaba muy inquieto. A mi abuelita se la llevó a vivir con él a Coyoacán, antes de irse a Los Pinos; después yo también me cambié a Coyoacán y ahí vivo muy a gusto. Con decirles que si se me va la muchacha, mientras me consiguen otra, me mandan a un granadero para que haga las camas y sacuda; es de risa, aunque poco a poco te acostumbras. También muchas personas te quieren hacer favores, claro, para cobrárselos al presidente después. Entonces, hay que tener buen ojo —afirma viendo a don Ignacio, diciéndole algo que tal vez no puede pronunciar en voz alta.

El mesero se acerca para volver a llenar las copas. De fondo musical suena, tenue, el *Concierto de Aranjuez*. Lupe continúa hablando con mucha chispa, simpática, campechana, sintiéndose en total confianza:

—Eso sí, te invitan a muchísimos compromisos. Nunca antes había ido a tantas bodas, por ejemplo, y es una friega porque me tengo que mandar hacer un vestido distinto para cada una y comprar el tacón que combine. Yo no sabía de modas y ahora me he vuelto una experta pues te debes vestir de acuerdo con las normas sociales.

—Es lo tuyo, Gaby, estarías feliz compre y compre, estrenando ajuar a cada rato; tienes un vestidor lleno de «no tengo nada que ponerme» —dice Madero Mariscal, quien extrañamente casi no ha hablado.

—Yo soy más bien sencilla. Claro que me gusta mucho ir al San Ángel Inn donde siempre nos guardan nuestra mesa, o al Dos Puertas pues nos consienten mucho. Pero también vamos al Sajonia, un restaurantito alemán que casi nadie conoce, y lo que más disfruto, la verdad, es salir a caminar por Coyoacán, con la gente, a ver el ambiente y comer quesadillas. Eso sí, siempre con los escoltas cuidándome.

Uno de los meseros anuncia que la paella está lista. Salen a la terraza, se respira un poco de humedad, como si hubiera llovido anoche; Gabriela les dice que se sienten como quieran, que están en confianza. Al fondo del jardín, una nana uniformada va y viene con una carriola. Huele delicioso: azafrán, mariscos, pescado. Mmm…

—¿De dónde es la paella? —pregunta Camilo y enseguida se arrepiente.

—¡La hicieron aquí, evidentemente! —dice don Ignacio, indignado—. Todo lo compraron en San Juan hoy por la mañana. Tenemos un chef español, al rato se los presento, y hacer paellas es lo suyo.

Se ve buenísima, sin embargo, al probarla se dan cuenta de que el arroz está un poco batido. Nadie lo dice.

—Perdón —comenta Armando—, esto ya parece interrogatorio; es que mi padrino nunca nos cuenta. ¿Cómo es tu tío, así, en corto?

—Uy, maravilloso. Con la enorme personalidad que se le ve frente a la

gente, cuando está en familia es tímido, muy cercano y cariñoso. La verdad, yo no me llevo ni con mis tías ni con mis primos, pero él siempre se preocupa por nosotros. Es bienintencionado, y a pesar de lo que dicen, nada frívolo. Eso sí, mujeriego sí es: les encanta a las mujeres y las mujeres le encantan; ni modo, ¿para qué lo niego? Hace poco, enfrente de mí, estuvo coqueteando con una tal Amalia García, una política comunista bastante guapita, por cierto —hace una pausa para darle un trago a su vino—. Es vanidoso aunque tiene un corazón enorme y sobre todo honesto. A cada rato le inventan casas por aquí, casas por allá, pero no es cierto. El otro día llegamos a casa de no sé quién y antes de saludar dijo, muerto de risa: «Ya llegué a conocer la mansión que dicen que me pertenece.» Además, es muy sencillo: con una sopa de fideo casera lo conviertes en un ser muy feliz.

Mientras Camilo está sumido en una batalla campal contra un langostino, la plática se desvía hacia chismes sobre Julissa o Raquel Olmedo. Armando habla de un artículo de Carlos Monsiváis y Cam, ya con el langostino en el esófago, los interrumpe para pedirle a Lupe que les siga contando.

A ella parece gustarle el tema, pues vuelve a ser el centro de la reunión:

—Mira, estoy convencida de que él sí nos va a sacar del hoyo; de verdad se preocupa por el bienestar de los pobres. Es algo idealista, eso sí, aunque confío en su inteligencia. Además, es un gran padre y sobre todo un gran hijo. ¿Saben quién le pidió que viniera el Papa? Mama Mía... así le decimos a mi abuelita —explica—. Se moría de ganas de conocerlo, es muy muy católica. Cada vez que ve a mi tío, lo persigna, bueno, a todos sus hijos, pero a él más que a ninguno: como que necesita más ayuda del Señor que el resto de nosotros.

—Pues sí que le cumplió su sueño a tu abuela —dice Armando con cierto sarcasmo—. Y eso que no tenemos relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

—Pero el presidente lo recibió como jefe de Estado. Respetó las formas y le dio gusto a su pueblo —interviene don Ignacio.

—El caso es que Juan Pablo II fue a Los Pinos y comió con mi abuela. Ella no se lo creía, estaba enloquecida; a mí también me invitaron y sí que es cautivador. Tiene un gran carisma. Es un hombre muy interesante y me conmovió que se esforzaba mucho en hablar bien el español. Comió muy poquito y Mama Mía no comió nada… no podía quitarle la vista de encima de la emoción.

—De postre hay natillas o leche frita hechas en casa, claro. Ah, y también un pastel que muy amablemente nos trajo Lupita —dice Gabriela.

—Mi pastel es comprado, pero creo que está delicioso.

—Postre y licores se servirán en la biblioteca —ordena don Ignacio.

Todos se levantan.

12

—Nunca te pregunté cómo me encontraste. Qué falta de curiosidad, ¿verdad? —dice Margarita mientras acaricia un mechón del cabello de Armando. Están recostados sobre la alfombra. Un plato con uvas a un lado.

—Porque la casualidad siempre ha estado de mi lado. Porque estabas destinada a ser más mía que yo mismo.

—Qué bonito hablas. Por eso me tienes como mensa: todo el día piense y piense en ti. No me puedo concentrar en nada.

—No te concentres en nada. La vida está en otra parte, dice Milan Kundera en una de sus novelas. La vida nunca ha estado donde creemos.

—¿Me la cuentas cuando la termines de leer? Mi hermana se la pasa escuchando a todo volumen su radionovela esa, *Virgen de los cerros,* y no me deja leer en paz, porque ya me está gustando y lo sabes. La música clásica es a la que no le entiendo mucho, pero no sabes cuánto disfruto verte tocar el piano. Anda, toca algo; una de Vangelis, por ejemplo, o no sé, José José… lo que tú quieras —pide ella, ofreciéndole una uva verde de un redondo casi perfecto.

—Al rato, ahorita lo único que quiero es observarte —contesta él abriendo la boca y recibiendo la fruta jugosa, dulce.

Armando quiere creer que su vida está en Margarita. Que lo que los separa es poca cosa, que la distancia entre los dos es invisible. Sus pasados no coinciden en casi ningún punto. La manera en la que perciben el mundo es diametralmente distinta. Ella no ve a través de una ventana, nada más se asoma. No escucha música, la baila. No come por placer, sino para no pasar hambre. No se conmueve ante las injusticias. La vida es como es y no hay nada que cuestionarse.

El caos es la partitura en la que se escribe la realidad, afirma Henry Miller. Eso asusta, pero la historia le da la razón. El mundo siempre se ha movido de un caos al siguiente. De crisis en crisis. Pocos arriba, un montonal abajo. Y los que deciden por los demás no son los mejores. Tampoco los peores, es cierto. Son más o menos como todos. Seres humanos capaces de crear las más maravillosas obras de arte, de tener gestos conmovedores de caridad y solidaridad y, también, dispuestos para lo peor: traiciones, engaños, perjuicios, asesinatos. Una completa ausencia de moral. La historia está llena de personajes bondadosos y al lado, muy cerca, otros que serían la envidia de Mefistófeles. ¿Me estoy acercando al maniqueísmo?

—¿Cómo me encontraste? —vuelve a preguntar Margarita al tiempo que acaricia el antebrazo de Armando—. Ya dime.

—Porque imaginé tu vida, tu historia, y entonces supe dónde buscarte.

—No te hagas, en el hotel me viste de puro milagro. ¿Dónde me buscaste antes, pues? Eso es lo que quiero saber.

—En mi piel.

—¡Ya! Me vas a volver loca, Armandito —contesta, pensando que su novio es casi como lo estaba esperando: de una bondad parecida a la sumisión, confiado, discreto. «Enamorado sin desconfianza», y además desea protegerla.

—Lo que quiero es sacarte de tu vida.

—¿Estás tarugo? ¿Cómo que sacarme de mi vida, si es mi vida? Serás muy estudiado y culto, pero a veces dices cada tontería…

—Es en serio. ¿No te gustaría vivir en un lugar mejor, no tener que trabajar?

—Me convertirías en tu esclava. Y vivo bien con mi mamá y mis hermanas.

—Odias a tu madre.

—No la odio; me cae gordísima, pero es mi madre y ha hecho las cosas lo mejor que ha podido. Perdón, corazón, pero tener mamá es muy importante para mí… aunque tú no puedes saberlo.

—Auch, dolió. ¿Te estás vengando de algo? —reclama Armando, recordando el rostro de su madre; el miedo que le contagiaba a veces su mirada.

—De tus intenciones de volverme tu esclava.

—Estás equivocada: te consentiría muchísimo, te trataría como reina.

—Tal vez al principio.

—¿No te gustaría viajar?

—Me da terror volar, no sería capaz de subirme a un avión. Mi único sueño ha sido conocer el mar, pero si me muero sin verlo, sin tocar la arena, tampoco pasa nada.

—¿Y esa falda de flores, de la que tanto me cuentas?

—Aunque tuviera dinero no podría comprarla. Nunca he vuelto a ver una igual.

—Carajo, ¿no deseas nada?

—Estar contigo. Seguir bien enamorada de mi pianista. Desear de más es peligroso. Hay quienes pasan toda la vida esperando que llegue un milagro que los saque del tedio, de sus vidas intolerables; el milagro puede ser religioso o, por ejemplo, sacarse la lotería. Para mí el milagro es darme cuenta de que no hay milagro posible. Así se vive mejor, cuando aceptas que nada cambia, que nada ha cambiado nunca y no va a cambiar… Mis bisabuelos, mis abuelos y mis padres tuvieron el mismo tipo de vida y es ilógico que yo espere algo distinto. No espero ni quiero que ocurra nada.

—Cásate conmigo, anda.

—No me vas a convencer. Venimos de partes muy distintas, yo nunca me sentiría a gusto en tus lugares, con tus amigos. ¡Imagínate la cara que

pondría tu padrino! Estoy segura de que hasta te desheredaría…

—¿Te ha dicho algo? Dime, Margarita. Mi padrino es de cuidado, nunca se te ocurra aceptar verlo a solas…

—¡Qué me va a decir nada! Pero tú acepta que jamás podrías acostumbrarte a lo mío. Híjole, esto ya parece escena de *Los ricos también lloran*. ¡Con lo que odias las telenovelas!

—Pues no la hagas de tos y cásate conmigo.

—Dame eso.

—¿Qué?

—Tu periódico. Mira, por ejemplo, mmm… —dice ella mientras pasa las hojas con los dedos, llevándose el índice a la boca para ponerle un poco de saliva—. Aquí: «Con una solemne misa de acción de gracias, celebraron recientemente sus quince años las señoritas Esperanza, Ventura y Felicidad…»

—¿De verdad se llaman así? Qué absurdo.

—Te lo juro. No me interrumpas: «… y Felicidad, en la Parroquia de Nuestra Señora de Lourdes. Posteriormente fueron festejadas por una bella fiesta que les ofrecieron sus padres. Lo más granado de la sociedad estuvo presente…» Mira las fotos, los peinados, los vestidos. ¿Me imaginas a mí asistiendo a estas ridiculeces y tratando de conversar con las esposas de tus amigos para quedar bien? Estás mal del cerebro.

—¿Y si prometo no llevarte a ningún evento social? Nos quedaríamos en la casa juntos —le propone él, acariciando su cuello con el dorso de la mano.

—¿Escuchando música?

—Haciendo lo que tú quieras. Es lo de menos.

—No cabe duda de que el amor nos hace re mensos. Creemos que todo es posible y no es cierto. Mejor dame un beso. Adoro tus besos. Me hacen sentir la mujer más importante del mundo. La más querida. Con eso tengo.

Armando se encoge de hombros, se inclina para darle un largo beso en la boca que le sabe a uva, y enseguida se levanta para dirigirse hacia el piano. No le gusta Vangelis pero saca una de sus piezas con tal de complacer a su novia. Comienza a tocar *Heaven and Hell* mientras ella lo observa. Ese es su lugar, piensa Margarita: frente a su instrumento. Ahí, Armando se transforma en Armando. Es cuando más guapo se ve, con los ojos casi cerrados y las manos, largas, tal vez un poco afeminadas, pulsando las teclas: a veces lentamente, seduciéndolas; otras, tan rápido que apenas se distingue el movimiento. Ante el piano, encerrados en su departamento, sabe que lo ama. Cuando irrumpe el mundo de afuera, cuando ponen las dos plantas de los pies en la calle, la magia se deshace. Pero Armando no puede admitir que ella no quiere nada más de lo que ya tiene. Una contradicción pues él mismo no quisiera menos de lo que tiene.

Mientras los países se mantienen en pie gracias a algún milagro o por varios milagros acumulados, a, ante, bajo, para, por, según y a pesar de sus

gobernantes y su pueblo, las historias de amor terminan. Todas lo hacen, lo sabemos, aunque el deseo de las carnes, que hablan un mismo idioma, resista. La vida exige tantas cosas: imposible complacerla.

13

Margarita recuerda…

Mi abuela era… viejita. Normal. Enojona. Supongo que como todas las abuelas. Eso sí, no gritaba tanto como la Tata de Juan Pablo, mi mejor amigo desde la primaria, pero las cosas que decía causaban heridas profundas. Algunas me quedan hasta hoy día. Y eso que no todas sus palabras fueron exclusivamente para mí. Mis hermanas también la pagaban. Un día, hace muchos años, se quedó a cuidarnos pues mi mamá tenía demasiado trabajo. Siempre usaba esa palabra: de-ma-sia-do, haciendo pausas entre las sílabas. Estaba de-ma-sia-do cansada. Dábamos de-ma-sia-da lata.

Mi papá ya vivía del otro lado y no sabíamos casi nada de él. ¿Ya lo había contado? El caso es que abuelita nos preparó, tal vez porque estaba de buenas, unos tamales de cerdo con salsa verde. Deliciosos. Pero a mi hermana mayor, que se comió más de dos, le cayeron fatal. Comenzó a sentirse muy mareada: después le dolió de-ma-sia-do el estómago, todo el vientre, desde el esternón hasta debajo de la barriga. Decía que tenía cólicos muy fuertes y ganas de ir al baño, pero iba y no podía hacer. Entonces, de pronto, en medio de todas, echó la comida para afuera. Vomitó con tanta fuerza que salpicó una de las paredes. Parecía que lo que salía de su boca tenía vida propia, era amarillento y con pedazos pequeños de cerdo. Lo sé pues yo comencé a limpiar; ella lloraba. Alguien le acercó un trapo húmedo mientras la abuela se estaba toda quieta, viéndola con una mirada terrible, los ojos furiosos, hasta que estalló y gritó como nunca antes:

—Déjenla. Que ella limpie. No merece ningún consuelo. Es una pecadora y pagará sus culpas no solo aquí sino en el infierno.

—¿Vomitar es pecado? —pregunté con verdadera curiosidad, asustada.

—El pecado es la gula: ese es el pecado. Si la señorita nada más se hubiera comido un tamal… Pero no, claro que no, esta niña no se conforma con nada. Al infierno, ¿escuchaste? Te vas a ir al infierno por cometer pecado de gula. Al meritito infierno.

Mi hermana no podía dejar de llorar. El vómito apestaba. La abuela nos prohibió ayudarla, y de hecho nos dijo que saliéramos a la calle para no tener que respirar sus hediondeces; ella vino con nosotras. Adentro, mi hermana se quedó llorando. Abrió la puerta como una hora después: ya se había limpiado y, si no me equivoco, olía a perfume. Tenía algo raro en la mirada. Entonces le dijo a mi abuela que era una maldita y que de seguro sus

cataratas algún día la iban a dejar completamente ciega. Sin decir nada más, se fue caminando por la terracería.

—¿Adónde crees que vas, niña malcriada? —comenzó a gritar nuestra abuela—. Si me quedo ciega, va a ser tu culpa, ¿me escuchas? ¿Para qué andas invocando al diablo? Va ser tu culpa y la pagarás en el infierno. Regresa ahorita mismo, pinche niña. ¡Me voy a quedar ciega y te vas a arrepentir! Ya verás cómo me pides perdón de rodillas.

La ceguera no llegó de inmediato y no fue responsabilidad de mi hermana, claro; la abuela fue perdiendo la vista poco a poco. Nunca se quedó sin ver del todo. Podía distinguir las figuras grandes y algunas sombras; lo demás, lo veía completamente borroso.

14

Armando entra a la casa de Ignacio Madero y lo recibe Gabriela con cara de «Aguas, ¡está de un pinche genio!» El mentado padrino está instalado en la cantina en la que acostumbra recibir a sus invitados, en la que juega dominó, cada lunes, con sus amigos; donde se emborracha absolutamente solo, cuando anda tristeando, mientras escucha un elepé de Armando Manzanero.

Toma vino tinto en una copa enorme, de las que le gustan. Si realmente fuera buen anfitrión, a todos serviría en las mismas copas, pero no, Ignacio siempre debe aparecer distinto: copas normales para los demás, copa grande y muy abombada para él, de marca danesa. Vino bueno —aunque no extraordinario— para los invitados, vino carísimo para él; de alguna botella de su colección privada que ha elegido personalmente de la cava. Un mesero siempre cerca, que atiende exclusivamente lo que el dueño de la casa desea. Hoy a su ahijado no le ofrece ni un vaso de agua.

De un lado de la habitación, varios estantes con piezas prehispánicas que alguien le regaló y son auténticas. Del otro, sobre un muro que su esposa mandó pintar en tono ladrillo, seis cabezas de toros. Cuernos hacia arriba, sin rasurar, lenguas como de plástico, brillantes y rosas, y ojos saltones de quien ya no tiene qué mirar. Armando odia los animales disecados, sin embargo, ese día no está de ánimo para volver a entablar la misma discusión. Por eso prefiere visitarlo en su despacho pero no, «el señor» quiere verlo en este lugar, donde se siente más cómodo para comenzar con su rosario de quejas. Esta vez no va a regañarlo por no conseguir, todavía, fama como pianista.

—Me pidieron cita, se las concedí aquí, aquí mismo; donde estoy sentado me tomaron las fotos. La entrevista la hicieron en la sala y hasta fueron a mi oficina. Me preguntaron de todo y retrataron a Gaby con cuatro diferentes vestuarios, que si de noche, que si de coctel… Tres días enteros con el reportero y el fotógrafo, para que no hayan puesto ni una foto mía ni mencionaran mi nombre. ¿Pues qué se creen? —le dice Madero arrojándole un ejemplar de la revista *Town & Country* dedicado a México; es la edición de noviembre—. Mira, mírala, querido Dito. ¡No tienen madre! Me habían sacado una foto buenísima, recargado en un chingo de cajitas de medicamentos.

—¿Y qué más le da, padrino?

—Ah, pero si serás… Yo ya le había dicho a todos que iba a salir. Ahí están Hank y Chito Longoria, el buen Alberto Baillères y Josué Sáenz, que es un genio. Claro, Espinoza Yglesias, Legorreta, Alemán, los Redo, los Sánchez Navarro, todos los que son alguien en este país; todos menos yo. Menudo

ridículo estoy haciendo. Rómulo sale con su típica corbata de mariposa y hasta con su ejemplar del *Novedades* bajo el brazo.

Armando hojea la publicación de casi trescientas cincuenta páginas y no ve más que anuncios de joyas, coches, perfumes; bueno, aquí está el Profesor frente a un escritorio casi vacío, ni un solo papel de trabajo ocupa un lugar al lado de una bandera de México que luce bastante pequeña. Al fondo, por una enorme ventana, se aprecia el Zócalo sin un alma. En alguna línea atina a leer parte de la descripción del regente: «… *with more charm than anyone should be permitted*». También hay un artículo de Carlos Fuentes; después lo leerá, piensa. Probablemente otro de sus libros favoritos es *La muerte de Artemio Cruz*; quiere recordar el nombre de la novia de Artemio joven, cuando todavía era un revolucionario y no un político maleado. No, no es Catalina, es Regina… Claro, Regina.

—Ve, fíjate bien —don Ignacio interrumpe sus recuerdos—, ahí andan todos menos yo. Es una cabronada, pero ni modo que los demande, ¿no? Pos ya me chingué.

El pianista sigue pasando las páginas y casi se ríe ante las fotos de varias hijas de millonarios; las guapas herederas, las «mujeres vibrantes» posando de manera tan ridícula que hasta dan ganas de enmarcarlas y donarlas al museo del mal gusto. Imagina a la Loló Baillet vestida con una diminuta falda blanca por la que asoman sus piernas bronceadas… y un poco más. Una playera embarrada, escote en V: los resultados de su última cirugía son notables (y seguramente duros). Está sentada sobre el gran felino disecado que descansa en la sala de su mansión. Detrás, un mueble laqueado en negro y dorado, y sobre la pared un enorme retrato de su madre, hecho por el pintor de moda; Loló mira a la cámara con una mezcla de seducción y desprecio. Al fondo, casi sin ser vista, aparece una sirvienta de impecable uniforme blanco y azul marino quien, sacudidor de plumas en mano, quita el polvo de una figura de plata que representa a la mexicanísima Virgen de Guadalupe.

—Padrino, la verdad es que usted se salvó. Esta revista es una grosería, una farsa; está de la fregada. Ya me imagino lo que van a opinar los de la prensa de izquierda. Scherer, por ejemplo, los va a hacer pedazos, y con toda razón.

—¡A mí qué chingados me importa lo que piense Scherer!

—Bueno, bueno… De cualquier manera usted salió ganando, ya verá. Mejor regáleme un refresco y platiquemos de otra cosa.

El Crustáceo luce feliz.

—Mira, mira —le dice a Juan Pablo—, salí en el periódico.

—¿A poco? —pregunta el joven al entrar en la celda de su protector y primo. Lo mandó llamar en el peor momento, cuando estaba haciendo fila ante el único teléfono que funciona: a veces hay que esperar hasta dos horas

para hablar un minuto. Quería localizar a Margarita, preguntarle por Perla, por sus hijos; vaya, saber un poco del mundo de afuera, si es que sigue existiendo.

Sergio le muestra un ejemplar de *El Día*. En la sección metropolitana trae una nota que menciona a su banda: «Criminales disfrazados de luchadores venden droga. La autoridad atrapó a un delincuente y ya tiene retratos hablados de los demás», se lee en el texto.

—¿Y este quién es? —pregunta Juan Pablo al ver la foto.

—No me digas que no lo reconoces.

—Está enmascarado y no soy adivino.

—¡Pues Carmelo! El que vivía arriba de la miscelánea. Míralo, míralo, con su panzota chelera que desde chavo tenía fama entre las chiquitas. «Sóbame la panza, sóbame la panza... o más abajo», cantaba. ¿No te acuerdas? Pero lee, lee aquí: me mencionan. ¿Ves? Dicen que yo soy el mero mero y que, tras las rejas, sigo controlando el negocio. ¿No te sientes orgulloso de mí?

—Así nunca vas a salir de esta caverna. ¿O qué?

—No vale la pena mortificarse, mi buen. Yo estoy dispuesto a negociar hasta con el mero cuernudo, así que pronto me verás libre, volando por la ciudad de noche, como murciélago, bueno, casi casi como Batman. ¿Quieres ser Robin? Chance y hasta salimos el mismo día.

—Yo al rato voy pa fuera, ya sabes. Más pronto que tú; nada más debo aguantarme otro ratito portándome como angelito.

—Ay, cabrón, hablaste como poeta: ratito, angelito. ¿No serás puto? Trae pa'cá mi periódico, lo voy a pegar en la pared pa que todos lo vean.

—Estás bien pastel, ¿verdá, tú? Se nota.

—Pos me pegué un tocador hace rato, pa festejar mi fama, pero leve, leve… Y ya montado en mi caballo… —dice el Crustáceo emocionado mientras recorta la nota, así, al puro cálculo, con las yemas de los dedos. Obviamente se va chueco y se come algunas letras. No importa. Su nombre sí que se ve. Completo: Sergio Falcón Arellano. Lo va a subrayar con un plumón rojo. ¡Decidido!

15

Margarita y Armando tocan a la puerta del departamento de Polanco. Traen una bolsa de pan dulce de El Globo y dos termos con café muy cargado. Su sonrisa trata de esconder una complicidad que estrenaron hace poco.

—Buenas noches, maestro Santaolalla, buenas noches, señorita —les dice el viejo Matías al abrirles la puerta. Se sorprende al ver a esa mujer, pero lo disimula. El ahijado de su patrón siempre llega solo.

—Por favor no se te ocurra decirle a mi padrino que he venido acompañado, o me mata.

El mayordomo asiente y da un paso hacia atrás para que puedan entrar. Margarita observa el lugar, la decoración petulante. Está emocionada y un poco nerviosa. Hace dos meses, junto con su novio, se dio cuenta de lo mucho que le atrae el voyeurismo. De pequeña escuchaba a su papá y a su madrina, aunque jamás se le ocurrió ni siquiera abrir los ojos. En cambio ahora… Últimamente han rentado videos pornográficos para verlos juntos, pero nunca se le hubiera ocurrido que podría espiar a una pareja haciendo el amor, así, en directo. Se arriesgan y lo saben; es parte de la aventura.

Después de recorrer rápidamente el lugar que ella mira entre fascinación y risa, se esconden detrás de la celosía. Ahí está el piano. Muy serio. Mientras esperan, se sientan sobre la alfombra a tomar un poco de café y la mitad de una concha de chocolate.

—Cuando cumplí cuatro años, mis papás me regalaron un órgano. El do era azul, el re verde; el sol, evidentemente amarillo. Y desde entonces, siempre que estoy frente a un piano veo las teclas de colores. Do do, mi mi, re, la la… azul, azul, naranja, naranja, verde, lila, lila —comienza a tararear, pero se calla al escuchar el ruido de la puerta.

—¿Ya?

—No, todavía falta. Bueno, depende: si es nueva, primero la lleva a la sala, le ofrece algo de tomar, comienza a acariciarla delicadamente, a prometerle cosas —explica Armando con voz apenas audible, al tiempo que pasa su palma sobre los brazos de Margarita. Se escuchan pasos cercanos—. Uy, no es nueva, ya están aquí atrás. Shh. No hables…

Mediante señas, le indica que se acerque al lugar donde se unen la celosía y el muro. Una rendija muy delgada permite, aunque sea a medias, observar la escena. Margarita está nerviosa y húmeda; sí, húmeda de solo imaginar.

Armando se sienta en la banca frente al piano y espera una señal para tocar la misma pieza de siempre. Su padrino tose: enseguida vuelve a toser,

ahora de manera más evidente. Armando coloca sus manos largas sobre el piano y las notas de Mozart van surgiendo para acariciar los oídos de Margarita, haciéndole cosquillas, volando hacia la recámara y colocándose, cual tatuajes, sobre la piel de una mujer mucho menos joven de lo que esperaban.

—Está medio vieja, más vieja que Gaby —le explica Margarita con voz tenue. Dito sigue tocando. Ella vuelve a asomarse; después de un rato se levanta de nuevo, y cerca de la oreja de su novio dice:

—Tienes que ver esto. Deja de tocar unos segundos y ven rapidísimo para acá.

—Estás loca. No puedo, se daría cuenta.

—Es que sin ropa se ve peor —le dice ella muy bajito desde su estratégico lugar de espía.

—…

—Está re gorda —Margarita se aguanta la risa.

—…

—Y muy blanca.

—…

—Y fea. Juro que es fea.

—…

—Tiene celulitis en los muslos.

—…

—También en las nalgas.

—Ya cállate, te van a oír. Y me estás desconcentrando.

—Asquerosa. Toda lonjuda. De verdad —asiente, besando la señal de la cruz que hace con los dedos índice y pulgar. Quiere reírse y no puede, lo que alcanza a distinguir le provoca mucha risa. La excitación ha desaparecido, pero no lo lamenta; está muy divertida. ¿Cómo le pone los cuernos a Gaby, que está guapísima, con una mujer así?, se pregunta. Cuando comienzan los gemidos, Margarita se cubre la boca con las dos manos: está a punto de soltar una carcajada ruidosa y burlona. Los dedos de Armando se enredan; equivocan algunas notas. Si su padrino los cacha...

—Sí, así, así, más duro. Más duro, cachorrito —se escucha desde la recámara—. No pares, no pares. Ay, cómo me gustas, cachorrito. Así, ahí, más, ay, ay…

Y el cachorrito no se detiene. Sí que tiene energía. Una pelvis experta y bien entrenada.

El padrino bufa, la mujer brama. En el instante en que Armando se detiene más de la cuenta en un fa muy rojo, ambos aúllan un «Puta madre, qué rico». Cuando se separan para abrazarse, Mozart termina agotado. El piano deja de sonar.

16

Margarita recuerda…

El día que nos empiojamos, mamá se puso furiosa. «¿Pues con quién se están juntando?», gritó, mientras nosotras no podíamos hacer nada más que rascarnos; solo Araceli se salvó. Yo me rasqué tanto, tantísimo, que mi piel comenzó a hacerse delgadita, hasta que salió sangre. Rascar y rascar, sin poder despiojarnos, haciéndonos daño; rascándonos y rascándonos hasta sacarnos sangre. Sentir un poco de placer en el dolor. Sentirme contenta por la preocupación de mamá. Sonreír hacia adentro. Dejarme mecer por el runrún de sus quejas. Hacer mía, y querible, esa amargura constante.

El líquido que nos puso, ardía. Mucho. Me aguanté unas lágrimas para no darle el placer de la venganza. Nos llenó, cabeza y cuerpo, de esa sustancia amarillenta. «Parece pipí de perro», dijo alguna de mis hermanas. Nos la restregó con un estropajo. Usó demasiada fuerza, así que sangramos todavía más. «Vuélvanse a empiojar y verán qué les hago», amenazaba. Como si nos hubiéramos empiojado a propósito. Como si hubiéramos salido a la casa de los vecinos más sucios a cazar piojos en sus sábanas grises y grasientas, para guardarlos cuidadosamente en un bote vacío y después ponérnoslos en lugares de nuestro cuerpo. Qué buena idea, pensé de pronto. No dejo que llegue el domingo sin buscar algún perro, gato o ser humano con piojos. Bonito regalo le dejaré a mamá sobre su cama: hasta que se rasque, se rasque y se rasque tanto que le salga sangre.

17

Pepe López Portillo recorre las calles en bicicleta junto con sus amigos, a pesar del calor. El cielo no tiene nubes y el sol cae, pesado, sobre las cabezas de los muchachos, que rondan los catorce o quince años. La idea es llegar al Parque Francisco Villa, en la colonia Portales; ahí podrán descansar un rato, echarse una cascarita, ver a otros compañeros de la escuela y, si tienen suerte, ligarse a unas chavas.

De pronto, se detienen en un cruce: frente a ellos hay una «Y» griega que los hace dudar. Unos sugieren ir por División del Norte, otros recomiendan José María Vértiz. No se bajan de las bicis. El más alto, aprovechando el improvisado descanso, camina hacia una tiendita a comprar refrescos. Pide una cooperacha. Todos aportan al menos unos centavos.

Estrictamente no podemos afirmar que tengan prisa, es un domingo tranquilo y solo quieren hacer ejercicio un rato, divertirse, pero la elección del camino los lleva a discutir agriamente. Pepe queda en medio de los dos grupos de chamacos: los nacionalistas o estructuralistas a la izquierda, los liberales a la derecha. Mira a un lado, después al otro; escucha pros y contras, argumentos. De pronto, varios insultos. Un conato de pelea. Su mirada luce confundida. ¿Tan difícil resulta elegir el camino más adecuado para llegar al famoso Parque de los Venados?

—La bonanza petrolera nos da la ventaja que otros no tienen —dice uno—. Gracias al petróleo no necesitamos entrar al GATT: es mejor una liberación de permisos de importación que sea gradual.

—Tienes razón: vamos a ceder soberanía al ajustarnos a los acuerdos comerciales y, por si fuera poco, le vamos a dar un golpe atroz a la industria nacional —secunda su compañero de al lado.

—Todo lo contrario, la vamos a impulsar a mejorar sus productos ante la competencia extranjera. Si nos negamos, retrasaremos la modernización de la planta productiva —argumenta el de enfrente.

—Es mejor un proceso gradual —insiste el primero— o terminaremos subordinándonos al exterior, a los países más poderosos… para variar. La riqueza petrolera juega de nuestro lado, aprovechémosla.

—Apostarle todo al petróleo es muy peligroso. La situación internacional, y la de los mercados, puede cambiar de un momento a otro. Además, la liberalización ya está en proceso.

—Cierto: hacia allá van todos los países del mundo; no podemos quedarnos fuera de la jugada. Ya es hora de abandonar el sistema proteccionista, estoy convencido —afirma con una pasión inusitada el de la

bicicleta roja; normalmente es un chico tímido.

—¡Están locos! Vamos a matar a nuestros empresarios.

—Todo lo contrario: lo que inhibe la expansión industrial es el proteccionismo. ¡Ya es hora de que se den cuenta, carajo!

—Mejor vámonos calmando. Tranquilos. Tómense una Chaparrita pal calor —intenta intervenir el alto, que regresa de la miscelánea de la esquina.

—Insisto en que nuestra autonomía quedará supeditada a la de un organismo internacional, ya nos pasó con el FMI. Y dejar el proteccionismo de golpe no nos da ninguna garantía de un comercio más amplio ni más seguro —afirma el de la playera del Atlante.

—¡Falso! Entrar al GATT nos dará mayor estabilidad en los flujos comerciales y mayor penetración de algunos de nuestros productos en mercados internacionales.

—Pero qué necio eres. No podemos comprometer al país así, ahora. Gracias al petróleo podremos negociar poco a poco, para nuestro beneficio, con cualquier nación interesada en comerciar con México. Todo lo debemos hacer de manera pausada, a largo plazo, o comenzará una importación masiva de productos y será como condenar a muerte a la pequeña y mediana industria.

—¡Los necios son ustedes! No ven más allá de sus narices. Entrar al GATT impulsará la economía de nuestro país hacia un mundo eficiente y competitivo. ¡No podemos quedarnos en el Paleolítico!

—Tu boca está llena de razón. Estoy contigo: si pensamos que gracias al petróleo lo lograremos todo, nos va a cargar la chingada…

—¡Eres reaccionario e imperialista! —grita el del grupo contrario.

—¡Y tú, un pendejo!

Comienzan los golpes, los puñetazos en la cara, al vientre; patadas. Pepe se queda en medio, como mero espectador, sin poder decir nada. Solo se protege el rosto con las manos, evadiendo uno que otro impacto.

José López Portillo abre los ojos súbitamente. Suda; no sabe dónde está y odia sentirse confundido. Enseguida, las pupilas comienzan a acostumbrarse a la penumbra. Se encuentra en su cama de Los Pinos. Solo. Ha sido una pesadilla, piensa, más tranquilo. Enciende la lámpara de su mesa de noche. Ve la fecha y hora en su reloj calendario: cuatro treinta y ocho de la madrugada, 13 de marzo, 1980. Recuerda las palabras que él mismo escribió en su obra *Quetzalcóatl*: «En cosas que a todos atañen, no basta la ilustración de uno; menester es oír a muchos para aliviar el padecer de todos.»

Debe considerar a cada actor: las condiciones del país, las luchas internas de su gabinete, las opiniones de empresarios, sindicatos y grupos de la izquierda.

Lleva más de un año tomando la decisión más conveniente para la nación que gobierna. De hecho, había planeado hacer pública su resolución

antes de la visita del presidente Carter, para que nadie pensara que el fallo tenía que ver con la opinión o imposición de Estados Unidos, y de eso ya casi ha pasado un año.

Desde abril del 79, López Portillo no deja de preguntarse cuál es la alternativa para sustituir el proteccionismo y entrar al mercado, muy competitivo, de la comunidad internacional. Qué difícil resulta escoger el camino conveniente y oportuno.

Pero no es momento de retrasar, todavía más, un juicio. Hoy mismo, en cuanto salga el sol, el presidente preparará su respuesta. El 18 de marzo la hará pública: dirá que no al ingreso de México al GATT.

Años después, los analistas económicos —José Ramón López Portillo, entre ellos— juzgarán esta decisión como un enorme paso hacia el precipicio. Como un error que retrasó terriblemente el desarrollo económico de México, nuestra entrada a jugar en las grandes ligas. Otros tendrán la certeza de que fue la opción más adecuada.

Tercer acto
La debacle

Errar es humano. Culpar de ello
a los demás es política.
Hubert Humphrey

Tras los vestidos de novia se rompe la película.
Herta Müller

Tengo una sensación de vacío, de caída constante
que no cesa ni de día ni de noche.
José López Portillo

1

—La señorita Margarita Ceylán ya llegó, don Ignacio.

—Es puntual, al menos eso habla bien de ella —responde sonriendo. Su secretaria anota algo en la agenda, él apaga su grabadora. Estaba escuchando *Cielo rojo*, su canción de mariachi favorita. Siempre se ha considerado un romántico incorregible y no puede dejar de pensar en Felicia, la noviecita a la que acaba de cortar pues ya se andaban enamoriscando. «Deja que yo te busque y si te encuentro, y si te encuentro, vuelve otra vez…»

El despacho es bastante grande; más grande, evidentemente, que la casa que Margarita comparte con su madre y sus hermanas. Un escritorio de cristal, tapetes persas, cuadros de paisajes de José María Velasco; en otra pared, dos Riveras y un Siqueiros. La enorme mesa de juntas es pulida todas las mañanas, los sillones de la sala son de piel negra. Bastantes fotos del señor Madero Mariscal con las hijas de sus dos primeros matrimonios (ni modo: se quedó con ganas de un heredero). Esquiando en Aspen, frente a la Torre Eiffel, saludando desde la Muralla China, sonriendo en las pirámides de Guiza, subidos en un camello. Y las que nunca faltan: en distintos cruceros.

Con Gabriela, su tercera esposa, se negó a seguirse reproduciendo; prácticamente la obligó a ligarse las trompas y ella tuvo que elegir entre cumplir su sueño de ser madre o el de ser esposa de un millonario.

Sin acercarse a la mujer que lo espera sentada frente al escritorio, Ignacio Madero le ofrece algo de tomar:

—Un café, un vaso de agua. ¿Tal vez un refresco?

—No, gracias.

—¿Ni siquiera una pecsi? —insiste con un dejo de burla y desprecio que apenas se asoma entre sus labios.

—De verdad no, es usted muy amable —contesta sin verlo a los ojos. No puede olvidar que ya lo ha visto desnudo, sus nalgas subiendo y bajando. Quisiera reírse, pero no debe.

Madero Mariscal la observa sin pronunciar una palabra. No entiende por qué su ahijado está tan enamorado. ¡Vaya!, ni siquiera parece una verdadera hembra. Mal vestida, con ropa de baja calidad; las manos descuidadas; un leve aroma a jabón barato, y ese color de piel… Ni su escote ni sus caderas le dicen nada. La sigue observando. Podría verla desnuda y quedarse impávido. Mmm… Podría acariciar sus pezones, que adivina diminutos, y no pasaría nada… aunque sí está pasando: al imaginar la textura de su piel, el color de su vulva, siente un levísimo miedo en el vientre, una agradable preocupación. Una especie de angustia prometedora;

un cosquilleo intrigante desde el culo hasta el ombligo. La sensación se va congregando en su miembro, del que se ha sentido orgulloso desde su adolescencia, y se ve obligado a pensar en otra cosa inmediatamente, para que la joven no lo note.

Margarita, nerviosa, no se ha dado cuenta de nada. Conserva la mirada hacia abajo, observando, bajo las medias de color natural, sus rodillas. De niña siempre las tenía raspadas, con moretones o heridas que se hacía al caerse o cuando se subía a los árboles. ¿Hace cuánto no se trepa a un árbol? Frente a su escuela primaria, 18 de Marzo, había una enorme jacaranda. Bellísima en primavera: dejaba la calle forrada de morado y nunca faltaba alguna maestra que resbalara al pisar las flores; todos se burlaban, con más ahínco si en la caída alcanzaban a verle los calzones. Los niños peleaban su turno para escalar por las ramas del árbol tan alto. Desde arriba, el mundo se veía de otra manera; más amable, tal vez por la distancia.

> Piense en su futuro. No puede amar siempre a una mujer que tampoco lo amará siempre. Están los dos exagerando su amor. Ella le está cerrando todos los caminos. Un paso más y ya no podrá abandonar la ruta en la que se encuentra y toda su vida sentirá el remordimiento de su juventud.

Parece un discurso chafa de telenovela chafa, aquellas que produce tan bien la empresa de Azcárraga Milmo. En realidad es una cita de *La dama de las camelias*, ideal para ilustrar la escena en la oficina del Zar de la Farmacéutica. Una a la que no he tenido acceso, a pesar de mi condición de narrador casi omnisciente: somos testigos de muchas cosas, pero no de todas, aunque podemos imaginarnos que Madero Mariscal le ha ofrecido «las perlas de la Virgen» a la joven para que acepte dejar a su novio y, de esa manera, permitirle regresar al buen camino, suponiendo que las personas tengan un camino bueno y otro malo para escoger.

Camilo esperaba a Margarita en la calle, adentro de su coche, leyendo el ejemplar más reciente de la revista *Proceso*. La acompañó puesto que había sido él quien los puso en contacto: don Ignacio sugirió discreción absoluta la tarde en que le pidió —con esa forma de pedir que tienen los poderosos, que más bien es una orden— que por favor le consiguiera una cita con la novia de su ahijado. Armando jamás debería enterarse. Y a Camilo, que desea ser favorecido por Madero Mariscal, no le importa rentarse un ratito.

Cuando Margarita salió, nada se reflejaba en su mirada. Cam la observó bien, le hizo preguntas, miró sus ojos pequeños y rasgados, de pestañas chuecas; neutra, una mujer completamente neutra. No le permitió que la llevara a su casa. La dejó en una estación del metro, no recuerda en cuál pero sí se acuerda —la memoria actúa de manera misteriosa— que en la radio, después de entrevistar al tenista Raúl Ramírez, pasaron un anuncio de High Life: «Para el hombre que sabe por dónde anda.» ¿Sabremos por dónde

andamos? ¿Armando, Margarita, Nuria, Camilo, el país entero?

2

Margarita recuerda…

Papá llegó enojado. No sé por qué. Jamás daba explicaciones. Furioso. Lo supimos cuando azotó la puerta con más fuerza de lo acostumbrado y, después de aventar sus botas, le gritó a mi madre. Sin decirle nada, le dio una cachetada que casi la tumba. Mamá abrió los ojos enormes, creo que por la sorpresa pues nunca antes le había pegado, al menos enfrente de nosotras. «¿Y ora qué te pasa?», le preguntó con voz lastimera. «¿Qué me va a pasar? —le respondió—. Pues lo mismo de siempre», y volvió a alzar la mano. Mamá se protegió con los brazos. «En la cara no», le dijo. «Como tú quieras», le contestó él, y entonces la agarró de los cabellos y la arrastró por todos lados, como un bulto; de verdad, un bulto que iba moviendo las piernas y gritando. Nosotras no nos movimos, queríamos hacernos transparentes o desaparecer, por lo pronto yo habría querido no estar ahí. Después, como si nada hubiera pasado, papá se puso unos tenis, nos dio un beso en la frente a mis hermanas y a mí y se fue sin cerrar la puerta; sin pronunciar palabra. Mamá estaba acuclillada en una esquina doliéndose, agarrándose la cabeza con las dos manos. «Ay, ay, ay, me duele. Duele mucho», decía. Me acerqué despacio, puse mi mano sobre su hombro y la ayudé a levantarse. Nos sentamos las cuatro en el sofá mientras Araceli iba con algún vecino a pedirle una aspirina. Miriam comenzó a leer, en voz alta, la revista que mamá estaba leyendo antes. No recuerdo bien, creo que era una receta de cocina o unos consejos sencillos para preparar platillos baratos y nutritivos. Yo me quedé muy cerca de ella, pero sin tocarla. No lloraba. Veía la pared de enfrente mientras se acariciaba la cabeza. Nada más. Pasaron varias horas, creo. Entonces me mandó a traer el peine de los piojos y me dijo: «Sé buena y ayúdame a quitarme las costras». «¿Cuáles costras?», pregunté. Me acercó su cabeza y con los dedos separó un mechón de su pelo. Ahí estaban, sobre su cuero cabelludo, muchas gotitas de sangre, muy pequeñas pero duras. Por cada cabello, una costra chiquita bien pegada. Se me cansó la mano. Siguió Irma. Cuando papá regresó, ya muy tarde, mamá se había quedado dormida en el sillón, con el peine de dientes muy delgaditos entre las manos.

3

¿De dónde has sacado, Armando, esa idea de que te corresponde conservarla intacta y de dónde has sacado, al mismo tiempo, tus ansias de cambiarla? La felicidad no se pacta estampando solo una de las firmas, se necesita el visto bueno del otro y, que yo sepa, Margarita todavía no dice nada. Ni se acobarda ni huye; sigue siendo una hembra sola, a tu lado. Dueña de unos párpados que se abren y se cierran, copulando en los brevísimos segundos que están unidos, sombríos y desganados.

De tu pasado aprendiste que una mujer puede ser ridículamente feliz y, de repente, absurdamente desesperada. Incapaz de moverse, abrir la boca, ordenar el menú del día, comprar los faltantes de la alacena ni de saberse responsable de tus ojos tristes y la falta de cimientos sobre la que has ido deconstruyendo tus días. Así era, al menos, tu madre.

Muerta, la amas más. Se escabulló tu miedo a su estado de ánimo y decidiste seguir caminando, quién sabe hacia dónde, con el puro instinto; por eso nunca te has encontrado. Y por eso, con un solo gesto de alguien a quien le concedes importancia, te sales de tu camino y tomas cualquier callejón de los que llevan a ningún lado. Tu pasado te impulsa a reconstruirte sobre la fuerza de una «ella» que aparenta naturalidad y calma. Edificar sobre ella, en ella, arriba de ella, tratando de evitar un dolor que siempre te ha acompañado. No se te olvide que es más fácil subirte a un amor sin esperanzas, que bajarte.

Para compartir desencantos no necesitas pareja y menos a Margarita, que vive partituras *sin molto allegro ni molto vivace con brio*. «La vida está en la intensidad», decía tu padre, que a veces entablaba monólogos contigo pues no tenía esposa que pudiera escucharlo. Él, que adoraba conversar, compartirlo todo: su día a día, los planes para el negocio, los detalles de la junta de las nueve de la mañana y hasta el estado de las finanzas familiares. Pero tú eras un niño y no podías entenderlo. ¡Cómo quisieras seguir escuchándolo!

Margarita y tú dialogan, conjuran fantasías, alargan sus besos hacia el deseo de que esto nunca acabe. Y sin decirlo, saben que si no se detienen el daño será enorme, pero pueden más tus ganas de besar el contorno de su cuello, el perfil de sus muslos, la sombra que se hace justo debajo de las nalgas. Pueden más sus ganas de sentirse enamorada y de perderse entre tus labios. De compartir un helado, caminar en algún parque, ir al cine y pedir palomitas. ¿Qué hay más cotidiano?

Existen ardores que los unen y fantasías tan opuestas que no hay forma

de conjurarlas. Los cuerpos se acobardan después de poseerse. Entonces Margarita se avergüenza de su desnudez, antes suculenta, y se cubre con tu camisa que la abraza. La tela, todavía tibia, acaricia su piel más oscura que la tuya, más acostumbrada al desengaño, a no esperar nada. Tu cuerpo, que no encuentra dónde acomodarse, se pone los calzoncillos y en lugar de ir hacia ella, camina desenfadado rumbo al refrigerador para comer algo: un pedazo de queso, las sobras del picadillo que compraste en el restaurante de comida corrida que está a unas cuadras.

Ojalá hubiera vida en sus vivencias compartidas. No: solo hay balbuceos, intentos fallidos, carencias. Soledades que se acuestan en un mismo lecho y se roban las sábanas para protegerse del frío.

Regresas a su lado. Llevas un vaso con agua y se lo entregas sin preguntarle. Ella está acariciando tu camisa y abrazando la almohada. Extiende la mano. Te agradece el gesto con una sonrisa. Bebe, se toma todo el líquido casi de un trago. Cuánta sed provoca amar y ser amado. Vuelve a acurrucarse sin decir nada. En menos de cinco minutos comienza a respirar profundamente. ¿Estará ya soñando? No sabes lo que sueña: nunca lo recuerda o jamás se atreve a contártelo. En cambio tus sueños podrían ser películas, de tan detallados. Escenarios precisos, colores vivos, olores, personajes, todo mezclado, sin orden aparente, con tramas engañosas y sin embargo de una claridad impresionante.

La debilidad debería ser pecado. ¿De dónde sacaste esa frase? Lo has olvidado. La observas respirar, su rostro sencillo sin vanidad alguna, su cabello despeinado, un poco salvaje. Al lado de las cejas asoman algunas canas. Prematuras. Claro que prematuras. ¿Y si la llevas al salón de belleza al que iba tu madre? Te acercas y acaricias su nariz, sus pómulos. Automáticamente se rasca el rostro y se da la vuelta, mostrándote la espalda. La respiración sigue siendo pesada.

No quieres dormir y, sin embargo, apagas la luz. Enciendes la televisión en el Canal 2, pero le quitas el volumen para no despertar a Margarita que probablemente sueña con su único deseo: conocer el mar. Comienza el noticiero *24 Horas*. Las imágenes se encadenan y desencadenan, una tras otra: políticos que son entrevistados, noticias microeconómicas (tal vez sobre el precio de la gasolina y la tortilla), campesinos labrando una parcela, una ciudad inundada.

¿Qué puede esperar una pareja en este país que no distingue el camino trazado, donde cada uno jala para su lado, repudiando y al mismo tiempo venerando sus raíces? Ciudadanos llenos de energía, aunque incapaces de construir algo duradero. Mexicanos mutilados, conquistados, mitificados, irresponsables, chantajistas. Autoritarios y sumisos. Eternos adolescentes. Violentos pero hablando en voz baja. Sin el valor de enfrentar a quienes mandan. Impulsivos, fatalistas, poco voluntariosos. Irónicos y burlones. Hijos, literalmente, de la chingada. ¿Quejarnos? ¡Nunca! Estamos acostumbrados a que nos ninguneen y a que las cosas salgan como salgan.

Ingeniosos aunque desconfiados y susceptibles. Vulnerables pero machos, bien machos. Acomplejados.

Márgara comienza a roncar. Te levantas a apagar la tele; de cualquier manera no te has enterado de nada. Si hay algo importante, ya lo leerás en el periódico de mañana, así es que no te preocupes, Armando.

Acércate a Margarita. Abrázala por atrás; trata de no despertarla. Siente el calor de su cuerpo y duérmete con el espejismo de que no hay distancia que los separe, de que es tuya para amarla, cuidarla y transformarla… ¿Dónde se ponen los amores sin salida?, te preguntas al cerrar los ojos. Te quedas dormido demasiado pronto y afortunadamente no llegas a escuchar el nombre que Margarita repite, en voz alta, desde su pesadilla.

4

—O presenta su renuncia o de aquí se va detenida a la Procuraduría General de la República por la comisión de delito de peculado —le dice el hombre al otro lado del escritorio de madera al que le han quitado el cristal protector. Su mirada es profunda y firme; no admite dudas.

—¡Es una acusación absurda! Es ridículo lo que está insinuando. ¡No puedo creerlo!

—No estoy insinuando nada —contesta el funcionario con perfecta calma—, le estoy presentando evidencias lógicas. Usted es de mis colaboradoras más preparadas: contadora, abogada fiscalista y hasta tiene una maestría, si no estoy mal informado; imposible que se haya equivocado. Esta empresa tendría que pagar más de veinte millones de impuestos, no la ridícula cantidad que usted argumenta en su resolución. Le pregunto por tercera vez: ¿cuánto le dieron para modificar los resultados? Y espero que no se le haya ocurrido insinuar que parte del soborno acabaría en mis manos.

—Nada, no me dieron nada y me parece increíble que sospeche de mí, soy una persona honesta. Solo hago mi trabajo... y lo hago bien, por cierto —responde ella con orgullo, retándolo—. Esta acusación me ofende terriblemente.

Desvía la mirada y muerde un padrastro de su pulgar hasta que lo siente en la lengua. Sobre las paredes hay dos Ricardo Martínez, un Tamayo y un Cuevas que forman parte del acervo de la Secretaría de Hacienda, la cual cobra impuestos en especie a los artistas plásticos.

—A mí me parece increíble que se defienda con una supuesta indignación como único argumento. Demuéstreme su inocencia con los documentos que, convenientemente, no aparecen por ningún lado. Salga de mi oficina, por favor. Le doy dos horas para reflexionar.

En ese momento ella comienza a llorar: no puede dejar de hacerlo. Se siente acorralada. Varias —muchas— lágrimas recorren su rostro y hasta pierde el aliento; el llanto, en lugar de despertar la compasión del funcionario, lo enfurece. No quiere verse involucrado, no desea despertar sospechas de que él también recibió algo a cambio de hacerse el ciego. Es un hombre convencido de la necesidad de modificar la burocracia desde adentro, de cambiar la pésima fama de los políticos y demostrar que no todos son iguales. Cuando entró al gobierno, después de terminar sus estudios en la Facultad de Derecho, juró no corromperse y defender, a cualquier precio, su imagen de autoridad inaccesible al soborno. Jamás aceptaría chantajes ni mordidas. La corrupción no puede esconderse: así como en la universidad

todos los estudiantes sabían cuáles compañeras acostumbraban coger desde la primera salida, un funcionario que «prostituye» su integridad queda en evidencia tarde o temprano.

El tema no es nuevo; hay que hacer, aquí, una pausa para explicarlo. El contribuyente, un destacado empresario de origen extranjero, ya había recibido una resolución pero presentó un recurso de inconformidad puesto que no estaba de acuerdo con la cantidad que debía pagar, le parecía injusta y equivocada. Comenzó el estira y afloja. De pronto, un día, al sentirse traicionado, el defensor del empresario le envió un telegrama al funcionario que decía, literalmente: «Demuestre Ud. su sentido del Honor no dejándose seducir por el mismo hombre que ya compró a una de sus subalternas para pagar una cantidad insignificante, razón por la cual me quitaron el caso.»

Con esta advertencia, el director de Recursos de Revocación pidió el asunto y se dio cuenta de que en efecto, de un cobro por veinte millones de pesos, el dictamen pasaba a un millón cuatrocientos mil. ¡Indignante! De inmediato pidió a su equipo de asesores que investigara el caso. Encontraron que la mayor parte de las pruebas para reducir el importe de lo cobrado, casualmente no estaban en el expediente. ¿Conclusión lógica y fácil? Que la resolución estaba viciada por completo. El soborno era obvio. Fue entonces cuando llamó a la dictaminadora y le exigió, primero de manera amable, la aportación de las pruebas que le habían permitido emitir una resolución con una cantidad tan insignificante.

Después de cuatro días en que la mujer continuamente alegó que las pruebas estaban en el archivo, se presenta en la oficina de su jefe y se da, precisamente, la escena que estábamos narrando. Como decía, un momento antes de salir, la mujer explota en un ataque de llanto que, a ojos de un buen observador, pone en claro su culpa. Se levanta con prisa, siente las manos empapadas; ella, que jamás suda. Comienza a escuchar muy lejanos los sonidos —el *ring* del teléfono, el *tac-tac* de las máquinas de escribir—, como si les hubieran bajado el volumen.

El director de Recursos de Revocación de la Secretaría de Hacienda, que nunca deja de ser un caballero, se para cuando su colaboradora lo hace. Ella sale precipitadamente sin volver la vista atrás, no mira a ninguna de las cuatro secretarias y se dirige al baño de mujeres de aquel piso del edificio ubicado en Izazaga. Entra azotando la puerta y al ver que está sola sigue llorando. Llora con lágrimas pesadas, de las que genera saberse sin opciones disponibles.

Mientras tanto, el funcionario habla por la red privada con su jefe inmediato y le explica la situación con todo detalle.

Ella sigue en el baño. Se limpia las lágrimas con las manos, así que la máscara de pestañas, tan negra, mancha sus mejillas. Al ver su imagen en el espejo, lo decide. Sí, claro: ¿por qué no se le había ocurrido antes? Es la solución perfecta. Como último detalle, le da un jalón a sus medias para que luzcan ligeramente rasgadas.

Cuando el subsecretario de Ingresos la recibe, la dictaminadora continúa llorando. Él le ofrece su pañuelo y le pide que se siente.

—¿Qué puede ser tan grave? —le pregunta, como si no supiera nada.

—Pues resulta que mi jefe… no sé cómo decirlo, es que... bueno, lo digo sin rodeos: trató de violarme.

—Ay, señorita licenciada. No dudo que le encante violar a las mujeres, pero a usted… —la mira de arriba abajo, con algo de frialdad y bastante ironía—: Usted no es del perfil ni del gusto de las mujeres que pueden enloquecer al director general. De ninguna manera la violaría; absolutamente no. Lo siento mucho: deberá enfrentar su responsabilidad y tendrá que hacerlo ahora mismo.

Durante el siguiente mes, el contribuyente siguió luchando con fiereza para no pagar los impuestos debidos. Al ver su caso en peligro, mandó incendiar uno de los edificios de su empresa, argumentando enseguida que toda la documentación comprobatoria se había incinerado en el supuesto accidente. Hasta en una novela parecería inverosímil. Si Hacienda ganó el caso es porque el empresario no previó que la dirección del edificio quemado no correspondía con la que había registrado en la secretaría como el lugar acreditado para el depósito de su contabilidad. Para no hacer más largo este capítulo, debo decirles que tuvo que pagar, peso a peso, los veinte millones.

La dictaminadora, aunque no lo crean, fue reubicada en la dirección de Relaciones Públicas. ¿Será posible afirmar que alguien de muy arriba la protegía? Y seguirá trabajando de manera tan ejemplar que antes de que termine el sexenio, estrenará una mansión de más de mil doscientos metros de construcción en el Pedregal. En algún momento estará todavía en su pequeño departamento de la colonia Doctores, planeando el brindis de inauguración y haciendo una lista de los amigos con quienes desea compartir las ventajas de trabajar en la burocracia.

Pero mejor finalicemos este episodio viendo al director de Recursos de Revocación, quien sale de su oficina muy tarde, como siempre. En el gobierno nunca se sabe a qué hora podrán retirarse; el trabajo se acumula y es imposible estirar las horas como uno quisiera. En su coche, rumbo a casa para ver a su mujer, hija de un exsecretario de Estado, y a sus dos hijas, le pide al chofer que encienda el radio. No desea seguir pensando en todos aquellos que, sin reflexionarlo siquiera, caen en la exquisita tentación del dinero fácil; quiere escuchar algo de música clásica, recordar a su abuelo alemán que le enseñó a amar a Mozart, Beethoven y Brahms mientras disfrutaban un *apfelstrudel* con chocolate caliente. Necesita descansar un poco, olvidar. Pero la vida es tan irónica en general, y en México tan hija de la chingada, que lo primero que oye es el conocido *jingle* publicitario: «Blanco, Blanco, Blanco abarata la vida.»

5

El mar. Conocerlo es la ilusión de Margarita, en cambio, a Armando le trae malos recuerdos. Como el día que fueron a Acapulco en alguna vacación de verano y estuvo a punto de perder a su padre. Acostumbraban hospedarse en el hotel Deportivo Acapulco, construcción de dos pisos en un extenso terreno al lado de un club de golf. Lo que más le gustaba de ese lugar, además de que las habitaciones, sencillas y sin aire acondicionado, estaban en una especie de austeros búngalos repartidos entre la naturaleza, eran los chimpancés: encerrados en unas jaulas blancas en el comedor, hacían ruidos rarísimos y enseñaban los colmillos amarillentos cuando los niños los molestaban. Ahora se acuerda de la manera en que él y otros chamacos los pinchaban con unas largas varas por entre las rejas, y se avergüenza. También recuerda el ruido cachazudo y acompasado de los ventiladores de techo, que jamás se cansaron de dar vueltas sobre su propio eje.

Ese día quisieron ir al mar: a la playa Revolcadero. Su mamá, que hasta la noche anterior había estado feliz y platicadora, amaneció sin amanecer del todo. Decidió (¿hay algo que decidir cuando la química está en contra nuestra?) quedarse a descansar en la oscuridad de las sábanas, su refugio favorito.

Armando insistió en acompañarla, pues siempre que la dejaba con esa mirada apagada y ausente, sentía que a su regreso ya no la encontraría; pero cedió a las órdenes de su papá y, cubeta y palas en mano, se subió al Rambler rojo.

Revolcadero: una ola tras otra tras otra tras otra. «Le muevo la panza, le vendo aceite de coco pa que su chavo, que está re pálido, se ponga bien moreno. Hay cocada, tamarindos de dulce o chile, recuerditos hechos de conchas marinas, mandíbulas de cazón, aretes de coral rojo pa las noviecitas. Lo que nos pida se lo conseguimos», escuchan mientras un muchacho los guía hasta la palapa de por allá y enseguida les trae un colchón bien inflado para que Armando se deje llevar por la corriente.

El padre pide una cerveza muy fría; para Dito, agua de coco. Papá e hijo se tumban sobre la arena a observar el mar: sus ires y venires que parecen indecisos. No hablan, la ausencia de la mamá siempre les ha pesado. El hombre (hace un mes cumplió treinta y dos años) hojea el periódico *Excélsior,* buscando la columna de Manuel Buendía. Su hijo atrapa arena con los puños y observa cómo, mientras más la aprieta, más rápidamente se le escapa.

De pronto el padre, que ha sudado mucho y desea refrescarse, corre

hacia el mar.

—No te muevas de aquí ni un centímetro, es en serio —le advierte, antes de dejar al niño—. Ni un centímetro o te muelo a nalgadas. ¿Oíste, Dito? Un rápido chapuzón y vuelvo.

Ahí está, un hombre en buena forma, que nada con pericia hacia el lugar donde rompen las olas más grandes. Quiere llegar detrás de ellas, a la calma del mar abierto. Su hijo alcanza a distinguirlo entre el blanco de la espuma: su cabeza se hace cada vez más pequeña. En un instante, la mano del papá le hace señas; Armando corresponde saludándolo pero la palma sigue agitándose, haciendo movimientos cada vez más rápidos, desesperados. Dito se levanta para distinguir mejor esa parte del cuerpo de su papá, a ver si adivina lo que trata de expresarle. Aunque presiente que algo sucede, vuelve a saludarlo, ahora con sus dos manitas y los brazos levantados. Después se queda inmóvil, sin atreverse a apartarse del lugar donde sus pies se han plantado, hasta que un grito lo asusta:

—Niño pendejo, ¿qué no ves que tu papá se está ahogando? ¡Auxilio! ¡Salvavidas! Alguien que ayude a ese hombre. ¡Hey, joven, apúrese, un señor se está ahogando! Sí, allá —vocifera la mujer que carga una enorme iguana para que los turistas se saquen fotos por una módica cantidad, en dólares, claro está.

Mientras dos experimentados nadadores toman su tabla de *surf* y entran con prisa al mar, la señora de los gritos se acerca a Armando y le pone la mano sobre el hombro como para consolarlo. Dito observa de cerca los pequeños ojos del reptil escamoso, su papada que imita a la de su dueña y una cresta color naranja que está a punto de tocar cuando escucha de nuevo esa voz chillona:

—Si se muere tu papá va a ser culpa tuya, niño menso. ¿A poco estás ciego?

Armando no logra olvidar la imagen de su padre saliendo del mar con el rostro lleno de sangre, casi arrastrado por los dos salvavidas; una ola lo había revolcado y lo estrelló contra el fondo arenoso y duro. «De milagro no se desmayó», dice alguien. En la corriente apenas podía mantenerse a flote y ni siquiera lograba ver bien con la cantidad del flujo rojo que manaba de su frente y resbalaba sobre sus ojos.

Su padre regresó a la ciudad con trece puntadas que con los meses se convirtieron en una cicatriz leve aunque visible hasta el día de su muerte. Armando volvió cargando con una culpa, pequeña pero muy molesta, por haberse quedado aturdido, alelado. También con una duda enorme: ¿si su padre hubiera fallecido ese día, qué tipo de vida habría tenido, solo, al lado de su madre?

6

Juan Pablo sale mañana, bajo libertad condicional, tras ocho meses encerrado. Eso significa que debe ser un ciudadano ejemplar y que su obligación será presentarse a firmar una vez al mes, para que lo tengan controlado. Lamentablemente nada podrá borrar sus antecedentes penales; con esa mancha en su expediente no será tan fácil conseguir chamba. Pero aunque él no lo sabe, su primo, que sigue en la cárcel, ya le tiene la ruta pavimentada para su reincorporación a la sociedad, para que sea un «hombre de bien». A Sergio Falcón todavía le faltan algunos años para caminar por las calles: los delitos contra la salud son más graves que robarse una cartera.

Con el tiempo, durante su estancia tras las rejas, Juan Pablo ha aprendido a limpiar marihuana, a reducir la cocaína a base. Convive con el secuestrador de Brianda Domecq, así que también conoce algunos buenos *tips* para raptar ricos. Se sabe los nombres de las personas a las que debe odiar por obligación y solidaridad con sus compañeros más famosos, como Gilberto Flores Alavez, el cuate que dizque asesinó a sus abuelos a machetazos: Miyazawa, Sahagún Baca, Gándara Chacón, Nazar Haro y Durazo Moreno; ellos, afuera, gozando de su libertad a pesar de que son mucho más peligrosos que la mayoría de los reos.

En los ocho meses que lleva encerrado, vio a un compañero perder la lengua: se la mandó cortar el director del penal cuando lo acusó de mentiroso. Sabía que las mujeres llegaban cargadas de droga en la vagina y conocía en qué momento distraer a los custodios para que ellas se descargaran. Hasta sobrevivió a un motín que salió en las noticias, cuando unos reos se pusieron como locos: asaltaron la farmacia para conseguir tóxicos y pastillas, y después la carpintería para robarse sustancias químicas. Comenzaron a incendiarlo todo; el humo los estaba asfixiando, pero el Crustáceo lo llevó a un lugar seguro. Ahí se refugiaron mientras pasó la balacera y entraron los granaderos a poner orden. La verdad, a su primo le debe la vida.

En libertad Sergio vendía droga, negocio familiar que ha pasado de generación en generación: el abuelo vendía marihuana, el papá vende marihuana y cocaína, Sergio vende cocaína y heroína; sus hijos venderán heroína y quién sabe qué otra droga que esté de moda. Tíos, primos, y con lo de la liberación femenina, hasta las mujeres de la familia, a la par de una cocina económica, se dedican al narcomenudeo. Todos en el Barrio Norte los conocen y saben cuál es su giro. Si los vecinos no rajan es por miedo, pero antes que nada porque los *brothers* siempre están dispuestos a ayudar a quien

tiene problemas.

Nunca habían atrapado a nadie de la familia hasta que el Crustáceo se confió demasiado y se enamoró de la persona equivocada: una soplona que de cualquier manera terminó fría. Eso sí, estaba bien buena.

Ahora, en la cárcel, el Crustáceo sigue moviendo la blanca, pero como ya sabemos, diversificó su negocio y también se dedica a la extorsión telefónica: un estupendo invento al que le augura un gran futuro. Hay que ser astutos para sobrevivir.

Sergio Falcón es un empresario exitoso aunque su imagen dista mucho de aquellos directores que salen en las revistas de negocios: trajes, camisas y corbatas impecables. Pluma fuente Montblanc. Fotografiados en sus oficinas enormes y sobrias con cuadros estupendos e imágenes de la familia, todos sonrientes en marcos de plata, además de libros, reconocimientos, diplomas, trofeos. Tal vez el dibujo infantil obsequiado por un nieto. Sobre la mesa, de madera y cubierta con pergamino claro, una fina licorera de cristal cortado rodeada por cuatro copas.

El Crustáceo, en cambio, es amarillo, chaparro y orondo, como mango petacón. Le falta un diente canino pues se lo tiraron en una pelea y no piensa ponerse otro a menos que sea de oro: quiere una sonrisa inolvidable aunque no sonríe nunca, ni siquiera de ladito. Cuando pierde la paciencia, tarda días en encontrarla. ¡Qué bien se esconde la canija!

Simpático, pero intolerante. De mecha corta, digamos.Buen tirador. Preciso. En los momentos necesarios, logra controlar sus emociones. Hombre de costumbres: en libertad, todos los domingos acompañaba a su mamá a misa y después a la barbacoa de doña Dolores. Por las tardes, antes de ver el fut en la tele, probaba su mercancía para acabar, como le decía su mamá, igual que un ratón de panadería. Cocol para los de su colonia; Blanca Nieves o *nose candy* para los chavos fresas del Pedregal y las Lomas que son sus clientes favoritos, capaces de asaltar sus propias casas con tal de pagar ese lujo imprescindible para seguir funcionando.

Es ágil, buen jugador de básquet y se define como un vividor sin pedigrí. Le gustan las mujeres cogelonas, calientes y cachondas sin importar si son gordas o flacas; acepta a las muy huesudas cuando no le queda de otra. Parece que no se fija, pero le agrada la lencería de esa que llaman fina: la negra y transparente es su favorita.

Su única regla: jamás toma más de dos copas ni se mete más de dos rayas. Hay que estar alerta siempre. Adentro de la cárcel, y afuera, todo se puede acabar en un abrir y cerrar de ojos. Por eso hay que vivir rapidito. No sea la de malas…

7

Margarita recuerda…

De chica, tuvimos algunas mascotas: *Lalo,* el loro; varios gatos, demasiados, que iban y venían a su antojo. Un día Araceli adoptó un perro callejero, le puso *Tequila* y a veces mi papá le daba tequila para emborracharlo. Era pardo y cojeaba de una oreja: eso nos gustaba decir pues tenía una oreja mocha, como si alguien se la hubiera arrancado a patadas. Un día lo atropelló un coche y todas salimos corriendo al escuchar los aullidos. Ahí estaba, en la calle de terracería, rojo de sangre. Quejumbroso. Nos veía para que lo ayudáramos pero no pudimos hacer nada. Mamá dijo que no teníamos dinero para el veterinario y que de igual manera terminaría muerto. Lo cargamos a la casa y sentimos como si se nos deshiciera entre las manos. Verlo sufrir fue horrible: lo cubrimos con un sarape a cuadros porque estaba temblando, Araceli le acariciaba la cabeza con un poco de asco. Se tardó muchísimo tiempo en morir el pobre *Tequila*, casi eran las cinco de la mañana. Amaneció y no queríamos ir a la escuela, para enterrarlo. Mamá dijo que estábamos locas, que solo era un perro. Papá lo arrastró a la calle, jalándolo de su pata tiesa, y lo dejó en una esquina, lejos de casa. Quiso ahorrarse la propina para los del camión de la basura. Desde ese día mis mascotas favoritas son las moscas. Las moscas, con sus alas transparentes y sus cabecitas, me parecen simpáticas, a veces mágicas. Vuelan de manera libre, sin planes ni compromisos. Además, hay un montón en todas partes. Se conforman con cualquier comida, y parecen andar de prisa. No piden atención especial ni tienen grandes pretensiones: no quieren ser libélulas, mariposas, ni siquiera abejas. Su color es sobrio, aunque hay algunas verdes que brillan con el sol, esas son más grandes. Las moscas son divertidas. Al menos es entretenido observarlas. Puedo pasar horas mirándolas volar de un lado a otro, con el viento haciéndoles cosquillas en la panza, o explorando el lugar en que se posan, con sus patas ligeras y sus manitas en continuo movimiento. Siempre están atentas al peligro. ¿Se han dado cuenta de lo difícil que es atraparlas? Cuando mueven sus alas y zumban, me susurran cosas que me tranquilizan. Adoro escucharlas. Dicen que tienen muchos ojos. ¿Verán más que nosotros? Mirada de caleidoscopio.

Mi amigo Juan Pablo afirma que, en vez de ángel, tiene una mosca de la guarda. Yo quiero pensar lo mismo pues aquí donde vivo hay millones de moscas y ningún ángel a la vista.

8

Ignacio Madero Mariscal acaba de encontrar la solución. La novia de su ahijado es incorruptible, no le queda más que aceptarlo. Él, que pensaba, como muchos otros, que todos los seres humanos tenemos nuestro precio y solo es cosa de llegarle. Que la indignidad de los demás puede ser básica para cumplir nuestras metas. Ni modo: posiblemente existen personas que rechazan la bajeza.

No entiende por qué ni cómo, pero Margarita quiere bien a Armando y se le nota. No busca su clase social ni sus contactos ni los regalos que pueda darle, ni el apellido o la fantasía de vivir en una casa en La Herradura con un jardín que termina en un riachuelo. Quiere a Armando. A ese hombre tan simple y sin chiste como ha sido siempre. Sin éxito.

Y Armando la quiere a ella. A su físico mediocre, a su manera de ser tan, tan… de la plebe. Tal vez la adora precisamente por su humilde y pozolero origen, piensa don Ignacio. Está bien que se la coja, satisfacer al cuerpo, ¿cómo podría condenarlo por eso?, pero de ahí a un enamoramiento grotesco y apasionado… ¡ay, Armando! ¿Cuántas veces leíste la frase de Oscar Wilde, el escritor que te gusta tanto: «Un hombre puede ser feliz con cualquier mujer, mientras no la ame»? Amar debería ser pecado.

Con nada de lo que le ofreció para abandonar a su ahijado, sin darle explicación alguna, logró convencerla. Un buen empleo para ella y sus hermanas. Una casa de interés medio, bien ubicada y con las comodidades indispensables. Una cuenta en el banco. Una cantidad mensual depositada en secreto. Nada. Será una mujer anodina, sosa, pero es transparente. Y sincera.

Hoy, ahora mismo que está terminando de ver una película en la tele, Madero Mariscal le ha atinado. ¿La película? Algo vieja, tal vez de antes de los cuarenta, en blanco y negro, con Greta Garbo. *Camille*, se llama.

Ahí, en alguna de las escenas, apareció la respuesta: tiene que conmoverla. ¿Cómo no se había dado cuenta? Margarita debe saber que si Armando sigue con ella no le espera más que el rechazo de los suyos, su fracaso como pianista, dejar de pertenecer a una clase que, mal o bien, le ha dado identidad y cobijo. En este país muchos mexicanos, la mayoría en realidad, buscan la movilidad social aunque no para abajo sino hacia arriba, sin importar qué precio paguen. Y el Zar de la Farmacéutica es consciente de que una mujer adecuada es un medio ideal en el camino hacia la cumbre. Por eso se casó con Meche, su primera esposa, por ser hija del dueño de un consorcio empresarial de Monterrey. Por haber estudiado donde estudió: en una escuela privada, católica, muy estricta. Porque el apellido de su padre, la

casa, los coches y las cuentas en el banco conjuntaban todos los superlativos. Cuando se la presentaron, Mercedes era aceptablemente atractiva, virgen, hacía obras de caridad en un orfanatorio, compraba su ropa en el extranjero, había viajado a Europa, usaba perfumes que le traían de París, tomaba clases de pintura para entretenerse, quería parecerse a sus amigas y no le indignaba el derroche. Ansiaba casarse, formar una familia, ir a misa los domingos y seguir felizmente atrapada en las convenciones sociales.

¿Margarita? No puede aportar más que un boleto garantizado al fracaso. Si Armando sigue a su lado, va a arruinar su vida: futuro, planes, promesas. Ella lo quiere. Tendrá que acceder y ayudarlo a que Armando la olvide. Hay que ser prácticos: es la única manera de sobrevivir y de conseguir el reconocimiento.

El empresario toma una decisión y con eso en mente marca el teléfono de la casa de Camilo. La solución es muy clara, pero ¿cómo ponerla en marcha? ¿Qué hacer para que sea Armando quien la rechace, para que se decepcione de ella? ¿Qué inventar para lograr que la repudie y no pueda siquiera volver a verla?

—Mañana se nos ocurrirá algo —le dice a Cam—. No sé, decirle que le puso el cuerno contigo… o conmigo. Tal vez es demasiado; estoy lanzando ideas a lo pendejo. O que el gobierno de algún país le ha ofrecido una beca para seguir estudiando piano. Que no puede llevarla, por obvias razones, y que ella no es nadie para impedir su desarrollo. No sé… Es por el bien de Dito, que ya lo conoces: nunca ha sabido lo que le conviene, ¿verdad? Entonces qué, ¿mañana en el Bellinghausen a las dos de la tarde? Es urgente. No podemos dejar que tu amigo, y mi querido ahijado, siga caminando hacia el precipicio. Mejor que se suicide, sería más rápido y menos doloroso.

—Sí, don Ignacio —atina a contestarle Camilo sin medir, ni en ese entonces ni ahora, el peso de sus palabras. Una vez adentro, ¿quién logra escaparse? Además, es evidente: él también va a salir ganando.

9

Era amigo de la preparatoria de Armando y Camilo, ahora es hijo de un gobernador. Lo recuerdan con su playera de deportes del Vista Hermosa. Naranja con negro. Preciosa de tan fea. O con su suéter donde portaba orgullosamente el escudo del CVH: *Duc in Altum*, decía. Se reencontraron una noche en La Parrilla Suiza. Cam y Dito no sabían si ver a quién se encontraban en El Quetzal o irse a dormir temprano, pero Camilo estaba crudo y tenía ganas de tacos. El hijo del gobernador iba con sus guaruras. Conversaron un rato: fue entonces cuando los invitó a la fiesta en su casa. «En cualquier momento comenzarán a llegar mis cuates y las viejas, ¡uy, ya verán qué viejas! Ahí nos vemos en un ratón. No se desafanen, ¿eh?»

Una enorme mansión en la colonia Virreyes. Quién sabe cuántos metros de construcción y otros tantos más de jardín. Una alberca al aire libre y otra cubierta. Impresionante. Todo en mármol y maderas finas, marcos dorados con retratos familiares, decoración de *nouveau riche*, como dicen por ahí: candiles enormes, muebles de estilo francés, de la época de alguno de los Luises, tapices de terciopelo, ya saben. Los hombres bien feos, pero las mujeres… todas parecen modelos. Tal vez les pagan para estar ahí. Escotes muy pronunciados, de esos que tan bien exhiben la disponibilidad femenina. Cuerpos perfectos. Sonrisas y peinados a la Farrah Fawcett, de moda. Pantalones embarrados, como pintados en las piernas, ¡y qué piernas! En medio de la sala, dos tinas blancas,de cerámica, llenas de botellas de champán Cristal y Veuve Clicquot nadando en hielos. Licores importados. Varios meseros de blanco y negro. Muy serios. Cómplices. Caminando entre los invitados con sus charolas de plata. ¿Gusta algo de tomar o prefiere un poco de cocaína? ¿Heroína, o anfetaminas tal vez? Así, ofreciendo droga como parte del menú, abiertamente. Copas de cristal de Bohemia. Bocadillos de *foie gras*, caviar y salmón al lado de platos con papas fritas y *dip* de cebolla verde. ¿«A que no puedes comer solo una»? Puros lugares comunes de aquellos que no saben en qué gastar su dinero.

En alguna esquina, del brazo de un hombre con cara de mafioso, luce espectacular Marcela Bodenstedt; Armando la conoció un día gracias al hermano de un amigo. «Estudian juntos en el Centro Educativo Albatros», le comenta a Camilo. Según le dijeron, es famosa por ser novia del hijo de Durazo, el símbolo de la impunidad, el *junior* por excelencia. Un chavo que se da el lujo de cerrar la avenida Gustavo Baz para echarse arrancones con entera libertad, al salir de una noche de copas en el Club de Polo. ¿O de Godínez? El hijo de Godínez fue quien balaceó el coche de un profesor del

Colegio Irlandés que se atrevió a reprobarlo. Y Miguel Ángel Godínez Bravo, por cierto, se acaba de hacer una alberca en su casa: a su arquitecto le ordenó esconder un lingote de oro detrás de cada pieza de mosaico azul, veneciano. En fin, no recuerda. Lo importante es que sea el hijo de quien sea, va por Marcela a la escuela haciendo excesivos desplantes en lujosos coches deportivos: amarillos, rojos, de esos que tardan cien años en pasar un tope. ¿Con quién está hoy tan cariñosa?

Hay algunos actores de telenovelas. Un reconocido peinador, dueño de un salón de belleza de las Lomas. También un presentador de Canal 13. Hijos de políticos y empresarios, de la clase que detenta el poder; como siempre y para siempre. Por eso hay que garantizar, sin importar el costo, que el PRI siga gobernando.

Llega Enrique Castillo-Pesado y todos lo saludan. ¿Querrán ver sus nombres en la columna «Actualidades»? Camilo se escapa hacia el bar; pide una Coca-Cola con hielos, ayer se puso una borrachera espantosa y hoy no quiere tomar. Armando lo sigue, prefiere un Sidral con tehuacán y mucho hielo para que parezca whisky. No le gusta perder el control, menos aún en un lugar donde no conoce prácticamente a nadie.

La chava más guapa, una morena muy alta, cabello suelto hasta media espalda, mínima cintura y senos generosos, trae cargando a un pequeño panda, un oso panda de verdad, al que abraza y mece como a un bebé. No es de peluche sino un regalo de su novio, explica mientras una de sus amigas, burlándose, canta la melodía de Yuri en una impostada voz de soprano: «Pequeño panda, aún no andas, y ya queremos verte jugar…» El oso emite unos gruñiditos que casi parecen ronroneos. La mujer presume que su chavo lo compró a un contrabandista chino que puede pagar con la vida si lo agarran las autoridades de su país; que le salió carísimo. No puede ser. Es indignante, piensa Armando, pues sabe que esos animales son muy frágiles y que, carente de la protección adecuada, será imposible que sobreviva más allá de un mes. Varias mujeres rodean a la peculiar mascota; lo quieren acariciar y dicen, con sus voces cursilonas: «¡Ay, qué tierno!».

Dito vuelve la vista hacia otro lado. Escucha las pláticas en cascadas, entre la música de Gloria Gaynor y Blondie. Por aquí hablan de marcas, por acá presumen sus automóviles, en este lado dan *tips* para esquiar en los mejores lugares del mundo. Más allá discuten de política.

—Es vergonzoso que la nueva secretaria de Turismo no tenga más mérito que ser la amante del preciso.

—Eso es ya mucho mérito —responde alguien riéndose—. Con todo y que tiene como treinta años menos.

—Pues ya ves lo que dijo el expresidente Miguel Alemán…

—¿Qué?

—«En mi época, las hacíamos artistas.»

—Eso era más lógico. Y ni que estuviera tan buena, aquí hay mujeres mucho mejores.

—Pero ninguna tiene ni el diez por ciento de su inteligencia.

—Astucia, más bien.

—Mi tío, que la conoce, dice que además de ser un cuerazo es verdaderamente brillante la vieja.

—Escuchen esta: el otro día, en plena reunión del Tribunal Superior de Justicia en el Salón Carranza…

—¿Ahí estaba tu papá? —interrumpe alguno.

—Claro, proponiendo no sé qué chingados de la segunda instancia, pero les contaba que en esas andaban cuando sin decir agua va, llega la Rosa Luz vestida de lino blanco, bien transparente, con un escotote y un collar de esmeraldas obscenas. Pero lo mejor es que no traía ropa interior y se le transparentaba todo.

—¡Uta! Qué ganas de haber estado ahí.

—Pues llegó, caminó toda seductora sin decir nada, atravesó el salón, pasó detrás del presidente y le dejó una nota. Imagínense lo que le habrá escrito que López Portillo enseguidita fue tras ella y después de veinte minutos de hacerlos esperar, canceló la reunión.

—Tenemos un preciso re caliente.

—Y ella está re buena.

—Pero medio esquizoide, ¿no?

—¿Por?

—Primero fue novia de Marcelino Perelló, uno de los líderes del 68, y de pronto se casa con el hijo de Echeverría: una contradicción enorme. Ahora…

—¿Y no los han visto en actos públicos? Se la pasan coqueteándose, echándose miraditas. No dudes que, cuando se sientan juntos, se hacen de todo por debajo de la mesa.

—¡No mames! Estás hablando del presidente de la República.

—Por eso mismo. Estoy hablando del hombre que nos prometió sacarnos de la crisis, ser realista, consolidar al país, empezar a crecer, controlar la inflación y mira en la que nos ha metido. A todos nos engañó con su discurso de toma de protesta. Para hablar sí que es bueno.

—A ver, explícame qué tiene que ver López Portillo con la situación internacional, con la poca solidaridad de los mexicanos, con lo gandallas que son los gringos. ¿A que no sabes que varios funcionarios gringos de alto nivel andan aconsejando sacar todos los fondos de México?

—¿Pos qué esperabas? ¡Nuestros vecinos siempre han sido iguales! Y no hacen más que defender sus intereses. A mí me caen bien precisamente por cabrones.

—Pues los mismos secretarios de Estado de aquí, de nuestro país, le dan información falsa o manipulada a López Portillo; por lo menos los presidenciables.

—Es que todos los políticos son bien corruptotes.

—Sí, tú, ellos solitos: los empresarios, como tu papá, nada más sacan

provecho y le entran a lo que les convenga. No se quejan para nada mientras sigan haciéndose millonarios por sus negocios con el gobierno.

—Con mi papá no te metas, pinche puto.

Y comienzan los golpes. Afortunadamente los guaruras intervienen y sacan a los peleoneros con todo y sus novias, que gritaban en un tono tan agudo que aturdía. Entonces Armando lo ve. Camilo le dice que él ya lo había visto, pero pensaba que era una extraña escultura del jardín. No, es un hombre de carne y hueso, un campesino como cualquiera imagina a un campesino mexicano: sombrero de palma de tres pedradas bastante gastado, camisa a cuadros, pantalones de manta blanca, huaraches. Muy quieto; al lado, un par de cabras. Supongo que ha de tener frío, sin embargo su rostro no expresa nada: absolutamente nada. Espera sin moverse.

Preguntan. Avisan. El dueño de la casa hace cara de «puta madre, se me olvidó»:

—Viene del estado de mi padre, dice que el gobernador lo ayudó mucho con un asunto de sus tierras. Está tan agradecido que hizo el viaje hasta la capital para darle un regalito. Como no está el viejo, le dije que yo lo recibiría, pero eso fue desde la mañana.

Sale a la terraza. Conversan. Le ofrece dinero. No lo acepta. Le da una palmada en el hombro. Acompaña al campesino hacia la puerta. Se queda con las cabras, tomando su correa de mecate con la mano izquierda, sin saber qué hacer con ellas. Se forma un círculo en torno a los animales que balan. Comienzan las burlas; hay quien se atreve a darles tequila de su caballito. La cabra más grande saca su enorme lengua y la retuerce, para que entre en el vaso tan estrecho.

—Uta, ¿ya viste qué lengua? Ya la quisieras tú, princesa, así me harías mejor lo que me gusta —dice alguien mientras le acaricia la nalga a una mujer con cara de borracha.

—¡Eusebio! —grita el *junior*—. Llévese estas chingaderas y dígale a Melinda que las prepare como barbacoa y que haga una salsa bien picosa. Mañana va a estar dura la cruda.

Después se quita la ropa y se lanza a la alberca. Sus amigos lo imitan. Las mujeres se tardan un poco más. Algunas no se deciden y entran al agua con pantaletas de encaje. En media hora casi todos están en la piscina, desnudos. Juguetean. Hacen apuestas. La mujer del oso panda quiere meterlo al agua: le dicen que está loca, que se va a ahogar. Sigue neceando, hasta que se queda dormida con el oso sobre sus pechos.

Hace rato todo era grotesco, ahora Armando y Camilo comienzan a morirse de risa.

—Y eso que no hemos probado una gota de alcohol —comenta Armando.

—Ha de ser que ya nos llegó el hornazo, maestrazo —contesta Cam carcajeándose.

Un mesero les guiña el ojo y les dice, ofreciéndoles una copa de

champán:

—¿Y a ustedes, señores, no le gustan las damitas?

—Claro que nos gustan —contesta Camilo—, pero estoy resfriado. —Armando no dice nada aunque no le quita la vista a una chavita que se le antoja mucho, lo malo es que ya está bien borracha. Decide pensar en Margarita, en su delgado cuerpo desnudo; en su ropa interior que a leguas se ve barata…

—Por lo menos échense a una viuda, a esta viuda de Clicquot —el mesero guiña de nuevo el ojo. Dito se niega con un movimiento de la mano, Camilo acepta la copa y se la toma de un solo trago; qué bien se sienten las burbujas acariciando su garganta. Pide una copa más, pero que el champán esté casi helado.

En la terraza, el actor de telenovelas le da un largo beso a un jovencito, los dos en ropa interior; del otro lado Fernando Allende, quien —todos se pasan el chisme— es el supuesto querido de Hank, juega billar.

Cuando están a punto de irse, Armando, sin darle explicaciones a su amigo ni decirle «espérame un segundo», va hacia el piano de cola: un Steinway negro, brillante. Quita las pequeñas figuras de porcelana de Lladró que están sobre el instrumento, adornándolo, y las tira; dos se rompen. Abre la tapa. Abre la cubierta. Acaricia las teclas. Comienza a tocar el Himno Nacional a ritmo de *blues*, triste y rasposo, melancólico, pero se detiene antes de llegar a la cuarta estrofa.

—Síguele, está poca madre la rola —le pide Camilo.

—¿Qué no te das cuenta? Este pinche piano está bien desafinado.

10

Jorge Díaz Serrano no sabe si serle leal al presidente —su amigo de hace años— o al país. Está en su oficina, solo, con documentos esenciales en su mano izquierda. Los papeles parecen desmayados bajo los dedos del ingeniero, números y letras por todos lados que lo han sumido en una grave preocupación. Imposible seguir negándolo: la situación internacional no es favorable para un mercado del petróleo al alza. Peor todavía: los expertos que veían tendencias a la baja tenían razón.

Hace menos de media hora, el ingeniero De León llegó corriendo a su oficina y entró sin tocar la puerta, con la alarma cincelada en los ojos. Le mostró, sin decirle nada, varios télex de clientes que habían recibido ofertas de vendedores árabes con una rebaja de cuatro dólares en el crudo marcador. Evidentemente piden un tratamiento igual… o mejor. Díaz Serrano ordena una reunión de análisis, en calidad de urgente, con sus mejores técnicos, con los que saben de venta y producción. Comenzarán a trabajar en la sala de juntas y ante tal problema seguirán discutiendo, presentando datos, equilibrando fuerzas el fin de semana en su casa.

Es evidente que el director de Petróleos Mexicanos va a decidirse por México, pero no lo hará sino hasta el próximo lunes, en cuanto hable con el primer mandatario. Necesita tiempo para escuchar las opiniones expertas, reflexionar, colocar los dados en la balanza, imaginar otra salida posible. Entonces, con la mandíbula apretada y los músculos casi en tensión, decidirá.

Armando está en su departamento. Solo. No sabe si seguirle siendo fiel a Beethoven, en cuyos conciertos de piano se ha especializado, o avanzar con el dodecafonismo de Arnold Schönberg para llegar finalmente, tal vez más pronto de lo que imagina, al minimalismo sacro de Arvo Pärt. Por lo pronto, en la mano izquierda trae la partitura de un concierto para piano del compositor y pintor vienés, camina con pasos rítmicos hacia el instrumento que lo espera (siempre lo espera) en medio de la estancia, se sienta y abre las páginas salpicadas de notas negras. Hasta las teclas del piano que le regalaron sus padres cuando cumplió siete años ansían evolucionar de vez en cuando. Anquilosarse no es la opción ideal: hay que producir sonidos nuevos. Atreverse. Ya es hora…

Margarita se ha quedado en casa, sola; inventó una fuerte gripa para no ir a

trabajar. Necesita pensar un rato, recordar lo que algún día se propuso: no desear nada. Conformarse con lo poco o mucho que la vida le ponga enfrente. En la mano izquierda tiene el libro que le regaló su novio. Aunque bien sabía que ya contaba con un ejemplar, aquel con el que la vio en el metro el día que la conoció, él quiso darle el suyo, el de toda la vida: *La dama de las camelias.* Lee y relee la frase de la página cuarenta: «… Según dicen, también ella lo quería mucho, pero como suelen amar esas chicas. No hay que pedirles más de lo que pueden dar.» ¿Será cierto? ¿Ella es de esas chicas? ¿Se atreverá a aceptar la propuesta de Madero Mariscal?

Díaz Serrano recuerda la época en que incluso los ricos daban la impresión de ser pobres. No se vivía como ahora: presumiendo casas, coches, viajes, joyas y hasta amantes. Ni él ni sus amigos tenían dinero, pero no les importaba. Contaban con un solo traje para usarlo de lunes a sábado, bien cuidado e impecablemente planchado, eso sí, y con otro para los domingos, único día de descanso. Nada más un par de zapatos boleados y brillantes, sin raspaduras. Se le hizo costumbre tomar una copa después del trabajo, y cuatro o cinco los días de pago. Después, poco a poco, conforme empezó a ganar más dinero en la perforación de pozos petroleros, comenzó a gustarle la buena vida, la de verdad. Como dicen sus conocidos: «Hay una vida menos cara que esta… pero es peor.» Ahora le encanta llegar a los mejores restaurantes de México y escuchar: «¡Bienvenido, ingeniero Díaz Serrano! ¿La mesa de siempre?» ¿Cuándo se volvió tan ridículamente esnob?, se pregunta. En cambio, no se cuestiona en qué momento se convirtió en alcohólico. Si no fuera por su ingreso a la doble A, seguiría dependiendo de la bebida. De la que sí depende, no puede evitarlo, es de Helvia, de sus caricias tenues, pero también de sus consejos y su lealtad impresionante. Tampoco puede evitar que cada día le pese más su doble vida: casa grande, casa chica. Doble A y doble vida. ¡Todo doble, carajo! Y ahora, una decisión que tomar, de la que depende el futuro del país.

Si se hubiera quedado en la iniciativa privada, otra balada le cantarían. Entonces escucha la voz ronca de su padre, cuando le repetía: «En política te vas a encontrar con amigos de mentiras y enemigos de verdad.» No se arrepiente. En el fondo está orgulloso: gracias a la industria petrolera, México ha vivido una verdadera bonanza y el gobierno pudo obtener los recursos que necesitaba. Desde el primer año de su administración aumentaron las exportaciones en doscientos treinta y cinco por ciento. ¡Nada mal! Sonríe satisfecho, aunque enseguida se acuerda de la decisión que lo espera impacientemente, como si el mundo no pudiera detenerse. Por el intercomunicador, le pide a su secretaria una jarra de agua de limón. ¡Qué sed! Siempre que está angustiado siente mucha sed, aunque puede presumir de nunca haber vuelto a tomar una copa.

«Jamás te quedes en un lugar seguro, no te refugies en lo que ya haces bien, salte de lo conocido. Es de hombres. Aventurarse, buscar lo nuevo aunque termines perdiendo. Hay que ser valientes», le decía su padre a Armando cuando aún era pequeño y no quería cambiar de juego. El papá, aburrido a morir, lo convencía con sus rollos filosóficos, en los que se especializaba. Esas palabras lo han perseguido los últimos meses. ¿Qué hubiera pensado su padre del conformismo de Margarita?

Ha decidido dejar a Beethoven y explorar nuevas zonas: diferentes notaciones, fraseos, modulaciones, contrapuntos y hasta silencios. La verdad, ya está harto de caminar por lugares conocidos y sin obstáculos. La medianía comienza a cansarlo.

No acaba de entender su obsesión con esta novela; no basta con llevar el mismo nombre que la protagonista. Es cierto que ya le gusta leer, aunque no sea una gran lectora; no puede compararse con Armando, amante de los libros de viejo, de las novelas contemporáneas premiadas, de los clásicos a los que cuida como si él los hubiera escrito. El día que Armando le regaló su ejemplar del libro de Dumas, el de toda su vida, el cien veces subrayado, supo que en verdad la quería. Eso la hizo bastante feliz y también la preocupó terriblemente: no le gusta llevar cargas a las que no está acostumbrada. Enamorarse está bien, es rico, disfrutable, la situación ideal, pero el amor de verdad, el que te pide tantas cosas…

Margarita abre el libro otra vez, en cualquier página, y lee en voz alta:

> Cuando la existencia ha contraído un hábito como el del amor, parece imposible que ese hábito pueda romperse sin quebrar al mismo tiempo todos los resortes de la vida.

¿Si se decide, cuántos resortes hará pedazos?

El director de Pemex va rumbo al puerto de Veracruz para celebrar el Día de la Marina. Acaba de hablar con José López Portillo, le expuso el problema de la forma más cruda y directa posible:

—El conflicto es doble: nos enfrentamos a una situación extremadamente delicada, y encima hay que dar una respuesta de manera inmediata. Los compradores no pueden ni quieren esperarnos. Es una decisión que responde a las leyes del mercado, más que una resolución política —le dijo al presidente.

—Bueno, Jorge, pero arréglate con el gabinete económico.

Díaz Serrano sabe que no daría tiempo de convocar a los secretarios de los ramos involucrados, y que los burócratas no son quienes deben opinar

sobre estas cuestiones. No se les consultó cuando elevaron de trece a treinta y seis dólares el precio por barril, ¿o sí? No es una negociación entre gobiernos, sino una lucha abierta entre la OPEP y los productores independientes: en cualquier momento los clientes les darán la espalda para comprarle petróleo a Arabia Saudita, por ejemplo, y entonces sí estarán en problemas. No cuenta con el tiempo suficiente para convencer al presidente… ni a nadie. Deben asegurar los contratos de compra, aunque sea a corto plazo.

En cuanto baja del avión, De León lo espera, consternado, al pie de la escalerilla.

—Mande los télex de inmediato —ordena Díaz Serrano. De León se va enseguida, satisfecho; sabe que su jefe tomó la decisión adecuada.

En la cubierta del barco de guerra donde se llevó a cabo la importante celebración, el director de Petróleos Mexicanos otorga una improvisada conferencia a la prensa explicando, con mucha paciencia, las razones que están llevando a México a bajar oportunamente los precios del crudo. «De lo contrario, perderíamos a la clientela», dice ante la pregunta de alguna reportera.

El puerto de Veracruz de Ignacio de la Llave presume el mar que lo rodea y también, ¿por qué no?, la fortaleza de San Juan de Ulúa, que se observa a la distancia, iluminada por el sol del mediodía. No hay una sola nube estorbando el azul del cielo. El verano de 1981 está por llegar.

Es sábado y el clima se adivina templado, con un sol que calienta lo suficiente pero no abruma. Armando y Margarita han decidido ir de pícnic a un paraje boscoso en la carretera hacia Cuernavaca que, al parecer, es impresionante. Invitaron a Camilo y él va a llevar a Ruth, la novia que está estrenando y lo tiene verdaderamente entusiasmado, no la conocen y quisiera que les causara una buena impresión; a la anterior Armando la odiaba por fresa y eso contribuyó a que se distanciaran durante un rato. De hecho, Camilo acabará por casarse con Ruth, pero esa es una historia que corresponde a otra novela.

Margarita prepara tortas en el departamento de su novio. La de Armando, sin mayonesa. La suya, con más cebolla y rajas que las demás. Jamón, salami, queso manchego, jitomate y aguacate en rebanadas que corta delgadas y precisas, como una experta. Papas. Ensalada. Fruta. ¿Qué más? Armando elige dos botellas de vino tinto español, de las que su padrino le regala cuando anda de venia. Camilo pasa a comprar cervezas, servilletas, platos y vasos desechables. También se le antojaron cacahuates y aceitunas rellenas. ¡Qué hambre!

Sigue siendo primavera cuando José López Portillo cita a Díaz Serrano en su

despacho de Los Pinos. Es sábado. El ingeniero tiene partido de tenis en casa de Helvia, en Cuernavaca; varios amigos lo esperan. Seguramente organizaron una carne asada y las deliciosas botanas que prepara su pareja de hace tantos años. El funcionario hubiera querido salir de su casa en *shorts* y playera, pero debe ponerse algo más formal para ver al presidente. Mientras camina sobre la larga alfombra roja que lo guía hasta la oficina más importante del país, piensa en el último set que jugó, hace apenas una semana: si no fuera porque tiene buen saque, hubiera perdido. También se pinta solo para los remates. Su contrincante era un jovencito de veintidós años… y muy hábil el muchacho.

El primer mandatario está visiblemente molesto, aunque trata de disimularlo. Le extiende la mano al recibirlo, pero no se muestra tan cálido como acostumbra. Díaz Serrano no puede saberlo, aunque imagina que Oteyza le calentó el cerebro: en la junta con el gabinete, hace dos días, fue el más agresivo, el crítico más severo de una decisión que, era clarísimo, había sido debidamente ponderada por los expertos y consejeros de Pemex. Se defendió con argumentos justos, con cifras precisas, pero sabe que Oteyza es implacable.

Cuando ambos están sentados, sin dejar pasar un minuto incómodo ni hacer preguntas de cortesía, López Portillo, con un gesto de desencanto, le dice:

—He tomado la decisión de separarte de tu puesto.

El ingeniero siente un golpe en la cabeza, el fluir de la sangre que se le agolpa en las sienes, aturdiéndolo. Cierra los ojos, respira profundo; guarda silencio un momento y decide intentar una última jugada:

—Si continúas escuchando el consejo de los burócratas, te van a hundir. Acabarán por hacer garras el petróleo y también tu imagen. De una vez olvida ese deseo tuyo que me has repetido tantas veces.

—¿Cuál deseo?

—El de ser enterrado con la pompa del caudillo invicto. Olvídalo.

—Lo siento, pero es un asunto ya resuelto.

—Si te parece, prepararé mi renuncia. ¿Quién me va a sustituir?

El presidente toca un botón y ordena que pasen quienes están esperando. Se abre la puerta y entra Julio Rodolfo Moctezuma junto con, nada más y nada menos, José Andrés de Oteyza. ¡Claro!

—Pasen. Ya hablé con Jorge. Pónganse de acuerdo para lo procedente.

Los tres funcionarios salen del despacho. Díaz Serrano sabe que hoy sin duda va a perder el partido de tenis; casi nunca pierde, ni en dobles. Necesita reencontrar la serenidad, la calma, tratar de ver las cosas desde afuera. Pensar que lo que está sucediendo es una obra de teatro, una película, y que él observa la trama sentado cómodamente en una butaca. Debe tranquilizarse y, ya con los pies en la tierra, si esto es posible, inventar otra trinchera para seguir sirviendo al país. ¡Qué ganas de estar con Helvia ahora mismo! Quisiera volar a Morelos y sentir su mirada… su abrazo.

De pronto, Oteyza se aleja un poco y, entonces, Moctezuma Cid le dice:
—No sabes cuánto lo siento.

11

Juan Pablo lleva cinco meses en libertad y el mismo tiempo sin encontrar trabajo. Su tío, chofer de un funcionario de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, ha intentado colocarlo, pero sin éxito. Sus antecedentes penales no lo ayudan. El tío Alberto ha sido muy afortunado y por eso mismo Juan Pablo se acercó a él.

Alberto admira al presidente, con quien ha coincidido en varios eventos; casi siempre se hace acompañar por Durazo.

—Es impactante verlo llegar, llama mucho la atención —le cuenta a su sobrino—. Al principio de su gobierno la gente lo quería muchísimo, las personas grandes se le acercaban y él era muy atento, iba y las saludaba, se salía del protocolo y le daba la mano a todos. Era impresionante ver cómo todos lo querían tocar, se le restregaban, como si fuera un santito. Y como se vestía mucho de blanco, deberías de ver cómo le quedaba… ahí —le dice, señalando el paquete de Juanpa—. Quedaba todo mugroso. La verdad —le confiesa—, creo que ahora no es tan querido.

»López Portillo inauguró este edificio donde vivo, Unidad Marina Nacional. ¿No recuerdas? Les llevamos fotos un domingo. Por medio del doctor Laguna me consiguieron vivir en esta casa; ellos me descuentan. Siempre hemos trabajado tu tía y yo, así podemos sacar adelante a tus primos. Ella quiso que fueran a una escuela particular. Yo he recibido muchas cosas del gobierno, me becaron a tu prima en la universidad, por ejemplo, por eso estoy agradecido. Quiero conseguir que trabajes conmigo, ojalá pueda. Aun cuando el salario es bajo, tenemos estímulos y premios para que nos vaya mejor. Además es muy divertido, a cada rato hay bailes en el Campo Marte. ¡Ah! Y comes riquísimo, en puros lugares finos. Como a mí me dan el dinero para pagarle la cuenta al subse, porque es requetedistraído, yo entro al mismo restaurante; eso sí, en una mesa aparte. He estado en El Estoril, La Cava, el salón Independencia del hotel Camino Real, en muchos.»

Juan Pablo va a visitar a su primo, Sergio Falcón, a la cárcel, por mera solidaridad y agradecimiento, y el muy maldito lo sigue tentando. ¿Cuánto más podrá resistir sin aceptar su oferta? Pertenecer a los *brothers*. Ganar buen dinero. No demasiado pero sí suficiente para recuperar a su esposa y a los niños; para que, ahora sí, su suegro lo respete y lo vea hacia arriba.

—Ni que el pendejete ese tuviera tanto pedigrí para andarte haciendo el feo —le dice el Crustáceo—. Imagínate si no se le van a caer los calzones

cuando llegues con un Crown Victoria nuevecito. ¡Ese sí que es un buen mueble! Ándale, no te hagas del rogar. Es re fácil.

—Chitón: si fuera re fácil, no estarías aquí. ¿Ah, verdá, compa? Y a mí ya me guardaron una vez, no quiero que…

—Lo que pasa es que yo me distraje por culpa de una mulatita bien chula y muy pero muy cabrona que quería estar demasiado bien alimentada, ¿me entiendes? Pero tú saliste rápido, los cargos fueron de risa; además estás casado, adoras a tu vieja y la quieres recuperar. Nada más no te me distraigas, haz lo que te diga, no te metas de nuestro veneno ni de ningún otro, y todo va a salir requetebién. Ah, y cuando sea necesario, saca rapidito tu arma de la sobaquera, aunque se resfríe. Y tiras primero o no sirve de nada.

¿Terminar en la cárcel otra vez? No, mejor no se arriesga. No vaya a ser la de malas y pierda lo poco que le queda, unos gramitos de esperanza. Pero, por otro lado, ¿qué opción tiene para volver a ver a sus hijos? ¡Cómo los extraña! Sobre todo a Pablito. Bueno, también le hacen falta los abrazos de María, su ternura. *Los brothers* están muy bien conectados, conocen a todo el mundo; aceitan a quien se deja del ejército y la policía. Con su ayuda encontraría rápidamente a su familia, y si quisiera, hasta desaparecerían a su suegro pero no hay necesidad, con una calentadita basta. Tampoco es cosa de dejar a sus hijos sin abuelo, ¿o sí?

12

Margarita recuerda…

El miedo que me daba un día de felicidad. La mortificación que sentía. ¿Felicidad? Bastaba que el niño que me gustaba no me viera feo o me diera a probar de su torta para sentirme feliz. Bastaba pensar que algún día podría conocer el mar y tocar la arena para sentirme feliz. Pero la felicidad me producía terror, y las ilusiones, pánico. La vida me había enseñado que lo mejor era no soñar, tener los pies bien plantados en la tierra, vivir el día a día como fuera llegando. Aceptándolo todo. Sin querer un ápice más de lo que tenía. No puedes fracasar si no buscas nada. No pueden derrotarte si no luchas. La decepción no es palabra que quepa en tu diccionario si no deseas nada, ni siquiera lo indispensable. Esa era mi misión: estar en el mundo sin expectativas.

Mamá lo quería todo. Su padre fue empleado de una ferretería y ella soñaba que se casaría con el hijo del dueño y viviría como vivían ellos, en un gran departamento arriba de la tienda, con un baño para cada habitación, un titipuchal de adornos en la sala, colecciones de muchas cosas: campanas, búhos, hongos, conchas marinas. Recuerdos de Acapulco, Veracruz, Tampico. Vajilla y cubiertos especiales para los días de celebrar. Servilletas de tela. Lavadora de ropa. Una plancha que despedía un vapor tibio con el que las sábanas quedaban suavecitas. El refrigerador lleno de cosas ricas. Un automóvil para pasear los fines de semana. Mamá sabía soñar. Eso sí sabía. Bueno, también es experta en lavar y planchar ajeno.

13

—En ese instante comenzó el acabose, la debacle. De plano; lo he reflexionado mucho en los últimos días.

—¿De qué hablas, Dito?

—Del… del churumbel mayor, su amigo, padrino, el tal Oteyza —contesta Armando, tragándose sus groserías.

—¿Y ahora qué te traes en su contra? Ya te dije cien veces que te dediques a la música y a tu mujercita esa, y te olvides de la política. No tienes ni idea.

—Pues hablando de mujercitas, como les dice, y del político de quinta a quien usted venera, ¿a que no sabe lo que me contaron? No sé si sea cierto, pero lo creo todito. Pues que en un vuelo de Washington hacia el DF, en un avión de la Presidencia, el finísimo de Oteyza se madreó a su esposa. Fue tal la guamiza que la azafata, al darse cuenta de que la señora ya ni gritaba ni se defendía, entró asustadísima a la cabina y el copiloto tuvo que salir a aplacar al funcionario. Casi la mata, me contaron, pues la tenía agarrada del cuello y le golpeaba la cabeza contra el piso del avión. Tuvieron que aterrizar en Monterrey, de emergencia, para llevarse a la pobre señora al hospital. Ese es su amiguito… Muy fino, ¿no cree?

Padrino y ahijado están en el bar Zafiro, esperando a que comience a cantar Cuco Sánchez. Toman un par de tequilas blancos, machos, de los que raspan. Madero Mariscal lleva cuatro; Armando apenas va en el primero. Como hemos dicho, no le gusta dejar el mando de su cerebro al alcohol, mientras que su padrino no pierde el dominio ni borracho. Los poderosos tienen el control siempre, aun en momentos de crisis, o al menos eso creen. En la mesa contigua, Renato Leduc, Abel Quezada y otros intelectuales discuten de quién sabe qué tema cultural, o tal vez de mujeres.

—No tienes idea de lo que hablas.

—¿Y él sí supo cuando con toda arrogancia desaprobó la medida de bajar el precio del petróleo en cuatro dólares y solo lo redujo en dos, y encima les dijo a los compradores que el que quisiera nuestro petróleo hiciera cola? ¿Tiene una idea de cuántos clientes perdimos? ¡Qué soberbia!

—Pepe Andrés sabe lo que hace y el presidente no se equivoca escuchándolo. José Ramón y él son sus mejores consejeros, créeme. No teníamos por qué vender a un menor precio. Mejor, mucho mejor revisar la lista de clientes y, sobre todo, no dejarnos pisotear: defender la posición del país. Eso es nacionalismo, chingá. Además, el pendejo fue Díaz Serrano por no haber consultado. Hay que seguir las órdenes, sobre todo si vienen del

mero preciso. ¿O no? Por eso acabó hasta la Unión Soviética, el pobre tonto. ¡A ver si vuelve a desobedecer a sus mayores!

—Pues usted opina eso, padrino, pero tan se equivoca que ya ve cómo se están poniendo las cosas. Sin flujo de dólares, quién sabe dónde vamos a parar. Bien se dice que nunca hay que poner todos los huevos en la misma canasta.

—Mmm, ahora eres experto en blanquillos y gallinas, ¿no?

—Fíjese hasta dónde está llegando la deuda externa. En cualquier momento, si no es que desde hace rato, veremos una fuga de capitales que no la va a poder parar ni el mismísimo Pipino Cuevas, pues. Muchos conocidos ya están sacando su lana.

—¿Y tú desde cuándo sabes de economía? ¡Y de boxeo! Además, las cosas no están tan graves; no exageres, Dito.

Madero Mariscal levanta la mano y el escolta que siempre lo acompaña se acerca.

—Ándale, Pedro, pásame una chamarra delgadita que este saco ya me dio calor —ordena. Enseguida, el guarura le muestra tres prendas colgadas en ganchos, que ha estado cargando desde que entraron; siempre está listo para complacer las necesidades de su jefe.

—A ver, padrino —Armando retoma la conversación—, entonces explíqueme por qué se acaba de comprar un departamento en Miami. Nada más es pregunta.

—Por si las moscas, por si las moscas, más vale. ¿Y tú cómo te enteraste?

—Me lo dijo Gabriela, está bien emocionada. ¿No se fue a Miami precisamente a comprar los muebles para decorarlo?

—Pinche vieja chismosa —dice Ignacio tratando de disimular una mirada de preocupación que andan queriendo estrenar sus ojos—. Ándale, tú —le ordena a un mesero que tiene como ochenta años—, tráeme otro trago, pero rapidito —le chasquea los dedos—, y ya díganle a Cuco que acabe de salir, que lo estamos esperando. Si no canta en menos de cinco minutos, nos vamos a La Cueva de Amparo Montes; ahí sí me saben tratar como merezco.

14

Hoy, Margarita y Armando están tomando unas cervezas en el Kukú y no sabemos exactamente qué los ha llevado a discutir sobre religión. Ella se confiesa creyente, católica practicante y guadalupana. No va a la iglesia por obligación: lo disfruta y eso que no es como la mayoría de los mexicanos, sobre todo los que menos tienen, que asisten a misa y creen en un Dios buscando consuelo, que veneran a los santos pidiendo un milagro. Practica su religión simplemente porque quienes la rodean lo hacen y porque sus antepasados así lo hicieron (al menos eso piensa). Tal vez, también, para no ser responsable de sus decisiones. Resulta cómodo y delicioso pensar en un camino trazado y que no hay más que dar pasos en el sentido establecido. Lo que venga, tenía que venir. Por algo pasan las cosas… En cambio, Armando se declara agnóstico. Si insistimos: ateo. No cree en Dios; si existe, tampoco le importa.

La pareja sigue discutiendo. Ella lo hace con voz muy baja, casi tímida, como si disentir no estuviera permitido. Él, con firmeza, pero también con dulzura. No desea que Margarita se sienta agredida.

—Es anormal que digas que la Virgen de Guadalupe no existió. ¿Acaso Juan Diego era un mentiroso? ¿Insinúas que todos los mexicanos estamos equivocados? Además, no se le apareció solo una vez sino cuatro. ¡Cuatro, Armando! ¿Las cuatro fueron mentiras?

—Amor, abre los ojos. La virgen fue un invento genial para convertir a los indígenas al catolicismo. Y todavía es un gran invento para hacer dinero, que es, la neta, lo único que le interesa a la Iglesia. ¿Sabes la cantidad de lana que gana la Basílica gracias a los miles de fieles que llegan todos los años? Y no solo la Basílica, sino hasta la más pequeña capilla.

—A ver, compruébame lo que estás diciendo. Si no fuera cierto, ¿de dónde sacaron la imagen del ayate de Juan Diego? ¿Y las rosas? Explica las rosas. La aparición de la virgen fue un milagro, un verdadero milagro y sigue siendo milagrosa. Si no, ¿por qué la gente le reza tanto?

—Porque la virgen es un símbolo muy mexicano, pero no una realidad. Porque hay cosas que no pueden explicarse. Porque sin ese consuelo se sentirían perdidos. Porque necesitan creer en algo, y podría seguir dándote razones. La imagen del ayate fue pintada por la mano de un hombre y hasta se sabe de quién: un indio llamado Marcos Cipac. ¡Tiene huellas de pincel! Y fray Juan de Zumárraga, que supuestamente fue testigo, nunca menciona ese milagro y eso que...

—¿Y tú eres tan especial que no necesitas creer en nada? —lo

interrumpe ella, con un tono de voz más fuerte—. ¡Ahora resulta!

—Yo creo en el ser humano, en la ciencia, en la música; en la ficción, que nos enseña tantas cosas, más de las que puedes imaginarte. En el amor, obviamente: en el milagro que es haberte encontrado.

—¿Ves? Entonces sí crees en los milagros. Si Dios no hubiera querido, jamás me habrías vuelto a ver. Y el Señor siempre sabe por qué hace las cosas. Además, lo que no entiendo es qué te tiene tan molesto. ¿Qué más te da que mañana recibamos a la virgen en mi casa?

—Ya habíamos quedado de ir al Focolare con mis amigos.

—¡Qué ganas de ir al famoso Focolare! Solo porque el tal Barrios Gómez lo recomienda en su columna esa que tanto leen tus amigos.

—¿«Ensalada Popof»? Jamás leo esas tonterías y lo sabes.

—No te hagas; sí que son cursis ustedes. ¡Qué manía de meterme a tu mundo que no es el mío! ¿De verdad no captas todo lo que nos separa? Si no estamos en la cama —baja la voz, hasta llegar al susurro—, haciendo el amor, la distancia entre nosotros es enorme, pero insistes e insistes. Ve sin mí al Focolare, ¿cuál es el problema?

—¿No me dijiste que quieres que te acompañe a lo de tu virgen?

—Me encantaría, porque para mí es muy importante; la celebramos año tras año desde que me acuerdo. Pero si para ti es tanto… pedo, pues no vengas y se acabó —afirma Margarita al tiempo que hace bolitas con el migajón de un bolillo y las acomoda en una larga fila.

—No es que sea tanto… pedo. Simplemente me indigna darme cuenta, así, de manera tan… no sé, tan evidente, que la religión, bueno, y la pinche educación de quinta que tenemos en este país, y también la televisión, que pasa puros programas para retrasados mentales, son tan culpables de que estemos como estemos.

—¿Para retrasados mentales? Tienes toda la razón: todos los mexicanos, menos tú, somos idiotas —dice en tono de burla mientras avienta una bolita de migajón a la cerveza de Armando. La bolita cae al fondo del tarro, dejando que las burbujas la guíen.

—No te pongas así. Nada más fíjate cómo está México.

—¿Qué tiene de malo nuestro país? Yo no me quejo.

—Tú nunca te quejas de nada: es parte del problema. Nadie se queja de nada. Nadie hace nada.

—¿De qué quieres que me queje? ¿De qué sirve quejarse? ¿Sabes qué? —dice Margarita, golpeando la mesa con la palma abierta—, sí me voy a quejar. Me voy a quejar, ante quien sea responsable, por haberte conocido.

—¡Pues tendrás que quejarte con Dios! ¿No es el responsable directo de todo lo que pasa en el cielo y en la tierra?

—Ya estoy hasta la madre de que te burles de mí. ¡Vete al carajo! —grita, haciendo la silla hacia atrás y apretando los puños. Se levanta y enseguida algo la lleva a sentarse de nuevo. Margarita tiene los ojos enrojecidos y la boca se le tuerce ligeramente hacia la izquierda. Tiembla un

poco. Armando se acerca, besa sus manos, sus mejillas, la abraza un rato mientras le dice al oído:

—Perdón, amor, mil perdones, de verdad. Me siento muy enojado y me estoy desquitando contigo. Perdóname, amor; ahora mismo cancelo lo del Focolare y voy a tu casa a festejar a la Virgen de Guadalupe. Lo prometo.

Algunas personas los miran tratando de adivinar si es un simple pleito pasajero de una novia celosa, o una escena de ruptura que promete entretenimiento. La chica que atiende la mesa, sin preguntarles, les trae otro par de cervezas: una clara, una oscura.

—Solo déjame hacerte una última pregunta sin que te enojes —insiste Armando—: ¿cuánto me dijiste que se gastan en esta celebración?

—No te lo voy a repetir y qué más te da —responde Margarita, alejándose de los brazos de su novio—. No te estoy pidiendo un préstamo ni que pagues nada.

—Si a los sacerdotes realmente les importaran los que poco tienen, como decías hace rato, ¿por qué les cobran por bautizos, bodas, primeras comuniones y hasta por ir a bendecir un nuevo negocio? Todo cuesta. Si les importaran los pobres, no se la pasarían diciéndoles que de ellos será el reino de los cielos: los guían al conformismo, a la resignación; los llenan de supersticiones, no los impulsan a pensar. ¡Los manipulan! Y ahí van, a dar el dinero que no tienen.

—Sí lo tenemos. Las cinco trabajamos mucho, no estamos mancas. Y jamás te he pedido nada —ahora echa el resto de las bolitas de migajón a la cerveza.

—No es porque me pidas o no, ojalá me pidieras, pero a tu madre, a tus hermanas y a ti apenas les alcanza. Es el colmo que ahorren dinero, matándose, y terminen gastándoselo en un disfraz para la virgen, en comida para tanta gente, en organizarle una fiesta a una… a una… a una simple figura de cerámica...

—No es un disfraz, no es de cerámica y ahora sí ya me hartaste —Margarita vuelve a interrumpirlo, levantándose y buscando su bolsa con la mirada—. De verdad. Me insultan y me duelen mucho tus comentarios.

—No te vayas, amor, por favor.

—Claro que me voy. Y en este mismo instante. No tengo ganas de seguir discutiendo.

15

—Pinche Sergio, ¿cómo lograste salir, cabrón? —pregunta Juan Pablo levantando la voz. La música suena muy fuerte.

—Pos ya ves, y tú que no me creías. Es cosa de tener los conectes adecuados.

Están en el Catacumbas, en una mesa al fondo, lo más alejados posible de la orquesta y la pista de baile. La raza, la mera raza, baila a todo lo que da, moviéndose de adentro para afuera, dejándose llevar, olvidando sus deudas. La Tropa Loca toca una cumbia mientras Juan Pablo y Sergio beben ron con coca. Pidieron una botella de Bacardí para festejar al Crustáceo, que está feliz de tan contento. Libertad y dinero, ¿qué más quiere? Dos mujeres, generosas, con vestidos de licra muy pegaditos a sus cuerpos rumberos, le ofrecen compañía; ambos la rechazan, bien amables, eso sí. Ellas insisten una vez más, desde sus ojos con pestañas postizas que brillan de tanta diamantina: al estilo Pixie, de moda.

—Váyanse a parrandear con otros, mamita —ordena el del diente de oro.

—Ándale, güerito —susurra la de los labios pintados de violeta.

—¿Güerito yo? Ciega, y además de todo… —la mira de arriba abajo—: gorda. Apréndetelo, mijita: culo engordado, culo olvidado. Y despejen el área que ya me cagó tanto ruego.

—Cuéntame, pues —le dice Juan Pablo, sin volver la vista a las muchachas que se alejan.

—Ahora sí ya la hicimos. No te lo podía contar cuando andaba encerrado pues seguro me traían bien vigilado, ya sabes que en ese lugar hasta las rejas escuchan.

—¡Oyen y hablan!

—Pues que le salvé la vida a un tal Tomás González, recién llegadito, que yo ni sabía quién era, pero me cayó bien el chamaco; parecía un ñero venido a menos. Se lo andaban puteando entre todos porque algo se había robado de una celda, el muy pendejo. Cuando los vi, el Santaclós lo andaba sujetando y los demás se lo madreaban re bonito. Y ya sabes que a mí el Santa me respeta.

—¿Y?

—Tranquis, tranquis, hermano, no te aceleres que tenemos toda la noche por delante y varias botellas pa rellenarnos. Pues que lo salvé, como te iba diciendo, y resultó el sobrino más querido de José González González.

—¿Y ese quién es?

—¿Cómo que quién? Si serás ignorante: pos el mero mero colaborador del Moro de Cumpas.

Un mesero, con su traje de monje loco, les deja una nueva cubeta con hielos sobre la mesa.

—¿De quién? No entiendo nada.

—¡Pos el encargado de la seguridad del Negro Durazo! Su mero mero escolta; su colaborador, de los más carnales.

—Ahora sí ya me estás hablando en mexicano.

—Al Tomás lo entambaron por error. No es que fuera inocente, qué va, pertenece a una banda de robacoches chingoncísima. El error es que lo hayan encerrado sin saber quién era: cuando su tío se fue a dar cuenta, luego luego lo sacaron, pero yo ya lo había salvado y me debía nada más y nada menos que la vida. Así que bien pronto recuperé mi libertad y aquí me tienes, de nuevo en el *bisne* y ahora con un chingo de influencias gracias a mi nuevo amigo. En una de esas, hasta nos colamos en una de las fiestas que organiza Durazo en su casa del Ajusco; son famosas.

El antro está hasta el tope; huele a cerveza, a sudor rancio y a cigarro. Como todos los viernes, seguramente rebasarán el cupo máximo permitido, pero el gerente no se preocupa: nunca les han clausurado. Con unos billetes, saben conmover a los inspectores.

—A mí las fiestas me dan güeva, la neta.

—No has ido a una de esas, compa; Tomás me ha contado. Deja que lo conozcas, te va a caer bien el chamaco. Viejas normales pero re buenas, o sea, no putas baratas. Además, *vedettes,* pericazos, alcohol… todo a montones y gratis. Y si estamos de suerte, hasta podemos ver su colección de coches y armas.

—O sea que ser jefe de la policía sí que rinde —responde Juan Pablo, sirviéndose otra cuba.

—Y ahora es general de cinco estrellas, así nada más, por los güevos del presidente, que es dizque su mejor amigo desde la primaria. Eso se llama tener suerte, aunque ya me imagino el berrinche de los verdes… ¡Ándale, ándale, no te olvides de mí que también estoy seco!

—Usted disculpe, señor Falcón, no había visto —dice Juan Pablo con una falsa reverencia que hace reír a Sergio, al tiempo que rellena su vaso.

—Ta'bien, no hay fijón, compa.

—Oye, ¿y si nos metemos a la policía para hacernos ricos a puras mordidas? Con la ayuda de tu amigo seguro nos aceptan aunque tengamos antecedentes, y de paso que nos los borren, ¿qué no?

—No seas pendejo, los negocios están afuera y no sabes el que traigo entre manos, precisamente con el apoyo de mi amigo y con tu ayuda, claro. Tiene que ver con tu suegro, tú no harás nada más que informarnos, avisarnos; el cabrón es mucho más rico de lo que creíamos. Además, ¿me imaginas uniformado? Me vería más pinche feo todavía.

—Eso ya no se puede.

—Óyeme, óyeme, el único que se puede burlar de mí sin recibir un plomazo, soy yo.

—Ta'bien, ta'bien. ¡Salud, pues! ¡Por el ojete de mi suegro!

—Y por si no lo sabes, a los putos uniformados se los traen en chinga, tienen que cumplir con su cuota y ellos pagan todo: la patrulla, la esquina, la gasolina, el arma, la… pos todo. Apenas ganan unos dos mil quinientos pesos a la quincena. ¿Cómo les va a andar alcanzando?

—Tienes razón, como siempre. Y trabajar con Durazo me daría miedo: lo haces enojar y seguro te desaparece. Por lo menos dile al tal Tomás que nos consiga unas charolas, por si nos metemos en pedos.

—Pos a mí me cae bien el Negro ese. Y dicen que es bien eficiente: para acabar con cabrones, no hay más que agenciarte uno más cabrón. No lo conozco, así, como se dice, personalmente, claro, pero he oído que es re buena gente: que el día que lo soltaron, abrazó y se hizo amigo del líder del Campamento 2 de Octubre y hasta lo invitó a colaborar con él. Que da unas propinas bien generosas, así, gordotas —afirma Sergio dejando un espacio enorme entre el índice y el pulgar, como para que quepan muchos billetes—. Le gusta lo bueno y comparte. A Tomás, a cada rato le deja servirse de su café con mucho coñac; a sus novias, que si flores, muchas flores de las caras, que si aretes de brillantitos… No sabes cómo lo veneran. Además, según dicen, es bien alegre; divertido. Buenote con los niños que le caen. Les enseña a disparar con su propia pistola, les regala armas. A uno le acaba de dar tres metras nada más porque sí. ¿Te imaginas? Les reparte billetes de a cincuenta y hasta de cien… Bueno, eso me cuenta Tomás, pero yo le creo.

—¡Pos salud, ahora por el Negro Durazo! —grita Juan Pablo, levantando su vaso.

El grupo toca una cumbia sonidera de lo más juguetona, tan lúdica que obliga al Crustáceo a bailar, ahí, al lado de su mesa, mientras brinda por la salud y le desea una larga vida al jefe de Policía y Tránsito del Distrito Federal.

16

Margarita recuerda…

Fue un día fuera de lo normal. Bien alegre. Hacía mucho calor, muchísimo. La tierra volaba por la colonia, entrando a una casa por la ventana de la izquierda, saliendo por la del fondo y entrando a la casa siguiente, dejando polvo en los muebles; todo estaba seco. Entonces llegó Samuel, el vecino de hasta el final, y nos dijo que saliéramos pues su abuela le había regalado una alberca inflable, pero no era tan chica: cuando la vi, estaba bien gigante. Su papá la inflaba con una bomba para bicicletas. «Traigan agua en cubetas», nos decía, y eso hicimos. Todos los niños acarreando agua como podíamos. Algunos en ollas y hasta en vasos, vuelta que vuelta. Felices. Y en ropa interior nos metimos. Casi todos traíamos chones blancos que se transparentaban pero nadie se fijó, no nos importaba nada más que el agua fresca, el juego. Comenzamos a salpicarnos, a sonreír y después a reírnos a carcajadas. Como Samuel era el dueño, nos iba diciendo de quién era el turno pues no cabíamos tantos adentro; bueno, cabíamos pero se salía el agua por todos lados. Teníamos que sentarnos o arrodillarnos para que el agua nos llegara a la panza. Puse mi mano sobre el líquido y sentí cómo flotaba; «Algún día conoceré el mar y aprenderé a nadar», me dije. Y veía mis piernas, mis rodillas allí adentro, me parecían raras. El agua acabó toda cochina; nosotros, bien cansados. La alberca terminó por reventarse: Fermín, el guerrillero, le hizo hoyos con un picahielos, nada más por divertirse. Samuel salió corriendo tras él para agarrarlo a guamazos, pero se resbaló con el agua derramada y se raspó muy fuerte, hasta le salió sangre. Nosotras nos regresamos a la casa a secarnos y a escuchar el radio un rato. Bien sonrientes. Bien alegres. Y del calor nos olvidamos.

17

—Te llamó Nuria desde la hora de la comida y me pidió que te dijera que en lugar de verse a las ocho, que si podía ser a las ocho y media. ¿Por qué no me dijiste que ibas a estar con ella ni que ibas a llegar tan tarde? —se queja Margarita en el instante en que Armando entra por la puerta—. Desde que decidiste especializarte en la música de ese Prat estás lleno de misterios.

—Pärt, no Prat. Y no hay ningún misterio, te lo cuento todo; que no me entiendas es otra cosa —responde Armando dejando su portafolios con partituras en la mesa del comedor.

—Uy, otra vez con tus complejos de superioridad. Deberías casarte con Nuria, que sí es de tu clase, y aceptar la beca esa que te ofrecen para estudiar en Europa. Todos seríamos más felices.

—Acepté la beca y me voy a ir contigo. Con Nuria no quiero ni podría casarme: de hecho para eso me invitó a cenar, señorita celosa, para decirme que se casa a principios del próximo año con el periodista que conoció en su chamba, ¿te acuerdas de él? El muy alto y cejón con quien la vimos el otro día.

—Mmm…

—¿Mmm qué?

—Mmm nada. Bueno, mmm sí: ves la vida demasiado fácil. Hacemos las maletas, nos vamos a Alemania, total, no importa que yo ni siquiera sepa hablar inglés ni que subirme a un avión me dé pánico y que no me dé la gana ir a Europa. Allá no se me perdió nada.

Armando pasa la lengua húmeda por sus labios siempre resecos. Es un gesto que se ha convertido en tic; lo hace sin pensarlo. Y a Margarita, que antes le gustaba, ahora comienza a molestarle.

—Deja de hacer eso.

—¿Qué?

—Chuparte los labios.

—Me voy a dormir. Estás de malas y si seguimos conversando, vamos a terminar peleados.

—Vete a dormir entonces y olvídalo. Es verdad, no hay nada que discutir. No pienso ir a Alemania.

Olvídalo. Olvídalo. Armando se desliza entre las sábanas con esa palabra todavía en los oídos. El olvido es una de las peores traiciones. Él casi ha olvidado a sus padres y se sabe en falta.

Margarita siente un vacío que nunca ha logrado ubicar en un lugar preciso de su cuerpo. ¿Páncreas, estómago, cerebelo? Ese vacío que la ha

acompañado siempre y que, pensó, un amor de verdad lograría calmarlo. Hoy le queda muy claro que estará a su lado sin fecha de caducidad.

Extraña a su padre y no había podido aceptarlo. Necesita perdonar a su madre y no lo consigue; tampoco le ha hecho tanto daño. Sus hermanas únicamente han formado parte de la escenografía; si no existieran, no cambiaría nada. Se da cuenta de que está sola, que ha estado sola, que seguirá sola, y no le importa. Ejercitarse en no desear fue su mejor aprendizaje: debe retomarlo. «Prescindir de todo es algo que ayuda», escribirá Baricco varios años después y ella, que para ese entonces será una lectora ávida, subrayará la frase con un plumón verde fosforescente.

Armando, en la cama, observando la pintura del techo, no quiere darse cuenta de que Margarita y él ya no tienen nada que decirse. Casi seis años de amarla —¿realmente la quiso?— y se les han acabado las palabras. Los besos. Los suspiros.

El país también comienza a sentirse cojo, desamparado. Algo está a punto de pasar. México, lleno de ilusiones rotas: sobre el pavimento de las calles, entre los maizales y los desiertos, en las azoteas de los edificios que no lograrán resistir el terremoto que golpeará la capital de la nación en tres años más. Promesas no cumplidas diseminadas por ríos, cañerías, barrios, delegaciones políticas, palacios municipales. En fábricas y oficinas. Fracciones de desencanto esparcidas en rostros, ojos, manos, muslos, hombros de quienes caminan desde y hacia cualquier lado. Y una peligrosa dosis de desengaño —¿o de realidad?— sobre el lecho que Armando y Margarita han compartido durante tantas horas.

18

En la narración de acontecimientos históricos, y más aún cuando son recientes, todas las versiones parecen ser correctas, todos los actores dan argumentos y simulan poseer, a mil luces, la verdad única.

Tanto los que defendían como los que atacaban la urgente necesidad de una devaluación del peso, y los que pensaban que se debían tomar otras medidas, decían tener razones esenciales.

1982 fue un año difícil, angustiante, complejo… cabrón. Ya desde octubre del 80 un grupo de empresarios y banqueros, con Agustín Legorreta a la cabeza, se habían acercado a López Portillo para decirle que se necesitaba una corrección del tipo de cambio. Una parte del gabinete estaba a favor del deslizamiento, otra en contra. Ganaron los que se opusieron y casi un año y medio después de esa decisión, en el Hospicio Cabañas de Guadalajara, se escucharía el ahora famoso discurso de que el presidente defendería el peso «como un perro». Un gran lugar común de la política. Una excusa perfecta para después ladrarle, burlándose del exmandatario, cuando entraba a algún espacio público.

Finalmente no les quedó más que devaluar, cuando ya era demasiado tarde, en treinta por ciento. A casi todos les afectó; por ejemplo, a la familia de Camilo. La empresa de su padre, que había contraído una fuerte deuda en dólares para abrir nuevos locales, se fue a la quiebra; así, de un día a otro. Perdieron el negocio, y de no ser por su mamá, hasta la casa hubieran tenido que subastar. La hermana, que cursaba una maestría en el extranjero, se vio obligada a regresar; imposible seguir pagando sus colegiaturas. El amigo de Armando odiaba verla en la casa, quejándose todos los días, bastante frustrada. Su papá, desde entonces, encontró la excusa perfecta para darle un espacio enorme a la amargura, que se volvió su mejor amante. Con lo poco que rescató, después de un tiempo se compró tres taxis que rentaba a terceros para que los manejaran mientras él, encerrado casi todo el día, aburrido, deprimido, se dedicaba a clasificar, reclasificar y volver a clasificar la colección de filatelia que le heredó el abuelo. Y la madre de Cam, que antes no sabía ni hacer huevos con jamón, se dedicó a preparar y vender pasteles cada vez más sofisticados. Acabaron por quedarle muy buenos, sobre todo el de limón con queso crema. En fin, esa fue la entrada triunfal de Camilo a la clase media baja. Quién sabe cómo cupieron tantos mexicanos por la misma puerta, tal vez porque el camino era de pura bajada… Una rampa que se ha prologado sexenio tras sexenio tras sexenio.

Fue una época inolvidable, no cabe duda. Pero esto no se trata de la

familia de Cam; por el momento, tampoco de Armando ni de Margarita, sino de México.

¿Se vale pensar que la única culpa del primer mandatario fue haber escuchado los consejos equivocados? No lo creo. Era un hombre culto, inteligente, valeroso y recto; también irascible e intransigente. Y cuando algo se le metía entre patilla y patilla, no había argumento para hacerlo cambiar de opinión. Además, no entendía de economía, no lograba comprender exactamente lo que estaba pasando. Y no le gustaba no entender. Fue una lástima.

Ese verano el presidente estuvo sumido en la desesperación y en una incertidumbre terrible. Llegó a pensar que algunos miembros de su gabinete lo engañaban con las cifras. Era extremadamente orgulloso: el auge había terminado y se resistía a reconocerlo. Todavía sentía el triunfo, cálido, poderoso, en la palma de sus manos. En la historia de México ningún presidente había tenido tanto éxito durante los primeros años.

Lo tangible es que el dinero se iba, mucho dinero. Bastaba ver las colas afuera de los bancos. A veces eran de cuadra y media. Los mexicanos sentían desazón, desconcierto; se notaba. A los pocos que viajaban al extranjero en esos días, algunos hoteles les pedían el pago en efectivo por adelantado, como si estuvieran entrando a un motel de paso. La comunidad internacional reaccionaba ante las noticias.

A mediados de agosto, López Portillo invita a Jesús Silva Herzog, secretario de Hacienda desde el mes de marzo, a una gira. Están en el avión presidencial y mientras toman un poco de agua mineral con hielo, viajando sobre una capa de impresionantes cirrocúmulos que reflejan el atardecer, le pregunta, asegurándose de que nadie los escuche:

—Chucho, ¿cómo vería usted la nacionalización de la banca y el control de cambios?

Silva Herzog se queda frío; más frío que los hielos de su bebida y que la temperatura ambiente fuera de la aeronave.

—Déjeme pensarlo, deme tiempo.

—Ojalá tuviéramos tiempo —se lamenta el presidente viendo hacia el cielo por la ventanilla, buscando una respuesta firme.

—Deme al menos dos días —le pide el secretario sintiendo que le es difícil respirar y no por culpa de la altura, sino por lo que presiente.

De regreso al Distrito Federal, se encierra en el despacho de su casa al sur de la ciudad y sobre su libreta amarilla comienza a escribir. Traza una raya vertical en medio: de un lado apunta las ventajas; del otro, las desventajas. No hay espacio, entre ambas, para el titubeo. ¿Se da cuenta del enorme peso que cargarán las palabras que escriba?

Llega a una conclusión bastante clara y se la comunica al presidente cuando vuelve a verlo. Es sábado por la mañana el mandatario está en su despacho de la residencia de Los Pinos con ropa deportiva y tenis tras el escritorio, terminando de redactar su sexto informe presidencial. «Sin duda el

más difícil; el de la explicación, el de la justificación; el de ver las cosas de frente.» Esta vez José María Sbert, su amigo y quien le ayuda continuamente con sus discursos, no está a su lado.

Silva Herzog, con la hojita amarilla en la mano, le dice que tomar esa decisión para enfrentar la crisis es como querer curar a un paciente de tuberculosis amputándole uno de los brazos. No va a servir de nada; no tiene que ver una cosa con la otra. López Portillo extiende la diestra para recibir las conclusiones por escrito, deja el documento sobre el escritorio y sigue escribiendo y tachando. Después, con un timbre de voz tranquilo, le avisa:

—En un rato más me voy a Zihuatanejo, con mis nietos, y voy a consultar la decisión con el sol, el viento y el mar.

El lunes siguiente, Silva Herzog asiste al consejo de administración del Banco Obrero; lo sientan a la izquierda del presidente, quien es particularmente amable con él. «¡Ya fregué! —piensa—. López Portillo me hizo caso, escuchó mi opinión y de ninguna manera nacionalizará la banca.» Se siente todopoderoso. Pero de ahí, el primer mandatario asiste a una asamblea de la CTM y en su discurso habla de rescatar la dignidad de los mexicanos. Para un hombre cuya inteligencia va más allá de las normas, es clarísimo el mensaje: «Esto ya se acabó —concluye Chucho—. ¡Carajo!». Y tenía razón…

El 31 de agosto por la tarde, José López Portillo convoca a una reunión de emergencia en Los Pinos. ¿Quiénes asisten? Los secretarios de Hacienda, Gobernación, Relaciones Exteriores, Patrimonio, Defensa, Marina, y también Arturo Durazo. Es atrevido afirmarlo pero el presidente, aparentemente seguro, los recibe con una ligera mirada de desconcierto, como si todavía la decisión no estuviera del todo tomada.

Meses antes le había encargado a Tello que estudiara la posibilidad de nacionalizar la banca. A José Andrés de Oteyza, un informe sobre la fuga de capitales, y finalmente a Fausto Zapata una lista de las personas que habían comprado bienes en el extranjero o hubieran sacado fuertes sumas de dinero. Ahí, entre los nombres conocidos, claro que estaba el del padrino de Armando, el dueño de la industria farmacéutica más poderosa de América Latina: un departamento en Miami, dos en San Diego y una propiedad (sin especificar de qué tipo) en Nueva York; también el de varios políticos supuestamente leales al régimen. López Portillo se sintió decepcionado y enojado; furioso, de hecho. «Descubro a los falsos amigos, los convenencieros, los que como trapecistas están cambiando de columpio», escribió en su diario. Aun quería tomar acciones legales en su contra, pero no tenía de dónde agarrarse. Todo se había hecho sin cometer ningún ilícito.

Regresemos a la fecha que nos ocupa. Están en la biblioteca de Los Pinos, sentados alrededor de una mesa larga, muy elegante y sencilla. Madera, grandes ventanales que dan a los jardines, libros empastados en piel sobre los estantes: un escenario cálido. Sin embargo, las palabras del mandatario los congelan. En el instante en que José López Portillo anuncia su

decisión de nacionalizar la banca, nadie dice nada. También comparte su resolución de quitar a Romero Kolbeck del Banco de México y poner a Tello en su lugar. Silencio total. Completo. Olor a angustia, si es que ese olor existe. Enseguida, sin perder más tiempo ni darse el lujo de externar sus impresiones, se dedican a trazar la estrategia para la protección de los bancos: cada sucursal de cada rincón del país tendrá que ser vigilada. Se planea un operativo estupendo, excelentemente coordinado. Todo saldrá muy bien. En cuanto termina la reunión parten, dándose palmadas en el hombro o en la espalda. Los semblantes no transmiten ninguna emoción visible. Ninguna duda.

—Chucho, venga un momento por favor, quiero verlo a solas —le dice el presidente al secretario de Hacienda. Y, sin esperar una reacción en particular, López Portillo aborda el tema—: Ya sé que no está de acuerdo con mi decisión y seguramente está pensando renunciar. En nombre de la República le pido que no lo haga. La salida del secretario de Hacienda en un momento como este sería muy inconveniente para el país.

—Señor presidente, estoy a sus órdenes —contesta el hombre de mirada astuta y voz profunda, de locutor de radio. Está de acuerdo con el gobernante: su renuncia sería muy negativa, una señal terrible. Debe aguantar, ser leal al jerarca, aunque se da cuenta de que el país está entrando en un terrible agujero. Decide ir lo más pronto posible con Miguel de la Madrid, presidente electo, quien acaba de conocer la noticia en voz de José Ramón López Portillo.

El día del informe, a las ocho de la mañana hay un desayuno en Los Pinos con todo el gabinete, incluido el ampliado. Se dispone una gran mesa para cuarenta personas. José López Portillo, con una seguridad inusitada, con total convencimiento, hace el anuncio y dice, en un tono parco y severo:

—Le voy a pedir al licenciado Vargas Galindo que dé lectura a los decretos que acabo de firmar. Claro que no es obligatorio que ustedes firmen. Quien lo haga, qué bien. Quien no quiera, que lo deje a un lado la historia.

En cuanto el asesor jurídico de la Presidencia termina la lectura, muchos de los presentes se ponen de pie y aplauden. Hay quien afirma que es una decisión patriótica. Otro opina que el presidente será recordado todavía mejor que Lázaro Cárdenas; parece una guerra de adulaciones. Después, silencio. Miradas confundidas, inquietas. Lajous, finalmente, logra expresarse y pide la palabra para dejar en claro lo que pasa por su mente:

—Nos ha pedido nuestro apoyo y por ello supongo que querrá conocer nuestra opinión. Yo, al menos, tengo interés en darle la mía.

El presidente responde:

—Adrián, ya no es tiempo. Esta es una decisión que ya fue tomada por el Presidente de la República. Los decretos aparecerán en el *Diario Oficial* de hoy. No voy a permitir que esto se convierta en un foro de debate. El asunto está en tómelo o déjelo. Si no está usted de acuerdo, puede obviarse la asistencia al informe.

Jesús Silva Herzog quisiera decir algo, quejarse, protestar… pero sabe que no puede. Debe prepararse para lo que viene: los meses más difíciles de su carrera política, tratando de defender en foros nacionales —ante los banqueros que se sentirán despojados, ante la prensa— e internacionales —FMI, bancos extranjeros, el secretario del Tesoro de Estados Unidos, gobernadores de bancos centrales de otros países— una posición con la que no está de acuerdo. Se siente muy cansado, sumamente preocupado. ¡Cómo quisiera que lo que sucede solo fuera una pesadilla! Si pudiera, dejaría de inmediato Los Pinos y se iría al Club Suizo a nadar, a recorrer cien veces la alberca para después comerse la clásica torta preparada por Tomás o Agustín. O tal vez escaparse, con Tere y sus hijos, a la casa de Yautepec: aire puro, la energía del Tepozteco muy cerca. Verde por la izquierda y la derecha, bajo un cielo infinito. Atardeceres mágicos sobre los sembradíos de caña de azúcar. Recorrer en su motocicleta las estrechas carreteras que unen a los pueblos morelenses; sentir la emoción de la velocidad, el viento. Entonces se da cuenta de que ante una decisión tomada no le queda más que jalar, jalar parejo, respirar profundo y prepararse a defender la postura de México en reuniones internacionales. Prepararse para elegir a los personajes idóneos que deberán ser los nuevos directores de los sesenta y seis bancos que existen en el país, para seguir dando la cara en los medios y ayudar, desde su trinchera, a que el país reencuentre el rumbo. Hacer todo lo posible para que los ciudadanos recuperen la confianza. Todavía no lo sabe, pero deberá estar listo hasta para ingresar a la Clínica Londres y enfrentar una apendicitis: ser operado de inmediato. Tendrá que acallar los rumores de que está hospitalizado por un atentado. En una escena que parecería cómica, deberá mostrarle su herida a un alto funcionario de Citibank que llegará a México desde Nueva York, en un viaje de solo unas horas, para garantizar la falsedad del rumor.

Deberá, por último, regresar al trabajo y convivir con un presidente que ve cómo su imagen se derrumba. Con un hombre consciente de la dimensión del drama que está viviendo y que sin embargo no puede aceptarlo: «Ya no soy la voz de la esperanza, sino la del tropiezo.» Lo que José López Portillo tanto temía, se encuentra ahí, a su lado: «¡K.O. en el último round, habiendo ganado los previos!».

19

Juan Pablo y el Crustáceo van en el Periférico, la vía rápida que no tiene nada de rápida y que tampoco pasa por la periferia de la ciudad. Sergio maneja mientras Juan Pablo se cambia la camisa y los pantalones. También se echa un poco de loción para no oler a fermentado.

Es temprano y escuchan Radio 590, La Pantera. En la escuela de Pablito y María —ahora estudian en un instituto privado— hay un festival y ninguno de los dos quiere perdérselo. Bailables y canciones para celebrar el aniversario de su fundación, o algo así.

Los primos anduvieron de copas y viejas toda la noche, así que seguramente la Perla los va a regañar cuando los vea llegar con sus rigurosas caras de peda, pero ambos saben que con lo que le llevan de regalito los perdonará bien rápido. La pulsera es de bisutería —¿de dónde iban a sacar joyería de la buena en la madrugada?—, pero da la pinta.

—Anoche ya estábamos bien alumbrados y se me olvidó contarte —comienza a hablar el Crustáceo, mientras con la mano derecha le da vuelta al botón del radio para bajar el volumen en el momento preciso que se escucha el pegajoso *jingle* del programa *Batas, pijamas y pantuflas*.

—¿Contarme qué?

—Del secuestro de tu suegro.

—La neta, ya me estoy arrepintiendo. Si mi Perlita se entera de que yo fui el soplón, ni esperanza de recuperarla.

Perla lleva seis meses saliendo con Juan Pablo. Aunque siguen siendo marido y mujer, aceptó verlo como novios. Vuélveme a conquistar, le pidió desde su mirada ambiciosa después de que Juan insistió, insistió y siguió insistiendo. Entonces comenzaron a salir a los mismos lugares que acostumbraban antes de casarse; bueno, ahora solo a los mejores. Realmente lo que la convenció fueron los regalos, detalles cada semana más caros. Quién sabe en qué andará metido este, pero qué me importa mientras me siga dando, habrá pensado Perla. No preguntó nada cuando llegó por ella, apenas el fin de semana pasado, en un Crown Victoria nuevo, color plata, con asientos de piel blanca. Los dos niños, María y Pablito, estaban felices de ver a sus padres juntos subiendo a ese carrazo.

—¿Y es buena para coger? —pregunta el Crustáceo mientras enciende un cigarro.

—¿De qué hablas?

—Pues de la Perlita, ¿de quién va a ser? ¿O tienes de a varias? Se nota que estás pensando en ella; pones cara de mascota.

—De coger todavía no hablamos. Le gusta hacerse la difícil dizque para picarme. Según ella, así la voy a desear más.

—¡Pos entonces sácate el bambú y hazte una manuelita, chingao, no te me vayas a erizar y comience a irnos de la verga! Bueno… tienes cara de que te estás arrepintiendo con lo de tu suéter y eso ya no se va a poder —afirma Sergio, dejando salir el humo por la nariz.

—¿No se va a poder qué?

—Arrepentirte. Es lo que te quería contar: el secuestro de tu suegro ya se hizo y no salió tan bien como esperábamos. El viejo se puso necio, re necio; gritó, dio de patadas, hizo un escandalote y… pues le tuvieron que dar su buena cagotiza. ¡Ya qué!

—¿Cuándo? Perla no me ha dicho nada de que su papá haya desaparecido.

—Apenas ayer.

—Pos nada más asegúrate que cuando lo suelten no se le note la putiza. Si la Perlita se entera justo ahora que otra vez me está queriendo…

—Es que, ¿cómo te explico, cabrón? Bueno, es que el Carmelo…

—¿Qué no estaba entambado el Carmelo, pues? ¡Súbele, súbele a esa rola! Es del *Three Souls in my Mind*, me encanta.

—Bien encerradote que estaba, pero acuérdate que mi general Durazo y yo ya nos picamos el ombligo; bueno, casi casi. ¿No viste la fusca de oro que me mandó con el Tomás? Y me han ido soltando a todos mis compas, uno por uno. Pero deja que te explique y no me andes interrumpiendo.

—¿O sea que ya ni cantar puedo? Métele más duro, si no llego a ver a mis hijos, me matan… ¡Ándale, cabrón, mueve tu troca! —grita Juan, abriendo la ventanilla y haciendo señas con la mano derecha.

—Ya deja que te cuente, carajo —se queja Sergio al tiempo que, con la uña del índice, se quita un pedazo de comida que trae atorado en su diente de oro.

—Bueno, bueno, va, es que les prometí llegar temprano. ¡Ay! Hubiera comprado flores para María. ¿Y para Pablo?

—¡Que cierres el hocico, chingao!

—Va, va, estoy calladito como muertito.

—Ándale con tus poemas. Pues te decía que al Carmelo, que es buena onda pero medio subnormal, se le pasó la mano y dejó a tu suegro bien frío.

—¡No chingues, cabrón! ¡Carajo! ¿Está muerto? ¿Es neta?—pregunta Juan Pablo, hurgando en la mirada de su primo.

—Yo no me ando con mamadas cuando se trata de negocios.

—¿Y ahora qué, puta madre? —dice Juan, angustiado, imaginando la cara de su esposa cuando se entere de que su padre fue asesinado. Le da un puñetazo al tablero; otro más.

—No te inquietes; calmado, calmado. Lo tengo todo solucionado: tu queridísimo suéter pronto andará de turista en el canal del desagüe, nada más en cuanto cobremos el rescate. Además lo odiabas, no te hagas, era bien

ojete contigo.

—Pues sí, pero por mi culpa mis hijos no van a volver a ver a su abuelo y la Perla va a andar bien, pero bien triste.

—Pero también bien, pero bien rica. ¿O crees que no se va a quedar con toda la lana? Si para aprovecharse se pasa de lista. Y con tus consejos… Y mientras se enteran que se nos peló, también les sacamos la lanita del rescate.

—No, pues ya que lo expresas así, de esa manera tan clara…

—¿Ves, carnal?

—Pos sí, viéndolo desde ese ángulo, queridísimo Crustáceo…

—Como dicen los leídos: todo pasa por algo. ¿O no?

—Pues sí, ya qué. Que chingue a su madre mi suegro, que bien merecido se lo tenía.

El Crustáceo avienta la colilla por la ventana del coche. Juan Pablo sube el volumen de la radio y de pronto, sin ponerse de acuerdo, de manera unánime y espontánea comienzan a cantar: «Batas, pijamas y pantuflas… Batas, pijamas y pantuflas». Después se cagan de risa.

20

Es martes en todo el país. Pero especialmente es martes 31 de agosto de 1982 en casa de un prominente banquero. El ambiente es de una calma tibia e indecisa. En el cuarto de la televisión, decorado con un gusto sencillo, se distinguen varias fotos familiares y algunas del dueño de la casa con personalidades como David Rockefeller, Henry Ford y hasta el Ratón Macías. Sobresalen dos fotografías muy especiales: una del banquero frente a las obras de rescate del Templo Mayor, que se llevaron a cabo gracias a su patrocinio; la otra, con el presidente López Portillo, David Ibarra, Miguel de la Madrid, Pedro Ojeda y Gustavo Romero Kolbeck el día que inauguraron el nuevo e impresionante edificio del Centro Bancario, un proyecto diseñado por Sordo Madaleno que costó varios millones de dólares.

El banquero intenta disfrutar un programa más de *Los especiales de Silvia Pinal*, en Canal 2, al lado de su esposa. Cena un sándwich de jamón, queso y jitomate, café con leche. Tenían una invitación para ver a Denise de Kalafe en el Hotel del Prado, pero decidieron mejor quedarse tranquilamente en casa. El empresario se ha sentido muy cansado a últimas fechas. Las cosas en el país van de mal en peor y los rumores lo han agotado. Lo que dicen Fernández Hurtado y Agustín Legorreta, entre otros, sumado a la impresionante inflación y la fuga de capitales, han provocado que su ánimo esté decaído, abrumado. Su esposa se da cuenta y le acaricia la mano sin decir nada.

Hace dos días apenas una de sus hijas le dijo que escuchó, de muy buena fuente, que la banca privada sería expropiada. Imposible creerlo, piensa mientras pasan un anuncio en la tele, repetido tantas veces esa noche que hasta se le antoja un trago de alcohol. «Don Pedro, el brandy que tiene el don.» Mejor otro sorbo de café, y si tuviera más hambre, pediría pan dulce, pero el estómago se le ha cerrado.

Imposible creerlo, sigue pensando. Hace muy poco el presidente manifestó públicamente su confianza y afecto a los banqueros mexicanos. ¿Decir eso mientras en total secreto estudiaba de qué manera los despojaría de sus negocios? Se niega a aceptarlo. Sin embargo, recuerda la frase que se aprendió de memoria hace años, de Thomas Jefferson: «Un gobierno suficientemente grande para darte todo lo que quieres, es lo suficientemente fuerte para quitarte todo lo que tienes.» Tiembla.

Recuerda la última reunión privada que sostuvo con el primer mandatario. El banquero le dijo, con todo respeto aunque claramente, que le preocupaba el monto de la deuda externa. Lo que no le manifestó, pero no

por eso dejó de creerlo, es que consideraba que el gobierno gastaba enormes sumas en fruslerías.

—Mientras el país esté ahogado por el servicio de la deuda, no podremos formar los capitales necesarios para salir adelante y seguiremos igual, tropezando de una crisis a otra.

Sonriendo, en apariencia sereno, el presidente le contestó:

—No se me preocupe usted, que estamos vigilando la deuda muy de cerca. Además, ¿qué quiere que haga? Aquí no tenemos seguro de desempleo, como en Estados Unidos.

El banquero no entendió un ápice de la respuesta, sin embargo logró ver frente a sí a un hombre que había exagerado en su optimismo y que ahora sentía que las sobras del país se le escurrían entre los dedos. A un jefe de Estado que construyó sus ilusiones, y las de todo un pueblo, sobre el petróleo, en una apuesta que resultó demasiado cara. A un ser humano que seguía siendo carismático pero que ahora estaba ciego, muy ciego… y desesperado por salvar no un proyecto de nación, sino su propia imagen. A un mandatario que no sabía escuchar los consejos adecuados.

El banquero decide que no asistirá al informe de gobierno a pesar de que, como todos los años, ha sido invitado. Debe tomar un vuelo a Nueva York por la tarde y no quiere andar con prisas. Verá el informe por televisión, en sus oficinas.

Le da un beso a su esposa, se levanta y va hacia la recámara; arrastra un poco los pies al caminar, acariciando la alfombra. Es probable que tome una pastilla para conciliar el sueño, para evitar pesadillas premonitorias. Mientras lava sus dientes con fuerza, se mira en el espejo: las bolsas de sus ojos han crecido en los últimos días. Es evidente.

A la mañana siguiente, antes de las ocho, recibe una llamada que lo sume en una preocupación tangible y angustiante: Gustavo Romero Kolbeck ya no es director del Banco de México. Cinco minutos después, una noticia peor: las sucursales de los bancos han sido rodeadas por elementos del ejército o por patrullas de la policía.

No tiene fuerzas ni para bañarse, pero lo hace. Se viste con traje y corbata, y espera la llegada de sus familiares y amigos más cercanos: la noticia ha corrido como pólvora, imposible acercarse a las instalaciones bancarias, algo muy grave está pasando.

En la misma sala de televisión, sobre un sillón que conserva las migajas del sándwich que cenó, el prominente banquero mira el sexto informe de gobierno. No quiere desayunar, no tiene hambre. Para los demás, su esposa ha dispuesto platones de huevos a la mexicana, chilaquiles verdes, frijoles refritos.

El discurso avanza. Los rostros, en esa habitación, se van desencajando. Las mandíbulas están apretadas; las miradas, confundidas. Se respira miedo e indignación.

«He expedido dos decretos: uno, que nacionaliza los bancos privados

del país, y otro que establece el control generalizado de cambios […] Es ahora o nunca. Ya nos saquearon. México no se ha acabado. No nos volverán a saquear.»

En la televisión, los aplausos estallan y los invitados se ponen de pie. Antes de levantarse con total calma y apagar el aparato, el banquero alcanza a ver que el senador Díaz Serrano no aplaude (en su mirada se veía el temor de que el mismo hombre que había destruido el mercado petrolero estuviera detrás de esa decisión) y que Miguel de la Madrid lo hace sin ningún entusiasmo, como para que quede claro que no apoya la medida.

El banquero no siente nada, sus emociones se han bloqueado por completo. Todos están callados, esperando.

—Champán —pide, primero con la voz muy baja—. ¡Traigan botellas de champán! —ordena, ahora firmemente, a su personal de servicio.

En el cuarto de televisión no se escucha gran cosa fuera del ensordecedor murmullo del silencio. Después, los pasos de las sirvientas y el ruido de las botellas al ser descorchadas.

—¿Están todos listos? —pregunta el hombre, levantando su flauta de cristal.

—Sí —contestan sus hijas, las únicas que se atreven a hablar.

—Mi vida como banquero ha terminado. Les pido que brinden por mi nueva vida. ¡Salud!

—Salud —responden los demás con voces temblorosas. Uno de los asistentes, solo uno, se pregunta qué tanta responsabilidad tuvieron los banqueros. ¿Podrían haber tomado alguna medida para frenar la especulación, para disminuir la fuga de capitales? No lo sabe, pero es obvio que tampoco han sido peritas en dulce, piensa mientras le da un trago a la bebida burbujeante y rosada.

La anfitriona sale hacia la cocina con la excusa de ordenar algo más de comer. No quiere que su marido vea aquellas lágrimas solidarias y atemorizadas

21

En una fonda de la colonia Guerrero, hay dos hombres planeando el secuestro de un desconocido empresario. Su rostro jamás sale en las páginas de sociales.

—No es de apellido fino, pero está re cargado. Le damos un susto al pinche viejo y en el mismo viaje le sacamos bastante lana.

—Pero ahora sí no incluyas al Carmelo en los planes.

Mientras platican en voz muy baja, se enteran de la estatización de la banca por el radio: «Ya nos saquearon. México no se ha acabado. No nos volverán a saquear». «¡Pinches riquillos, ya nos los chingamos! Eso es justicia», dicen en la mesa de al lado.

—No, si pa saquear a los demás, nosotros nos encargamos, ¿verdá, mi buen? —murmura el Crustáceo riendo, disfrutando su libertad—. Anda, mi Vero, apaga el radio y tráenos dos chelas pa brindar por el país que nos estaban chingando los pinches banqueros. Ya otra vez es tooodo nuestro, ¿verdá? ¿Cuál sucursal nos va a tocar? Ojalá alguna que nos quede cercas —se burla, dándole a Juan Pablo un leve puñetazo en el pecho.

—De política no entiendo nada —responde el joven, que no logra convencerse de su próximo golpe—. ¿Y si mi esposa se entera de que ando ejerciéndola de delincuente?

—Le vale verga, cabrón, mientras le sigas dando lana. Seguro ya sabe y se hace la ciega.

—Uta, es que sigue bien triste por lo de su papá. Sí le dolió, de veras.

—Bueno, pues es que no ha pasado ni un mesecito, pero ya se le olvidará. Te garantizo que nunca se va a enterar, por esta —hace la señal de la cruz varias veces, besando su pulgar con un tronido que se escucha hasta la cocina—. Y nada es para siempre, ¿acaso no has oído esa expresión? Por cierto, ¿traes las grapas que nos encargó el Yerry?

—¡Puta, se me olvidaron en la bodega! —responde Juan Pablo con cara de «ya la cagué».

—Eres un pendejo, cabrón. A ver qué le dices al estafeta ese cuando llegue, y no tarda. Ya ves cómo es: por cualquier cosita, en menos de lo que canta el pinche gallo, te saca el fogón. Mejor vámonos, puto, y después vemos con qué cuento le salimos. Hoy no traigo cara de muertito, me cae, y además se me olvidó la fusca en el negocio.

—Aquí está mi Colt, la que me regalaste.

—Sí, pero eres lento y bien culero. Es más, pásamela —le ordena al levantarse mientras deja unos billetes en la mesa. Juan Pablo acaricia su

pistola, la toma del mango y la saca de su sobaquera. En ese preciso momento entran dos uniformados buscando a Vero para pedirle sus huaraches de cecina y nopales, la especialidad de los miércoles; cuando ven la pistola, ni preguntan ni averiguan ni titubean. Primero disparan, por sus güevos, y ya después se acercan para saludar al muerto: los muertos, mejor dicho, porque el compañero también está tirado, con un balazo en la cabeza. Hasta parece sonreírles desde su diente de oro, pero no, está bien tieso. «No, pos cuando no te toca, no te toca. Y cuando te toca… aunque no estés», dice uno de los policías con esa sabiduría callejera que los caracteriza.

En la fonda nadie se mueve. Quietos, todos muy quietos. Verónica, debajo de una mesa, no se atreve a salir. Los policías patean la pistola lejos de la mano inmóvil, todavía tibia. Buscan identificaciones. ¡Ay, si Tomás les hubiera entregadosus placas de la Dirección de Policía y Tránsito, como se los había prometido! Los patrulleros solo encuentran una licencia: «Sergio Falcón Arellano», se lee claramente. El otro, más joven, permanecerá en calidad de desconocido en la morgue durante más de cinco días.

La tarde del entierro, Margarita llega sola. No quiso pedirle a Armando que la acompañara. Está de luto por Juan Pablo… y por ella misma. Trae la culpa en la mirada; ni la pupila ni el iris pueden cargarla. Apenas saluda a Perla, que va de negro total con uno de sus hijos en cada mano. Pinche vida. Ahora sí sabe cómo se siente el vacío. Ahí, frente al ataúd de su amigo, se da cuenta desde su propia piel de que la frase que tantas veces ha escuchado en la voz de Pedro Infante es la única certeza que ha podido comprobar: «No vale nada la vida; la vida no vale nada. Comienza siempre llorando, y así, llorando, se acaba; por eso es que en este mundo, la vida no vale nada.»

Afuera del panteón, el país sigue convulsionándose. Los de la izquierda todavía aplauden la medida de López Portillo. «¡Ya era hora!», afirman en pláticas de cantina. Se prepara una gran manifestación de apoyo en el Zócalo a la que convoca la Secretaría de Gobernación por conducto de los distintos sindicatos y de los diferentes sectores del partido, además de la CNOP, la CNC y la CTM.

Los críticos, que presentían la debacle, quisieran decir «Se los advertimos». En las reuniones se condena a los «sacadólares.» Varias personas adineradas comienzan a irse, al menos temporalmente, a sus departamentos en Estados Unidos o Europa. Se habla de una medida precipitada, innecesaria y fanática. Una decisión narcisista que tomó el presidente para salvar su imagen. Un golpe de timón desesperado al ser incapaz de aceptar sus errores. Una necesidad imperiosa de culpar a los demás. Por otro lado, algunos afirman que es la única manera de proteger al país de la ingobernabilidad y de regresar la legitimidad a la institución presidencial. Que era imprescindible que el Estado demostrara cierto control sobre la economía.

El resto de los mortales, como nosotros, no logramos calcular lo que a la larga serán las consecuencias. Para unos, los menos, el ambiente es de euforia; pero en general se respira miedo y desesperanza. Perplejidad.

Zozobra.

22

Margarita recuerda…

El hambre. Muy pocos saben lo que es el hambre. El hambre de veras, de no probar alimento. Éramos muy niñas, creo que yo tenía cuatro años y Araceli unos nueve. Eran las vacaciones de verano. Esa mañana, papá salió a San Luis Potosí a pedirle prestado a su hermano y quién sabe a cuántos mandados. Mamá tenía que ir a una de las casas grandes, ya se había comprometido y no quería quedarse sin trabajo. No encontró quién nos cuidara, así que nos encerró: doble llave a la puerta. Dejó un guisado de pollo con salsa verde para la comida, bolillos; el radio encendido en una estación donde solo hablaban y hablaban. Nos prohibió jugar con fuego, pelearnos, tampoco debíamos gritarle a los vecinos. Si alguien se enteraba de que nos había dejado solas, los del gobierno vendrían a llevarnos.

Pero entonces mamá se puso mala: se le subió la presión y le dio una crisis de no sé qué cosa. La señora de la casa llamó a una ambulancia de la Cruz Roja y enseguida se fue a un compromiso muy importante. Mamá llegó a la clínica sin su monedero, sin identificación e inconsciente. Se quedó así durante tres días. Al menos eso es lo que nos cuenta, porque a veces cambia la versión y dice que fueron dos o cinco, y que no fue la presión sino un coma diabético, quién sabe. El caso es que las cuatro nos quedamos encerradas con el refrigerador sin comida, solo dos naranjas, una barra de chocolate que Irma sacó, nunca supimos de dónde, tres teleras, una calabaza y una cebolla. Si hubiéramos sabido que nadie vendría en varios días, no nos habríamos cenado todo la primera noche. Sobró la cebolla entera, pero la devoramos en el desayuno y para el atardecer sentimos hambre. No antojo: hambre. A la mañana siguiente, mi estómago estaba arrugado de tan vacío. Dolía con un ardor que me daba arañazos cada cinco minutos, o más seguido. Agua sí había, pero por más que tomábamos, seguíamos sintiendo sed: la boca seca, la piel seca, la mirada seca. Nos quedamos sin palabras. No podíamos gritar, estaba prohibido, ni romper una ventana. Mamá nos mataría si nos portábamos mal, y papá o los del gobierno matarían a nuestra madre si supieran que nos había abandonado. ¿Nos había abandonado? ¿Por qué no regresaba? ¿Y papá?

Cuando mamá llegó, nada más vernos le fallaron las piernas y se fue hasta el piso. No dejaba de llorar y de decir: «Soy una mala madre, soy una carroña humana, soy una mala madre.» Unas vecinas que se asomaron

trataron de consolarla; las corrió a gritos. Después de abrazarnos y pedirnos perdón muchas veces, salió deprisa y regresó con dos tortas de jamón de puerco. Entre las cuatro no pudimos acabárnoslas, tal vez nuestros estómagos ya se habían hecho chiquitos. Antes de dormirnos, nos bañó con una esponja, nos cantó el principio de tres canciones (era incapaz de aprenderse las letras) y nos hizo prometer que no le diríamos nada a nuestro padre.

Algunos años después, vi en la tele reportajes acerca de los niños mexicanos que viven en la pobreza extrema y el recuerdo de mi hambre me dio vergüenza. A mí nunca se me llegaron a ver las costillas de esa manera. He sido muy afortunada.

23

Armando no puede decir qué día, en qué momento cambiaron las cosas. Nunca fue un gran observador de la conducta humana. Sabía que Margarita tenía la ambición clausurada y aunque al principio luchó por sacudirla, terminó por acostumbrarse a su falta de aspiraciones. Esa debilidad aparente, esa deliciosa ausencia de anhelos lo había enamorado.

Además, si frente a la política y a la situación de México era un pesimista consumado, en relación con el amor pecaba de optimista, como si las fantasías le fueran suficientes. No se cansaba de repetir su frase esa de que el amor es el mayor experimento.

Se convenció de que a Margarita terminaría por gustarle la idea de acompañarlo a Alemania. Estaba decidido a aceptar la beca que le ofreciera el gobierno germano, aunque todavía tenía sospechas de que su padrino hubiera podido mover las piezas adecuadas en las instituciones precisas. Estaba ilusionado con la idea de estudiar el doctorado en la Escuela Superior de Música Franz Liszt de Weimar, un establecimiento de vanguardia. Era, definitivamente, su pase para abandonar la ramplonería de la vida cotidiana y el adocenamiento con el que hasta hacía poco ejercía su carrera musical.

Su encuentro con las armonías de Arvo Pärt fue contundente; también dejó que las notas de Stravinski le hablaran al oído. Finalmente, Armando comenzó a componer, experimentando con piezas simples, homofónicas y contemplativas. Suspiraba con la diatonía tonal de John Tavener y se conmovía cuando escuchaba, una y otra vez, el segundo movimiento de la *Sinfonía de las lamentaciones* de Górecki, no solo por las diversas coloraciones, sino porque incluía frases escritas sobre una pared de la prisión de la Gestapo en Zakopane, Polonia.

En cambio, desde el asesinato de Juan Pablo, los ojos de Margarita brillaban de otra manera. Falso: dejaron de brillar. Se sentía rota, astillada al menos por una realidad que no se había tentado el corazón para abordarla. Y cada minuto se adivinaba más alejada de Armando: la distancia entre sus mundos, siempre presente, se estaba profundizando.

Si los seres humanos fuéramos más observadores, si no nos paseáramos por este planeta con prejuicios y con ganas de ver solo lo que nos conviene, esquivaríamos golpes, accidentes, caídas. Excepto la última, que es inevitable.

La decisión se precipitó esa mañana de lunes. Amanecieron juntos sin prisas. Era el día libre de Margarita. Habían dormido desnudos, así que ella despertó únicamente con una sábana encima. Y con el brazo de su amante,

lacio y pesado, sobre su cintura. Se dio vuelta para observar el rostro de Armando. Entonces percibió su aliento. Ácido, mordiente. Sintió asco, así que trató de respirar al mismo tiempo que él, a su compás: aspira, exhala, aspira, exhala. Pero no lograba mantener idéntico ritmo. Volvió a inhalar su aliento, descompuesto y rancio. Decidió, empujada por quién sabe qué razón, explorar el olor de su axila. Acercó la nariz despacio para no despertarlo. Cerró los ojos y aspiró con fuerza. Enseguida tuvo que vencer las náuseas. Se alejó, casi de forma abrupta. Su novio se movió un poco, se acomodó de otra manera y comenzó a roncar. Un ligero ronroneo que en los oídos de Margarita se convirtió en un ruido estridente y asqueroso como si con cada respiración las mucosidades se movieran de un lado al otro, apenas dejando pasar el oxígeno. También observó su piel blanca. Odiaba la piel tan blanca, manchada con pecas pardas y algunas, muy pocas, rojas. Se acordó de la piel de Juan Pablo, morena, pareja, firme. Sus ojos oscuros, bondadosos. Y esa sonrisa que siempre la tranquilizaba. Todos sus deseos arrancados por un par de balas. Carajo.

Se levantó sin hacer ruido y fue hacia la cocina a prepararse un nescafé con leche; eligió una taza con el rostro de Beethoven en blanco y negro. Regresó a la habitación moviendo el líquido con una cuchara, se sentó sobre la alfombra y observó a Armando con una mirada distinta: este hombre es el mismo que jamás toma un taxi que no sea de sitio, aunque tarde horas en encontrarlo. El que no puede decir «pedo» pues su madre le enseñó a decir «pun». Al que hay que arrastrar hacia un puesto callejero de tacos o tlacoyos, y aun si se deja convencer, pide una quesadilla de comal y no le pone salsa verde por eso de las amibas. Es quien no sabe moverse en transporte público y cree que México se reduce a seis o siete barrios donde conviven los de la clase media alta.

En el mundo de este hombre, al que observa dormir, las fiestas de quince años se celebran en Disneylandia: todas las invitadas se suben a un avión privado con sus gastos pagados (excepto compras personales). O van a un centro nocturno de Acapulco aunque sean menores de edad. A veces mandan aislar una sección completa del Bosque de Chapultepec.

En su mundo es común tener automóviles chuecos, permisos para portar sirenas en el coche o hasta cerrar el Periférico por la prisa de llegar a tiempo a alguna cita importante. En su mundo, las mujeres confían a sus hijos a nanas uniformadas a quienes, sin embargo, no inscriben a ningún tipo de seguridad social y las obligan a abortar si se embarazan. Dan órdenes tronando los dedos, hablan en inglés frente a los choferes para que no se enteren de sus secretos y pagan sueldos bajos al tiempo que gastan más de lo que deberían en sus visitas semanales al salón de belleza.

A Margarita le hubiera gustado nunca conocer a Armando. No haberse enamorado de sus ojos de océano, de sus brazos protectores, de las yemas de sus dedos mágicos. Si pudiera regresar las escenas, haría que su novio se subiera a otro vagón del metro: jamás se habrían encontrado. Ojalá hubiera

pasado desapercibida, piensa. Su hermana Irma, cuando era pequeña, le decía que de grande quería ser fantasma para que nadie la viera, para que su mamá no la molestara, para que no le pesara la ausencia de su padre. ¡Qué gran sueño, volverse imperceptible!

Pero ahora, de pronto, en un amanecer de lunes, ha perdido la inocencia o ha logrado, por fin, abrir los ojos en un país al que también las circunstancias han obligado a darse cuenta. Así de simple: a darse cuenta.

Tal vez todavía existen quienes apuestan su felicidad entera a ese roce de pieles entusiasmadas, agotadas. Caricias vulnerables. Sábanas en las que todo desemboca. Labios sin freno. Sudores que oscilan de cuerpo a cuerpo. Margarita ya no es así. Si antes quería a Armando con amor desinteresado, casi religioso, del bueno, el de verdad, ahora sabe que debe desandar el camino, dar la vuelta, huir.

En esta vida todo es imprevisible: traición y lealtad. Amor y desamor. En cualquier segundo, con cualquier gesto, con cualquier olor se puede perder el rumbo.

Igual de imprevisible es la historia de un país —y de cada uno de los seres humanos que lo habitan— que pasa del más grande optimismo a la más cruel de las debacles.

24

Es el tercer jueves de septiembre de 1982, en Polanco. Cerca del edificio de Madero Mariscal, Margarita ve una sucursal del Banco del Atlántico todavía custodiada por elementos del ejército. Los soldados, a diferencia de los policías, le inspiran confianza. Tal vez es la única institución sólida y casi incorruptible de nuestro país, al menos eso parece.

El departamento de soltero del Zar de la Farmacéutica huele a lavanda. Don Ignacio recibe a Margarita personalmente, y le pide al viejo Matías que los deje solos.

—¿Vienes decidida? —le pregunta antes de señalarle un sillón.

—Sí… y no —contesta y permanece de pie.

—Explícate, por favor —le pide Ignacio con un tono de voz amable y hasta respetuoso. El padrino de Armando se sienta pero enseguida, cuando ve que la mujer no se ha movido, se levanta.

Margarita lo mira directamente a los ojos. Más que miedo o desprecio, lo que siente por el empresario es conmiseración. Su soledad, tan evidente, la conduele.

—Te escucho.

—No quiero casa ni una mensualidad de por vida. Pero tampoco voy a dejar que Armando piense que lo he traicionado, y menos con usted o con el Camilo, que ahora está feliz con el puesto que le ofreció y que le anda presumiendo a todo el mundo.

—Pues que no lo presuma tanto, a ver cuánto le dura; la crisis se está poniendo fuerte… Pero siéntate por favor, Margarita.

—No, señor. Lo que vengo a decirle no me toma más de dos minutos —dice y le extiende una hoja de papel blanco con números y letras en tinta azul.

—¿Qué es esto?

—Lo único que necesito para que Armando no vuelva a saber de mí y usted esté tranquilo.

—Pero no es nada… —titubea—. Además, me he dado cuenta, bueno, últimamente he pensado que…

—Hice muy bien las cuentas —lo interrumpe—: boleto de autobús solo de ida, y una cantidad que está aquí, mire —explica Margarita señalando una cifra en la hoja que Madero Mariscal conserva en su mano—, y que me va a alcanzar para vivir una semana en un hotel barato pero decente mientras encuentro algo para rentar. Además, con esto me sobra para vivir seis meses por si no me ofrecen rápido un buen trabajo.

—Esto no alcanza para nada.

—Le juro que sí alcanza. Ustedes están muy mal acostumbrados. Con ese dinero me es más que suficiente y además es lo justo.

El empresario va hacia la recámara y regresa con una chequera. Del bolsillo de su saco toma una pluma fuente y escribe un nombre y una cantidad. Después le sopla a la tinta para que se seque y le entrega a la joven el documento bancario.

—Está en pesos, obviamente, ¿o estábamos hablando de dólares? Es difícil conseguirlos por ahora.

—Pesos, claro. ¿Para qué iba yo a querer dólares?

—No te entiendo, Margarita, la verdad. Si te hace falta algo, por favor llámame y te envío un giro adonde sea necesario. Mi secretaria sabrá dónde encontrarme.

—No será necesario, créame, don Ignacio —asegura dirigiéndose a la puerta—. Por favor, salúdeme mucho a Gabriela.

—Claro. Mañana la alcanzo en Miami. Creo que nos quedaremos por ahí una buena temporada. Digo, mientras las cosas se calman.

—Sí, don Ignacio, mientras las cosas se calman es buena idea irse fuera del país. Lo entiendo. Que tenga buen viaje.

—Igualmente… supongo.

—Gracias —pronuncia Margarita con voz firme, apretando el botón del elevador que la llevará a la planta baja. En cuanto se abren las puertas, antes de subirse le suelta la frase que se garantizó a sí misma nunca le diría—: Por cierto, señor, mande arreglar la unión de la celosía y el muro, ya sabe, donde Armando toca el piano todos los jueves, pues hay una ranura por la que se alcanza a ver todo. Buenas tardes.

25

Margarita va en un autobús rumbo a una playa oaxaqueña. Eligió un asiento junto a la ventana, lo más atrás posible para estar cerca del baño. Le teme a los aviones, jamás se subiría a uno, y los autobuses la marean, sobre todo durante un recorrido de más de ocho horas. Trae algunas revistas y solo un libro: no es *La dama de las camelias*, así que el título no resulta importante.

Es 1 de diciembre y tiene prisa por sentir las olas sobre sus tobillos, admirar el azul infinito y juguetón, indeciso. Intentará apresar la arena entre sus puños hasta que se le escape por esos espacios que los dedos, aunque no quieran, dejan abiertos. ¿Tendrá la paciencia para construir un castillo?

Ni su madre ni sus hermanas saben adónde se dirige, la carta que les dejó no proporciona mayores explicaciones. A su padre, en cambio, le escribió contándole sus planes con detalle. El dinero que trae le alcanzará para dos o tres meses; después, buscará trabajo. Sonríe y mira, por la ventana, el horizonte. Un paisaje en silencio. Apenas está amaneciendo.

El todavía presidente, José López Portillo, hoy entregará la banda presidencial. Miguel de la Madrid Hurtado la recibirá dentro de unas horas sin dejar de pensar en la nación que le tocará gobernar: inflación, desconfianza total de los empresarios, aumento del desempleo, y por lo tanto del empleo informal… En fin, un país con una crisis económica enorme que seguirá profundizando la distancia entre los mexicanos.

Mientras López Portillo se viste, se observa en el espejo: su mirada oscila entre la frustración y el desencanto. Le hubiera gustado concluir su mandato «en la conciliación y la armonía», pero lo termina en medio de escándalos e indignación por las polémicas decisiones que tomó, sobre todo en los últimos meses. Sale desprestigiado, y desprestigiado se quedará hasta el día de su muerte. Al defenderse, hablará de difamación y calumnias; de injurias. Así lo deja asentado en sus memorias. Todos tienen la culpa, menos él.

«Y después, tiempos y espacios vacíos de la responsabilidad del poder. Recobrada, para mí solo, la libertad con que lo conduje. Libre, pero inerte y desconcertado; sin tener que dar respuestas; sin deber dar respuestas; sin poder dar respuestas. Sólo un horizonte de silencio.»

Armando lee la carta de Margarita por quinta ocasión; con cada lectura, le

encuentra un nuevo sentido. Igual que si estuviera leyendo uno de sus libros, subraya las frases más destacables con un lápiz bicolor: a veces en azul, otras en rojo. Las analiza. Asombrado, se da cuenta de que no siente nada. ¿Su novia lo habrá contagiado de su manera, tan ligera, de aceptar las circunstancias?

El rostro de Nuria se deposita en su memoria. Todavía está a tiempo de hablarle y pedirle que deje a su novio reportero, que cancele su boda, que lo acompañe a Alemania. Marca el teléfono de su oficina en el INBA, pero antes de que alguien conteste, cuelga. No puede. No debe.

Se sienta frente al piano. Coloca las manos sobre las teclas y mueve los dedos sin tocarlas, rozándolas apenas; Beethoven otra vez. El instrumento no produce ningún sonido. Se ha convertido en un paisaje en blanco y negro, en un horizonte de teclas silenciosas.

En su mochila, Margarita empacó *jeans*, dos *shorts*, cinco playeras, un vestido ligero y unas sandalias de plástico. Traje de baño no tiene; se lo comprará a algún vendedor ambulante de la playa. Cepillo de dientes, pasta, un pequeño espejo y un rímel de aceite que de tan espeso logra mantener en su lugar a las pestañas. También trae consigo la última postal que recibió de su padre. Viaja ligera, como lo hacen los expertos; sin dejar nada atrás y al mismo tiempo dejándolo todo.

Han pasado cinco horas. Siente las nalgas planas, dormidas; le cosquillean. Un sándwich de atún a medio comer y una bolsa de papas vacía descansan sobre el asiento de al lado. Afortunadamente ningún pasajero lo ocupó; eso le ha regalado un poco más de espacio… y de libertad.

El cielo está nublado.
Nubes muy blancas.
Muy grandes.
El paisaje ha cambiado.
Pinos.
Cactus.
Ahora palmeras.
La cercanía del mar la emociona.
Bastante.
Demasiado.
Va a cumplir su anhelo: observar, durante horas, al océano.
Sonríe.
Se da cuenta de que desear no es tan malo…

Ciudad de México, 19 de septiembre de 2012.

Agradecimientos

A Ana Paula Rivas por su paciencia y su brillante labor como investigadora, correctora, «revisadora», «opinadora» y demás.

A Federico Traeger, coautor y cómplice, por haberme prestado su mosca de la guarda, varias anécdotas y literalmente muchas palabras.

A Gabriel y Carmina, por haber insistido tanto.

A mi querida V. A. por sus frases célebres y la información confidencial que me regaló.

A Alfredo Elías Calles y su particular manera de hablar, de la que me robé algunas cosas (sin su permiso, he de aclarar).

A todos los personajes que se atrevieron a contarme su versión, muy especialmente a Juan Pablo González Arellano.

A quienes me leyeron y criticaron de manera acertada: Erma Cárdenas, Rebeca Orozco, Javier Sunderland, Adriana Caballero, Sandra Frid, Adriana Abdó, Ana Díaz, Jacques Paire y Témoris Grecko.

Por sus valiosas aportaciones, anécdotas e información (en orden alfabético): Adriana Abdó García-López, Lorena Balvanera, Begoña Bardales, Elisabeth Basurto, Dobrina Cristeva, Gerardo de la Bárcena, Rafael Domínguez Morfín, Mayalen Elizondo, María Antonieta García-López Loaeza de López Portillo, Alberto Herrera, José Ramón López Portillo, Francisco Martín Moreno, Guadalupe Martínez Vara López Portillo, José Luis Porras, Rafael Reséndiz, Enrique Rivas Zivy, Ilán Semo, Jesús Silva Herzog, Antonio Uvalle y otros más que prefirieron no hacer público su nombre.

A Isabella, Macarena y Cuka, por inventarme finales posibles e imposibles.

Bibliografía

LIBROS

Aguilar Camín, Héctor, *A la sombra de la revolución mexicana,* Cal y Arena, 1989.

Anda Gutiérrez, Cuauhtémoc, *Nacimos endeudados* (entrevista a José López Portillo), Unión Gráfica, 1989.

Basáñez, Miguel, *El pulso de los sexenios*, Siglo xxi, 1990.

Béjar Navarro, Raúl, *El mexicano: aspectos culturales y psicosociales*, unam, 1983.

Benítez, Fernando, *Relato de una vida(conversaciones con Carlos Hank González)*, Océano, 1999.

Castro, René, *De Cárdenas a López Portillo,* Política, 1976.

Díaz Serrano, Jorge, *La privatización del petróleo mexicano*, Planeta, 1992.

——— , *Yo, Jorge Díaz Serrano*, Planeta, 1989.

Dumas, Alexandre, *La dama de las camelias*, Mestas, 2003.

Espinosa Yglesias, Manuel, *Bancomer. Logro y destrucción de un ideal*, Planeta, 2000.

Garduño, Sergio, Y Gabriel González, *Los indicadores de bienestar en México*, 1940-1995, Instituto de Investigación Económica y Social Lucas Alamán A. C., 1988.

González Casanova, Pablo, Y Héctor Aguilar Camín, *México ante la crisis*, Siglo XXI, 1985.

Gutiérrez Vivó, José (coord.), *El otro yo del mexicano,* Océano-Infored, 1998.

José Agustín, *Tragicomedia mexicana 2,* Planeta, 2008.

Krauze, Enrique, *La presidencia imperial*, Tusquets, 1997.

Loaeza, Soledad, *Clases medias y política en México,* El Colegio de México, 1988.

López Portillo Y Pacheco, José, *Don Q*, Porrúa, 1969.

——— , *Mis tiempos. Biografía y testimonio político*, dos tomos, Fernández Editores, 1988.

——— , *Quetzalcóatl,* Porrúa, 1965.

——— , (prólogo), *El Templo Mayor*, Bancomer, 1981.

López Portillo Romano, Carmen Beatriz, Paulina y José Ramón, *Memoria y voluntad*, diseñado y editado especialmente para su padre, 1982.

López Portillo Romano, José Ramón, *Economic Thoughtand Economic Policy-making in Contemporary Mexico:International and Domestic Components*,

tesis doctoral de la Universidad de Oxford, 1994.
PAZ, OCTAVIO, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, 1987.
ROSAS, ALEJANDRO, Y JOSÉ MANUEL VILLALPANDO, *Los presidentes de México*, Planeta, 2010.
SEFCHOVICH, SARA, *La suerte de la consorte*, Océano, 1999.
SILVA HERZOG, JESÚS, *A la distancia. Recuerdos y testimonios,* Océano, 2007.
VARIOS, *La nacionalización bancaria, 25 años después*, dos tomos, Centro de Estudios Espinosa Yglesias, 2007.
ZAID, GABRIEL, *El progreso improductivo*, Océano, 1999.

ARTÍCULOS EN DIARIOS Y REVISTAS

BLANCO, JOSÉ JOAQUÍN, « *Town & Country», Nexos*, 1 de diciembre, 1980.
CARBALLO, MARIO AURELIO, «José López Portillo: el privilegio de reírse de sí mismo», *Proceso*, 4 de noviembre, 1976.
CORDERA, ROLANDO, PABLO RUIZ Y CLEMENTE RUIZ, «México y el GATT», *Nexos*, 1 de marzo, 1979.
DE LA FUENTE GONZÁLEZ-KARG, PATRICIO, «El fin de una era», 19 de febrero, 2004, en elsiglodedurango.com.mx
GIL-VILLEGAS MONTIEL, FRANCISCO, «La crisis de legitimidad en la última etapa del sexenio de José López Portillo», *Foro Internacional*, XXwww.hotmail.com
V, 2, octubre/diciembre, 1984, El Colegio de México.
ROBERTSON, IAN, «The Ultimate High», *New Scientist*, julio, 2012.
Consultas diversas en los diarios *El Universal, Excélsior, Unomásuno y El Día,* y en el semanario *Proceso*, publica-dos entre 1976 y 1982.
«Entrevista con Paulina López Portillo Romano», 16 de junio, 2002, en *El Universal.*

VIDEOS

México Siglo XX, Televisa/Clío, 1998.
Los sexenios: José López Portillo, el presidente apostador, Clío, 1999.
La vida en México en el siglo XX, capítulo IX: «Ya nos saquearon», producción de la Dirección General de Actividades de la UNAM, 1993.

Acerca del autor

Beatriz Rivas es autora de las novelas *La hora sin diosas*, *Viento amargo, Todas mis vidas posibles* y en coautoría, *Amores adúlteros.* Publicó varios cuentos en los libros, escritos a distintas manos: *Las mujeres de la torre, Veneno que fascina, Sucedió en un barrio* y la serie *Las revoltosas.*

Ha trabajado en algunos de los medios de información más importantes del país y ha colaborado al lado de personajes como José Gutiérrez Vivó, Jorge Castañeda, Ikram Antaki, Adela Micha, Román Revueltas y José Cárdenas, entre otros. Actualmente imparte talleres literarios y es escritora de tiempo completo.

© 2012, Beatriz Rivas

Derechos reservados

© 2012, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570 México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: noviembre de 2012
ISBN: 978-607-07-1452-8

Primera edición en formato epub: enero de 2013
ISBN: 978-607-07-1524-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE